

VII Certamen Creadores por la Libertad y la Paz



Fundación
Alberto
Jiménez-
Becerril



Fundación

Alberto
Jiménez-
Becerril

VII Certamen
Creadores
por la Libertad
y la Paz

Dirección y coordinación

Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez–Becerril

Fotografía

Raúl Vaquero Vicente

Diseño y maquetación

Ricardo Barquín Molero

–

Copyright de la presente edición

Fundación Alberto Jiménez–Becerril

Noviembre de 2013

–

Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez–Becerril

Calle Recaredo, nº 4 Entreplanta, 41003, Sevilla

Tel.: 955 471 590 – Fax: 955 471 595

Email: fundacionalbertojimenez-becerril@sevilla.org

Web: www.fundacionalbertojimenez-becerril.org

–

Depósito Legal: GR2289-2013

VII Certamen
Creadores
por la Libertad
y la Paz



Índice general

Texto del Excmo. Sr. Alcalde, D. Juan Ignacio Zoido Álvarez

-11-

Texto del Dir. Gerente de la Fundación

-13-

Jurados

-15-

Entrega de premios

-19-

Fotografía

-23-

Poesía

-35-

Novela corta

-69-

La Fundación

-179-



Índice de premiados / obras

D. Antonio Jesús Pérez Gil - "La misma clase de gramática en todas las partes del mundo"

1º premio - Fotografía

-25-

D. Víctor Manuel Gracia Fernández - "Tiempo para olvidar"

Finalista - Fotografía

-29-

D. Ignacio Arrabal Monge - "Sílabas encendidas"

1º premio - Poesía

-37-

D. Luís María Murciano Lainez - "Un hombre mira desde su ventana"

Finalista - Poesía

-55-

D. José Luís Castro Lombilla - "Charlie"

1º premio - Novela corta

-71-

D. David Nieto Rodríguez - "Lluvia de diciembre"

Accésit - Novela corta

-123-



Dedicamos este libro a la memoria de Alberto Jiménez-Becerril y de Ascensión García Ortiz, y a través de ellos al recuerdo y reconocimiento de todas las víctimas del terrorismo, sea cual sea su origen.

Con sus brutales e inexplicables crímenes, ETA ha pretendido atacar contra la democracia con la finalidad de derrotarla imponiéndonos un modelo inspirado en posturas totalitarias y dictatoriales. Pensaron aprovechar la aparente fragilidad de la democracia -frágil porque todo lo fía al poder de la palabra- haciendo valer el fuego de las pistolas. Sustituyendo la autoridad de la palabra por el poder de las armas, los terroristas lanzaban un torpedo contra toda forma democrática de convivencia.

Pero ese anacrónico proyecto basado en el terror ha sido derrotado por la democracia de la palabra libre. La fortaleza del Estado de Derecho, la eficacia policial, el creciente hartazgo de la sociedad y el coraje de algunos pocos, entre ellos muchos de vosotros, ha obligado a la organización terrorista a levantar los brazos, anunciando el adiós a las armas, aunque aún esperamos su total desaparición.

Pero las víctimas del terrorismo piden que no se avale la impunidad de quienes todavía tienen delitos por juzgar y que, sin embargo, quieren regresar como héroes. Pedimos que no se permita que los terroristas reescriban, libremente y sin oposición, la historia de terror de ETA, con más de 800 muertos y miles de heridos a sus espaldas.

Con vuestra participación en este Certamen de Creadores por la Libertad y la Paz estáis contribuyendo al relato de la verdad.

Juan Ignacio Zoido Álvarez

Presidente de la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril
y Alcalde de Sevilla



El Certamen de CREADORES POR LA LIBERTAD Y LA PAZ es ya un referente para todos los que luchan desde el pensamiento, desde la creación, con la palabra y las imágenes, contra la intolerancia, el totalitarismo y la exclusión, haciéndonos cómplices e incluso militantes activos de esta lucha, colaborando a través de vuestra participación en la extensión de estos valores en el seno de la sociedad.

Todos los que participáis de forma directa y todos los que a través de esta publicación os reafirmáis en los valores de la libertad, la convivencia el respeto a la pluralidad sois necesarios en la consecución del final definitivo de ETA.

Con nuestro coraje, todos los ciudadanos de bien, deseáramos estar ante un sencillo certamen. Pero la intolerancia y el fanatismo nos obliga a recordar, y nos obliga también a reafirmarnos en la libertad, en la convivencia, el respeto a la pluralidad y en la pervivencia del estado de derecho, que debe funcionar para llevar, más pronto que tarde, a los asesinos ante la justicia primero y a la cárcel después.

En la medida en que contribuya a la derrota total de aquellos que hacen del terror su bandera, nos sentiremos satisfechos de su desarrollo cada vez más extenso.

Este libro que tienes en tus manos pretende ser una aportación, posiblemente humilde, a esta tarea colectiva que supone la derrota total de la sinrazón del terrorismo.

Nuestra enhorabuena a los galardonados, y nuestro total agradecimiento a todos los participantes.

Jesús de la Lama Lamamié de Clairac

Director Gerente de la F. contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez–Becerril



Composición de los jurados

Jurado de la modalidad Fotografía

D. Juan Ignacio Zoido Álvarez (presidente)
D. Jesús de la Lama Lamamié de Clairac
D^a Antonia Román Falcón (secretaria)
D. José Álvarez Marcos
D. José Morón Borrego
D. Alberto Rojas Mazas
D. Raúl Vaquero Vicente

Jurado de la modalidad Poesía

D. Juan Ignacio Zoido Álvarez (presidente)
D. Jesús de la Lama Lamamié de Clairac
D^a Antonia Román Falcón (secretaria)
D. Jacobo Cortines Torres
D. José Pedro Gil Román
D. Manuel Domínguez Senra
D^a Raquel Rico Linaje
D. Francisco Velez Nieto

Jurado de la modalidad Novela corta

D. Juan Ignacio Zoido Álvarez (presidente)
D. Jesús de la Lama Lamamié de Clairac
D^a Antonia Román Falcón (secretaria)
D. Antonio Rodríguez Almodóvar
D^a Rosario Fernández Cotta
D. Antonio F. Caballos Rufino
D. José Luís Aguinaga Saenz
D^a Manuela Domínguez Palomino

Fallo de los Jurados del VII Certamen de Creadores por la Libertad y la Paz, convocado por la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril

El pasado día 20 de junio, tuvo lugar en el Salón de Actos del Palacio de los Marqueses de la Algaba de Sevilla el acto de entrega de los premios del VII Certamen de Creadores por la Libertad y la Paz, organizado por la Fundación contra la Violencia.

Bajo la presidencia del Alcalde de Sevilla y Presidente de la Fundación, Don Juan Ignacio Zoido, acompañado por la Directora General de Atención a Víctimas de Terrorismo del Ministerio del Interior, Doña Sonia Ramos Piñeiro, y la Comisaria de Honor de la Fundación y Europarlamentaria, Doña Teresa Jiménez-Becerril, asistieron a este acto numerosas personalidades e invitados.

Según el fallo de los Jurados del VII Certamen de Creadores por la Libertad y la Paz se hizo entrega de los premios en las modalidades de fotografía, poesía y novela corta.

En la modalidad de fotografía, como finalista se premió a **D. Víctor Manuel Gracia Fernández**. Igualmente se hizo entrega del 1º premio al trabajo registrado bajo el título **“La misma Clase de gramática en todas las partes del mundo”** cuyo autor resulta ser **D. Antonio Jesús Pérez Gil**.

En la modalidad de poesía: como finalista se ha premiado a **D. Luis María Murciano Lainez** por su trabajo de título **“Un hombre mira desde su ventana”**. Se entrega el 1º premio al trabajo que bajo el título **“Sílabas encendidas”**, presentó **D. Ignacio Arrabal Monge**.

Finalmente, en la modalidad de novela corta: se han entregado los galardones a los finalistas seleccionados, **D. Miguel Ángel Carcelén Gandía** por su trabajo titulado **“Operación Pié de Goma”**, y el registrado con el título **“La sombra oblicua”**, cuyo autor resulta ser **D. Diego Rodríguez Baez**. Se hizo entrega de un accésit para el trabajo de título **“Lluvia de Diciembre”** cuyo autor es **D. David Nieto Rodríguez**. Por último se entregó el galardón correspondiente al 1º premio en esta modalidad de novela corta al trabajo de título **“Charlie”** cuyo autor es **D. José Luis Castro Lombilla**.





Entrega de premios







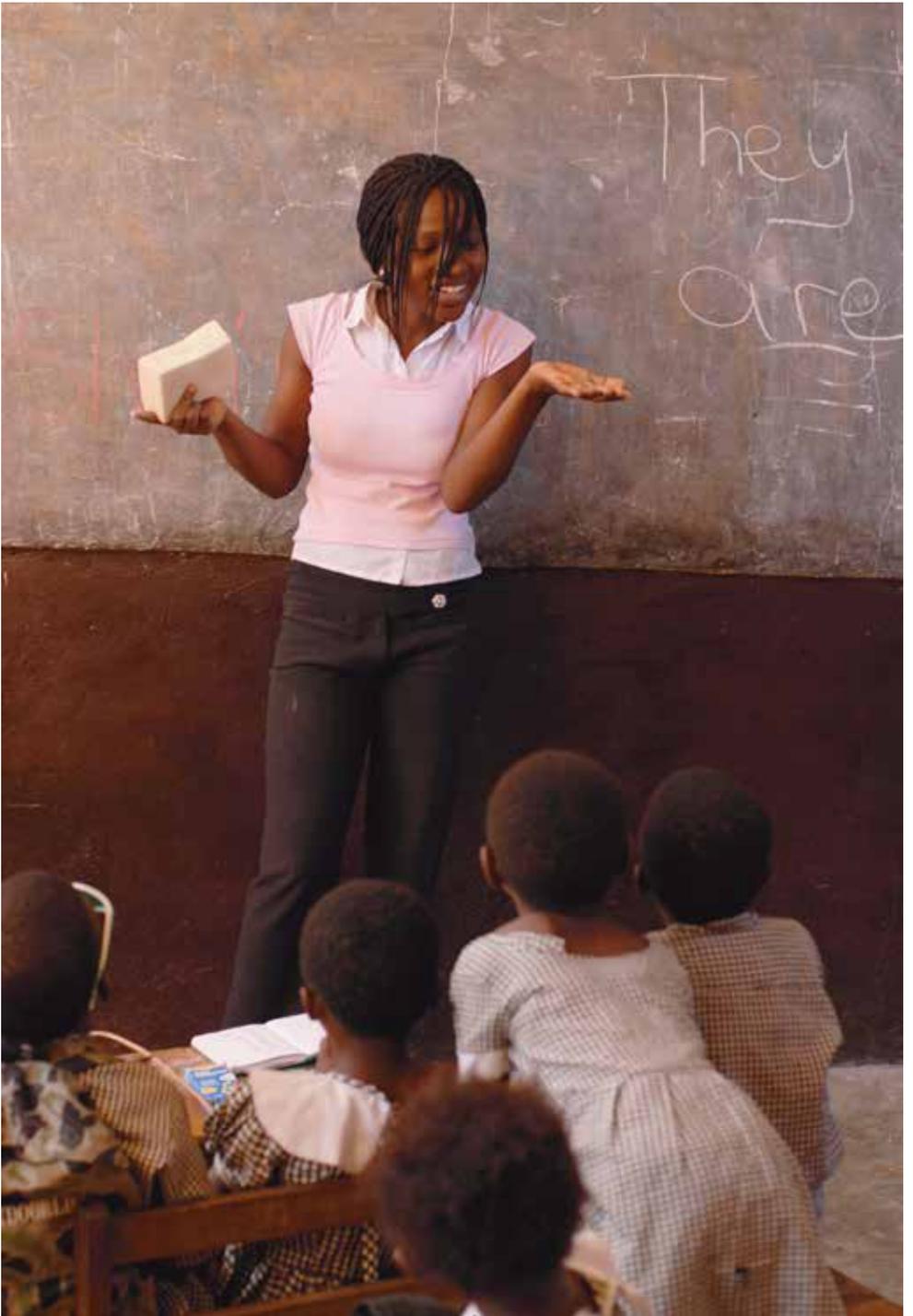
Modalidad Fotografía



Antonio Jesús Pérez Gil

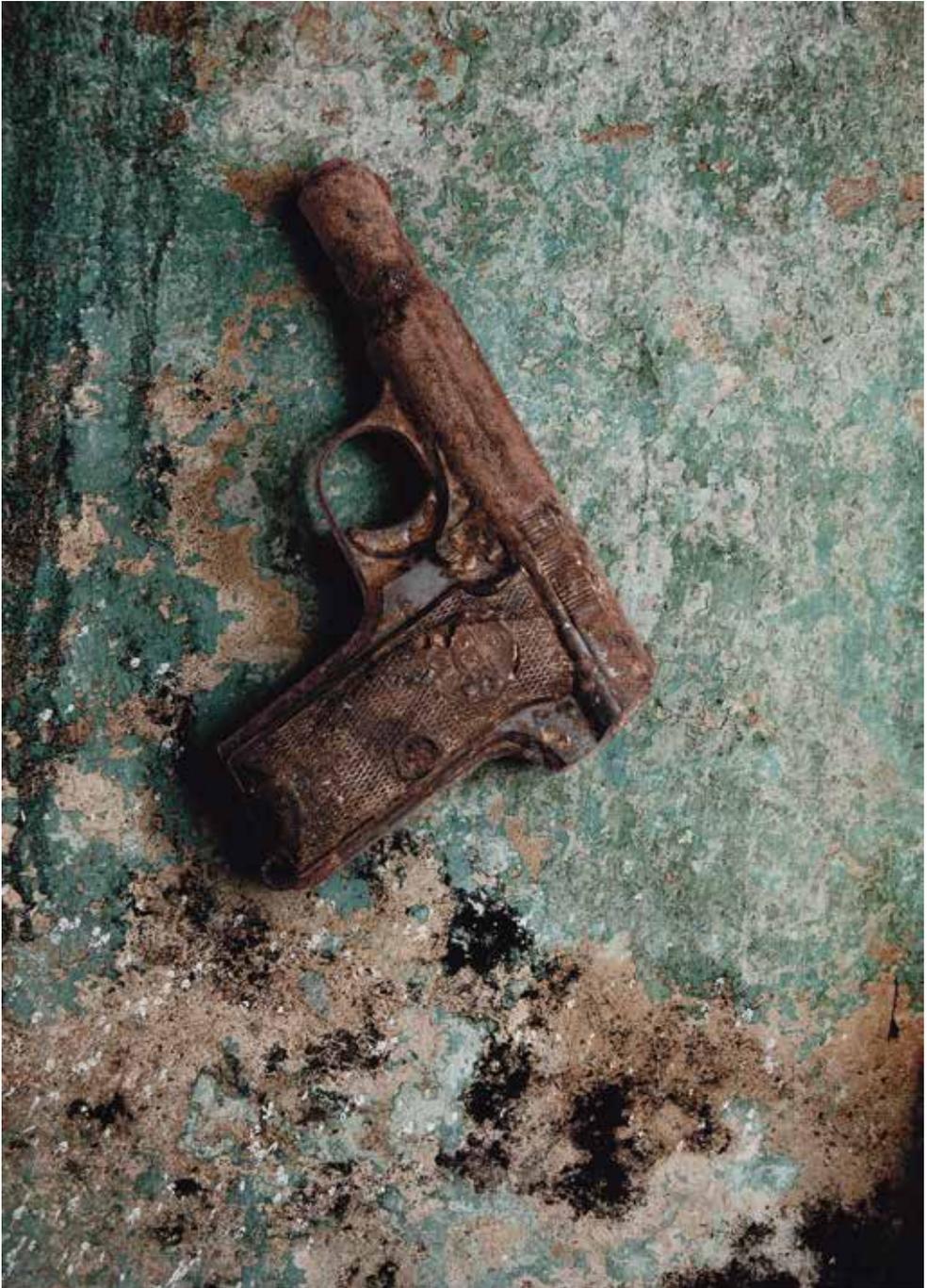
“La misma clase de gramática en todas las partes del mundo”







Víctor Manuel Gracias Fernández
“Tiempo para olvidar”











Modalidad Poesía



Ignacio Arrabal Monge

“Sílaba encendida”

I

He vuelto a la palabra

donde la luz se asienta.

Desnudo de oropeles,

sin otra certidumbre

en los labios que el simple

murmullo del sigilo,

he venido tan solo

a pronunciar ahora

la sílaba encendida.

Dejádmela sin sombras,

sin fusiles, sin filos

que amenacen su espera, su sed, su cristalina

esencia de misterio.

Desde el silencio exacto

de aquello que es secreto, permanencia y sentido,

apenas en la leve soledad

en el mar, hecho un silbo

fugaz como los malvas

que enhebran los ocasos

la buscaré sabiendo

que su nombre es el mástil

al que el hombre se aferra,

relámpago que alumbra en su destello

las estancias sombrías

del dolor y la ausencia.

Más allá de la sangre,

la lágrima confusa, innecesaria

con que el odio devasta corazones;

más allá del reguero

de tristeza que deja

como nube de insomnio

la pólvora en los labios

su acorde de guitarra me salva,

sus tres letras me dicen

el gozo de los páramos,

de fatal desamparo,
por los minas que amputan
en llanuras de angustia
al hombre su esperanza,
negada por las manos
que amasan como el barro
los rescoldos del odio,
mirad cómo renace,
contemplad, sin embargo,
cómo vuelve —bandera
de blancas plenitudes,
horizonte en descanso
que tiende su serena luminaria
a los ojos—.
Miradla, porque nadie
ahogó su llamarada,
deshizo sus perfiles,
desbarató su nudo
tenaz de amaneceres.

Dejadme que os la cuente
sin nombrarla siquiera.

La sílaba encendida, el sueño de los hombres.

empapada la tierra
con el aroma denso,
tenaz de los silencios.

Los seres invisibles en su nombre,
el anónimo esfuerzo,
la lucha por un mundo
que abandone la ciénaga
del dolor y la angustia,
los otoños, la hiedra
descolgada en los muros,
el agua que murmura
su canción sin descanso.

La distancia, en su nombre,
de la estrella radiante,
los rostros de los muertos
que entregaron su vida
apretando los puños

frente a toda injusticia,
la belleza, el asombro
del niño ante lo alto
cuando ignora la muerte.

La palabra, en su nombre,
el signo del lenguaje,
ese trazo que vence
la distancia infinita
y nos funde en las anchas
plenitudes del tiempo,
la palabra tendida
y abierta a otras palabras
para hacer de la vida
eslabón y candado
que cierre las compuertas
del odio y la mentira.

En su nombre, la fuerza,

la hondura del latido,
el secreto del gozo,
la clara superficie del aire en las mañanas
que estrenan claridades,
los brillos de la noche
—luciérnagas altivas—,
las manos de las madres
que calman con su tacto
 los miedos encendidos,
los dedos que señalan
las nubes disipadas,
las horas sucedidas
sin sombras ni tinieblas,
los recuerdos que salvan
 el amor del olvido,
la ceniza del fuego
que renace, negándose
a ser víctima estéril
de la llama y su incendio,

la sonrisa, el misterio
de los grandes océanos,
la victoria del tibio,
claro sol de noviembre
sobre la gris, constante
embestida del frío,
la semilla y el fruto,
la raíz y la savia,
la luz hecha misterio.

En su nombre, los nombres
de todo lo creado.

y vencido mi pulso
 por tu mano invisible,
he venido a cantarte,
hondura en los adentros
que nadie desbarata.

Por los ábsides solos del silencio y la sombra,
perdidos en la niebla
 los hombres que te niegan
no conocen el grito
de tu voz constelada,
tus vigilias de gozo que no puede el olvido
corroer con el ácido
 de su fiera venganza.

En muelles infinitos,
cuando el sol se constriñe
y da su triste muerte a los azules,
me vienen tus tres letras
cosidas por el hilo que trenza la nostalgia.

cuando acabo este himno,

vieja lámpara eterna

que alumbras tanta noche,

belleza sustantiva

que te abres siendo abrazo.

Paz a todos los hombres

que sueñan con ser libres.



Luis María Murciano Lainez

“Un hombre mira desde su ventana”

“Desde mi ventana puedo contemplar el mundo
de los otros; pero ellos no pueden conocer el mío”.

Laura de Colloví

“El amor y la alegría conducen a la paz”.

Cardenal Coccopalmerio

Introito

Alguien lo dijo de otra forma: nunca
dejes que la tristeza se acostumbre
a tus caricias, a la melodía
de tus palabras, al temblor ligero
que estremece el reguero de tus ojos.

Ignora su murmullo y su celada,
no cantes su canción, pues es carcoma,
que pudrirá tus labios imprudentes
con el torpe lenguaje del recuerdo
y la desolación de lo perdido.

Hay que cerrar las puertas a lo amargo,
hay que plantar consuelo en las ventanas,
y esquivar con coraje su estrategia:
tan sólo así derrotarás al miedo.

I

Al otro lado del cristal, el mundo
parece complaciente con la vida.
Está tan lejos de las madrugadas,
a oscuras, de los puntos suspensivos,
de los corceles negros de la muerte,
de las voces flamígeras del llanto,
que ignora cómo puede ser el alma
ceniza, o la lentísima agonía
del que disfraza en sueños la tristeza.

Ese hombre, a este lado del cristal,
dueño de su nostalgia conmovida,
va punzando sin prisa la memoria
de aquellas silenciosas estaciones
en las que el tren estéril del olvido
jamás se detenía. Todo sigue
bajo la misma luna: la ventana

desde la que la vida se contempla,
el mismo hombre, yerto de esperar.

Espera que ese mundo indiferente
que al otro lado del cristal respira,
ancho, frío y remoto, reconstruya
su corazón, ya roto en mil pedazos,
que tanto se asemeja a la penumbra,
al luto y al dolor de los adioses.

Mueren sobre el rocío las tinieblas.
Tras la noche, los héroes sin lápidas
pisan la calle, ajenos al rumor
de las campanas que, doblando, suenan
por entre los espejos de la lluvia.
No olvidemos sus nombres, ni su sangre:
la paz es la antesala del consuelo.

II

La paz es la antesala del consuelo.
Bien lo sabe el que mira, y bien le duele,
porque otra vez en sus adentros oye
el eco de unas voces extenuadas,
la celda de mañanas infinitas
en el límite exacto de las sombras,
el verdadero resplandor del miedo.
Él sabe que ha llegado de repente
la hora de poner punto al terror.

Enmascarar en sueños la tristeza,
sólo le sirve como alivio efímero,
porque en su mente se alinean todas
las asechanzas que el cerebro humano,
herido por el mal, perpetra y signa:
el cruel desprecio de la libertad,
la explosión que derriba la inocencia,

la felonía del disparo alevé,
el temor implacable y sostenido
contra naturaleza y dignidad.

Y el hombre aprende a rebelarse, y grita
que algo hay que conservar cuando se queda
el corazón a solas con la muerte,
sin el parpadear de la esperanza.
Muerde la dura cáscara del llanto,
las alas del arcángel destruido
y siente que le corre por la sangre
un clamor de justicia y paz y amor.

III

Un clamor de justicia y paz y amor
es lo que crece ahora por su pecho
y a sus labios aflora. Dice "amigo",
dice "conciencia", dice "convivencia"
dice "tolerancia"... Y sonrío. No
es agría ni es amarga su sonrisa.
Es como un aleteo de paloma,
tan invisible como la esperanza
y al par, tan cierta, tan verdad. Un hombre
—ese que digo, quieto en su ventana
viendo el ajeno discurrir del mundo—
reconoce y confirma que es preciso
dejar su mirador, bajar, sumarse
a esa marea humana que le ignora,
y decir "Aquí estoy, hermanos. Vengo
a pasaros mi brazo por los hombros
y a caminar junto a vosotros. Es

la hermosa hora de la amanecida
y todo tiene olor a mansedumbre,
a confianza y a fraternidad.
Atrás la saña y el rencor y el odio;
vamos a hacerle un sitio a la alegría
porque ella, de la mano del amor,
siembra la paz en nuestros corazones”.

Y es verdad que amanece. Un nuevo día
—un nuevo sol— derrama en la mirada
la claridad con la que ayer soñaron
tantos hombres de bien, el hombre uno
que son todos los hombres bien nacidos,
y que ahora reclina, sobre un árbol
que bendice la acera, su esperanza
—tan invisible como cierta—, el peso
ingrave de su alma, plena, henchida
de amor fraterno y solidaridad.

IV

De amor fraterno y solidaridad
rebotan asimismo las pupilas
de ese hombre que mira de otro modo
y habla con la armonía entre los labios.
Conoce a quién le debe las heridas,
el musgo ceniciento del dolor,
pero prefiere la concordia al odio.
Caínes son los que la muerte siembran,
caínes los que aplauden su vesania,
los corifeos del terror, los míseros
que justifican lo injustificable.
"No saben lo que hacen", dijo el Hijo
de Dios, y perdonó mientras moría.
Los que han llenado de acedumbre y sangre
esta tierra sagrada, sí sabían
lo que estaban haciendo (deshaciendo).
"No somos dioses, no, pero debemos

perdonar mucho, aunque su olor a pólvora
siga impregnando nuestras vestiduras”,
dice ese hombre que acaricia el tronco
del árbol que le arropa, y cuyas hojas
cubren sus pies, como si comprendieran.
Las sombras lastimadas que un día fueron
corazones en pie, sangra encendida,
van cruzando delante de sus ojos
como fieles testigos de la insania
de quienes sólo repulsión merecen:
niños a quienes dieron cielo y alas
antes de que aprendieran a vivir;
madres con criaturas en el vientre
que nunca llegarían a alumbrar;
hombres honrados, firmes en su entrega
que ensangrentaron bares, calles, plazas,
siempre de espaldas a sus asesinos;
o esa pareja que marchaba, unida,
hacia un mañana luminoso y suyo,

y una mano cobarde y renegada,
sin atreverse a contemplar sus ojos,
los dejó en tierra, inmóviles y fríos.

El hombre que presencia ese desfile
de seres que ya son sólo memoria,
pero memoria viva y grito ardiente,
retorna, esperanzado, a su ventana
y una lágrima brilla en su mejilla.

Final

Un hombre mira desde su ventana.

Una lágrima brilla en su mejilla.

Llueve de la manera más sencilla
sobre la soledad de la mañana.

Mas no está solo. Una marea humana
va con él, y ni cede ni se humilla.



Modalidad Novela corta



José Luis Castro Lombilla

“Charlie”

Luchemos para liberar al mundo, para derribar barreras nacionales,
para eliminar la ambición, el odio y la intolerancia.

Luchemos por el mundo de la razón.

Charles Chaplin, “El gran dictador”

Antonio

—¿Y para qué coño les sirven los cuernos...?

Los cuernos no han terminado de salir de su boca cuando ya se pone en pie. Con la ese final serpenteando aún entre los labios, Carlos se ha levantado del sillón sin apenas esfuerzo, como impulsado por un resorte invisible. Con manos nerviosas rebusca en los bolsillos de su bañín.

—¿Tienes una moneda de cincuenta céntimos, Antonio? —me dice.

Saco la cartera y le entrego una moneda que él deposita, como siempre que dice alguna palabra malsonante, en la hucha rosada con forma de cerdito que tiene encima del televisor. La hucha, es decir, el orondo y sonrosado cerdito rajado en su lomo, recibe la moneda mostrando una bobalicona sonrisilla pintada en negro que algunas veces, cuando la curva de su ciclotimia se encuentra más baja de lo deseable, irrita bastante a Carlos. En esos momentos dice que siente cómo el cerdito hucha, que el malnacido cerdo, se está burlando y entonces se apodera de él un odio intenso y hasta piensa en tirarlo por la ventana, para que aprenda. De todas formas, no parece ser éste el caso de hoy, menos mal, porque Carlos ha dejado caer la moneda con rapidez indolente, casi sin mirar la hucha. Sus ojos están clavados en la pantalla del televisor mirando con rabiosa avidez una nube de patas que corren desesperadamente por las llanuras del Serengeti.

—¿Y para qué..., para qué demonios les sirven los cuernos...? —repite, suavizando el tono de la frase, mientras vuelve a encajarse en el sillón.

A veces pienso que debería impedir que viera estos documentales que tanto daño le hacen. Aunque, bien mirado, cuando no son estos documentales de la vida salvaje en África son los informativos, el caso es que siempre hay algo que lo saca de sus casillas y le lleva a proferir los más desagradables exabruptos. Menos mal que sigue con esa costumbre de meter en la hucha de Paula

una moneda de cincuenta céntimos cada vez que dice un taco, al menos así ahorra y cuando está llena usamos ese dinero para los gastos de la farmacia. Si no fuera por las pastillas, no creo que Carlos pudiera seguir adelante.

—Es su naturaleza —digo.

—¡Y una mierda! —dice—. ¡Son unos putos cobardes!

Antes de que me la vuelva a pedir saco otra moneda de cincuenta céntimos y se la doy. Carlos realiza de nuevo la liturgia del pago por taco, pero ahora lo hace mucho más tranquilo, parece que esta vez se ha desahogado bien. Mejor así, no sea que al final la pague con el pobre cerdito que ninguna culpa tiene de nada. Y mucha menos culpa tienen los ñus, por supuesto. Ellos hacen lo que les dicta su instinto. Por mucho que grite Carlos desde el sillón no va a cambiar las leyes de la naturaleza. Aunque sean muchísimos más que sus depredadores y aunque estén dotados de poderosos cuernos, ellos, pobrecitos, prefieren correr a pelear. Los ñus son así y no hay más vuelta de hoja.

El documental muestra ahora una hembra de ñu con su cría paciando sosegadamente en la sabana de Namibia. Me temo lo peor pero no me atrevo a hablar. Como tantas otras veces, sé que si intento distraer a Carlos de las cosas que le exasperan se enfadará conmigo y me echará de su casa. No sería la primera vez que mi hermano mayor me mandara a paseo. O, como él dice: a tomar por culo. Después, claro está, mete una moneda en la hucha y se calma. Desde luego, no entiendo cómo no evita ser tan mal hablado. De modo que mantiene la promesa que le hizo a Paula cumpliendo escrupulosamente el rito de pagar por los tacos pero es incapaz de evitarlos. Pues no creo que a ella le gustara esto, no. Aunque la muy pícara lo que de verdad quería era que su padre cebara la hucha con monedas de cincuenta pesetas, en el fondo también esperaba que dijera menos palabrotas.

Cincuenta pesetas... Qué curioso, a Paula le gustaban esas monedas y no aceptaba otras. Incluso a mí, cuando quería regalarle dinero para que se comprara chucherías (recuerdo perfectamente la última vez que le di una), siempre me exigía una moneda de cincuenta pesetas. Cuando llegaron los euros, Carlos pensó que la única moneda válida para continuar satisfaciendo la voluntad de Paula sería la de cincuenta céntimos. Además, me decía, al cambio ella sale ganando...

Mis temores se cumplen y el realizador del documental ofrece un primerísimo plano de una leona

agazapada que vigila a la hembra de ñu y, sobre todo, a su cría. Carlos lo va a pasar mal ahora y supongo que necesitará algunas monedas extras.

—Tengo que irme que a primera hora de la tarde me pulen el suelo de la librería y no quiero dejar sola a Inma con el marrón... —le digo, inventándome una excusa verosímil. No quiero estar presente cuando la leona sacie su hambre—. Por cierto, Inma te manda besos, Charlie...

Menos mal que está absorto mirando el televisor y no ha oído cómo lo he llamado. Se me ha escapado. En veinticinco años ya podría haberme acostumbrado, pero lo cierto es que me cuesta mucho tener que morderme la lengua para no decirle Charlie. No obstante, debo respetar su voluntad, qué le vamos a hacer.

Mientras bajo las escaleras no puedo quitarme de la cabeza la imagen de esos ñus. Seguro que la leona está ya devorando a la cría. Y pobre de la madre como haya huido, Carlos la va a poner de vuelta y media. Menos mal que le he dejado las dos últimas monedas que traía en la mesa, al lado de la foto de Marta con Paula recién nacida en los brazos. Seguro que las gasta antes de que termine el documental y no le quedará más remedio que abrir la hucha para reutilizar las monedas usadas. Mañana intentaré traerle cambio cuando venga a verle. Si no hay demasiado ajetreo en la librería, dejaré sola a Inma y vendré a desayunar con él.

Salgo al portal y cuando casi he llegado a mi coche Carlos se asoma a la ventana y me hace gestos para que me acerque.

—¡No te olvides de Faulkner! —me grita.

—¡Mañana te lo traigo sin falta! —le grito.

—¡Antonio!

—¡Dime!

—¡Me llamo Carlos!

Carlos

Hoy he jugado con tu calavera a los bolos, Paula. Fue la primera imagen que me vino a la mente al despertar. Aún no había levantado los párpados cuando vi claramente cómo meñía mis dedos en las cuencas vacías de tus ojos y lanzaba tu calavera, tu blanquísima calavera de algodón contra tres bolos que a lo lejos no dejaban de hablar. Si lo miras bien, Paula, fue hasta gracioso verlos saltar por los aires. Fue un pleno en toda regla, hija mía. Si te hubieras visto, si hubieras podido ver cómo tu suave cráneo lechoso golpeaba a esos tres absurdos palitroques te hubieras reído. Volaban ellos y sus frases se deshacían como rosarios de palabras volátiles que cabriolaban un momentito antes de caer, exánimes, al suelo. «El proceso debe resolver las claves de la territorialidad y el derecho de autodeterminación, que son el núcleo del conflicto...», «Solución justa y democrática al secular conflicto político...», «Alcanzar acuerdos para consensuar la formulación del reconocimiento de Euskal Herria y su derecho a decidir...», «Responsabilidad histórica...», «Diálogo y negociación...», «Independencia...». Cómo caían todas, Paula, cómo caían una a una las palabras al suelo junto a sus chapelas, esas boinas negras que tan ridículas quedaban sobre las capuchas blancas con las que cubrían sus caras antes de ser abatidos por mi certero lanzamiento de tu infantil calavera. Después de reírme por este pensamiento tan extraño los he mirado bien, Paula, he observado sus cuerpos caídos en el suelo de mi imaginación, inermes con los brazos izquierdos grotescamente levantados todavía y apretando los puños en un inútil gesto de heroísmo fingido. Entonces he recogido tu calavera del suelo, hija mía, he tomado en mis manos tu pequeña cabecita pelada y he soplado para limpiarte. Te he soplado, Paula, te he soplado suavemente hasta quitar cualquier partícula de ellos que te hubiera podido quedar adherida para manchar tu recuerdo óseo. Después te he mirado y, lentamente, con armoniosa alegría como nacen las flores en primavera, los huesecitos de tu cara se han ido cubriendo con una suave piel sonrosada, las cuencas vacías se han llenado con la luminonsidad azul de tus ojos renacidos y el manantial de tu pelo ha brotado en una explosión dorada de vida... Te he visto, Paula, he vuelto a ver tu cara y he saltado de la cama para romper el hechizo de tu imagen que tanto dolor me causa. Y he corrido hacia la habitación donde están ellos y me he enfrentado a su foto, a esa foto en la que los tres bolos antropomorfos escenifican con ridícula gravedad esa parodia de alto el fuego, y me he ex-

playado, hija, les he demostrado que yo no soy uno de esos pusilánimes ñus que huyen cobardemente... Después, claro, no he tenido más remedio que meter en tu hucha la última moneda que me quedaba de las que ayer me dejó tu tío Antonio. Ya sabes que por nada del mundo dejaría de cumplir la promesa que te hice el día de tu Primera Comunión, cuando abriste el paquete con el cerdo hucha y me condenaste a depositar una moneda de cincuenta pesetas por cada palabrota que dijera.

—Hoy, 7 de junio de 1987, yo, Carlos Marín Castro, juro solemnemente que meteré una moneda de cincuenta pesetas en esta hucha cada vez que diga una palabrota —te dije con la mano izquierda en el corazón y la derecha abierta en alto, como juran en las películas, mientras tú te reías, feliz, vestida de blanco como una novia pequeña.

Puede estar contento tu bobo cerdito, hoy ha empezado a comer bien temprano.

Asun

Antonio y Carlos están sentados en la cocina viendo un libro. Carlos está como un niño con zapatos nuevos. Me parece a mí que sólo los libros le devuelven la paz a este hombre. Antonio bebe de su taza el café que les acabo de hacer pero Carlos ni ha tocado la suya. Seguro que se le enfría. Pues recalentado el café no sabe igual. Donde esté un café recién hecho... Carlos me mira cuando yo entro en la cocina para coger la escoba.

—No limpie la habitación del fondo, Asunción —me dice.

Si me dieran un euro por cada kilo de polvo que quito de esta casa, madre mía, estaría podrida de dinero. Mi Camilo se ríe cuando se lo digo, pero es que es verdad, con tantos libros y tan desordenados... Que digo yo, Señor, que ya que quiere tener libros pues que los tenga, claro que sí, qué menos siendo profesor, o, bueno, habiéndolo sido y teniendo además la librería del hermano, que es como si fuera suya aunque ya no vaya por allí pero que ha trabajado en ella tantos años; pues vale, digo, es normal, pero hombre de Dios, no los tenga así apilados, de cualquier manera. Que es que no hay un solo rincón de la casa que no tenga libros. Hasta en el cuarto de baño tiene, que está el bidet que no lo usa para nada lleno de libros y revistas y periódicos; y así desde luego no hay quien pueda tener esto limpio. Yo me esfuerzo, que bien que me gano el sueldo, pero es que no me cunde, porque yo no puedo con sólo dos días a la semana quitar tantísima suciedad que se acumula entre estos montones de libros. La casa de Antonio es otra cosa. Tiene también muchos libros, cosa normal siendo librero, qué menos...; pero allí están más ordenados y tengo que trabajar poco cuando voy. Aunque, claro, en eso Inma tiene mucho que ver. Porque es lo que yo digo, las mujeres somos más ordenadas que los hombres de aquí a Pekín, se ponga como se ponga Camilo que siempre me discute esto. Pero Carlos, el pobre, tantos años solo...

—No se preocupe don Carlos —le digo—. Sólo pasaré un paño húmedo por el pomo de la puerta, como siempre.

El día que me pida que limpie esa habitación le exijo un extra, hombre, que debe de tener polvo acumulado para parar un tren. No entiendo por qué no me deja que la limpie; bueno, ni que la limpie ni que entre siquiera a abrir la ventana para que se ventile un poco, que una habitación sin ventilar sólo puede criar mugre. ¡Y hasta bichos! Como un día se cuele una cucaracha y haga nido

ahí, ese día la Asun desde luego que no pone un pie en esta casa porque ese día esto va a ser Jauja, la Jauja de las cucarachas, vaya... Y es que la tiene llena de papeles, que lo sé porque una no es tonta, y aunque él no me deje entrar yo sé que en esa habitación no tiene más que periódicos acumulados, que son ya muchos años limpiándole la casa. Hasta las paredes están empapeladas con recortes... A dos pesetas recuerdo que compraba el trapero de mi pueblo el kilo de periódicos viejos. Lo que yo digo, si me dejara entrar en esa cueva y llevarme los periódicos para venderlos, madre mía, estaría podrida de dinero.

Estoy barriendo el salón y no puedo dejar de mirar la fotografía de Marta con la niña en brazos. El pequeño marco plateado está reluciente y el cristalito que la cubre, si no me acerco, ni se nota de limpio que está. Yo creo que es lo único que Carlos limpia de la casa. Si fuera igual de cuidadoso con todo lo demás yo no tendría que venir para nada. Pobrecillo. Qué guapa era su mujer. Me hubiera gustado conocerla porque según dicen Inma y Antonio era un sol de mujer. La vida, que es una mierda, una auténtica mierda. Mi Camilo, cuando yo digo esto me llama pesimista, pero es que es verdad. Y si no, a ver, primero ese infarto a una mujer que como me ha contado Inma muchas veces ni bebía, ni fumaba; una mujer que hacía su vida normal, dando sus clases en el colegio, al lado de su marido, y, de pronto, sin previo aviso, ya está, el corazón se rompe y adiós. La vida es una tómbola, una tómbola de mierda. De todas formas, el que se va es el que menos sufre porque los muertos ni sienten ni padecen. Somos los que nos quedamos los que cargamos con la pena. Pues Carlos debió de quererla muchísimo porque no es normal que un hombre que se queda viudo joven, con menos de cuarenta años y con una niña de siete a su cargo, para más inri, no se vuelva a casar. Claro que, yo creo que es que no le ha dado tiempo al pobre ni de pensarlo. Porque hay que ver que cuando a la mala suerte le da por alguien es como uno de esos perros que cuando muerden no pueden soltar a su presa. Qué hijosdeputa, Señor, con lo que había pasado este hombre y a los dos años esos cabrones... No me extraña que esté amargado el pobre. Yo creo que no lo he visto reírse en mi vida, y mira que son ya años tratándolo, lo menos veinte. La primera vez que lo vi en la librería, al poco de empezar yo a trabajar en la empresa de limpieza, ya me impuso un respeto que todavía hoy no se me ha quitado. Por eso lo llamo don Carlos aunque él me dice que no le gusta. Pero es que lo veo siempre tan serio, el pobre, con esa pena en los ojos, que a mí me da no sé qué y no puedo, no puedo evitarlo. Y ya no voy a cambiar

a la vejez, que si él acaba de jubilarse yo estoy a punto. De todas formas cuando me jubile seguiré trabajando, igual que Camilo. Yo no sirvo para estar en casa sin hacer nada, así es que cuando me jubile haré como él y seguiré haciendo mis chapuzas. Como mis dos hijos ya están criados y viviendo sus vidas independientes, cada uno por su lado, yo no les hago falta para nada y lo mejor que puedo hacer es seguir trabajando como Camilo. Ya se lo tengo dicho a Antonio, que cuando me jubile si quiere yo puedo seguir limpiando su casa y la de su hermano por mi cuenta, ya sin la empresa de por medio, saliéndole mucho más barata, dónde va a parar. Es que si yo me quedara para mí todo lo que le cobra la empresa por limpiarle la librería y las dos casas, madre mía, estaría podrida de dinero.

Vaya por Dios, ahora no puedo quitarme los perros esos de la cabeza... ¿Cómo lechugas se llamaban esos perros que cuando muerden no pueden soltar a su presa...?

Antonio

—Pues yo creo que se va a vender muy bien —le digo—, tengo ejemplares reservados desde hace semanas.

Carlos pasa las páginas del libro con cuidado, como si las acariciara. Hubiera preferido que fuera él a buscarlo a la librería para que saliera un poco, pero ha sido inútil. Prefiere quedarse en casa. Realmente, desde que se ha jubilado las veces que ha salido se pueden contar con los dedos de una mano. Claro que antes tampoco es que saliera mucho. De casa a la librería y de la librería a casa, ya está. Y eso sin contar las depresiones que lo enclaustraban semanas enteras. Si no fuera por los días que Inma y yo lo hemos arrastrado a comer fuera, no saldría nunca. El mes pasado ni siquiera abrió el sobre con la invitación del Ministerio para la entrega de encomiendas y cruces. Lo pasó muy mal el mes pasado. No quiso ni oír hablar de los actos conmemorativos y sólo salió el día diecinueve para ir al cementerio.

Ahora está repasando el índice de autores que han participado en este libro sobre Faulkner y sólo con ver los gestos que hace puedo saber a cuáles aprueba y cuáles son rechazados por su particular donoso escrutinio. Qué curiosa coincidencia de efemérides. Y qué distintas, además. El mes pasado se cumplieron veinticinco dolorosos años del atentado que mató a mi sobrina y ahora, en este julio, tan caluroso por cierto que parece que estemos en el profundo sur de Estados Unidos, se cumplen cincuenta de la muerte de Faulkner. Murió con los mismos años que tiene ahora Carlos y su recuerdo, lejos de ser algo luctuoso, tiene una concreción gozosa en esta interesante selección de artículos. Yo creo que para recordar a Paula, Carlos podría haber hecho lo mismo, es decir, celebrar su recuerdo y no encerrarse en ese maldito cuarto a embriagarse con las tintas envenenadas de los periódicos que hablan de paz, de negociación o de la izquierda abertzale entrando tan victoriosa como ruin en el Congreso. Pero, es que, cuando le hablo de las películas, de esas películas que son un trozo de su alma; cuando le digo que debería verlas de nuevo o venir a casa a verlas con Inma y conmigo, siempre me manda callar. «Por mí como si las quemaras», me dijo la última vez. Pero yo conservo esas películas con la esperanza de que algún día se decida a verlas. Creo que hice bien guardándolas yo para evitar que las destruyera...

Por la puerta aparece ahora la cabeza de Asun frunciendo cómicamente el entrecejo.

—Se va a tomar el café helado, don Carlos —le dice.

—No me llames don, Asun, por favor —contesta Carlos sin levantar la mirada del índice.

Le guiño un ojo a Asun y con disimulo acerco la taza a la mano de Carlos. Aunque chasquea la lengua y me mira con cara de fastidio, mi hermano finalmente toma su taza de café y da un sorbo grande.

Inma

Charlie murió hace veinticinco años. Carlos no es más que una cáscara vacía, la envoltura sin vida de un hombre. Charlie se quedó para siempre en la avenida Meridiana, carbonizado junto a Paula. Desde entonces, Carlos vaga como un alma desnortada incapaz de encontrar su rumbo. Ya está, poco más se puede decir de él. Si algún escritor pretendiera hacer una novela con su vida, sería sin duda una novela aburridísima, carente de acción y sin hilo argumental del que tirar. Como manejadas por un perverso maestro de esgrima, las manecillas del temporizador que activó el explosivo del Ford Sierra lucharon contra las manecillas del reloj vital de Charlie y sucumbió en el acto. Murió Charlie atravesado por un segundero fatal, eficaz batuta para dirigir una orquesta de muerte y destrucción. El amonal explotó y las llamas recorrieron el aparcamiento, subieron al centro comercial y cogieron un carro con sus dedos de fuego para llenarlo de vidas inocentes con que saciar su hambre irracional. Fue en el hospital de Sant Pau, mientras esperábamos codiciosos alguna noticia esperanzadora, cuando Carlos certificó las dos muertes: la de Paula y la de Charlie. —¿Se sabe algo, Charlie? —dijimos Antonio y yo a la vez, las voces rotas por el miedo.

—Paula ha muerto..., no me volváis a llamar Charlie —nos dijo Carlos con extraordinaria impasibilidad. Tenía la mirada perdida y sus ojos estaban secos como odres agotados mientras el coro trágico de médicos que lo rodeaban asentía cabizbajo. Los terroristas podían levantar sus miserables brazos con orgullo montero ante esta nueva víctima, un ladrillo más para la construcción de su gran patria vasca, esa quimera de piedra cimentada con sangre.

Después vinieron las depresiones, el calvario de los escépticos tribunales médicos y, finalmente, su renuncia. Dejó de dar clases porque no soportaba enfrentarse cada día a la mirada limpia de Paula que él veía repetida en cada uno de sus alumnos. Si no hubiera sido por nosotros, creo que se hubiese quitado la vida; o, ya que eso no era posible porque Charlie, que era su yo real, estaba muerto, sí que hubiera intentado matar a esa encarnadura ficticia de sí mismo que era Carlos.

Dos años antes, cuando murió Marta, lejos de hundirse, Charlie se fortaleció. Consciente de su difícil tarea de sustituir a la madre, Carlos redobló sus esfuerzos por ser ese maravilloso padre que Paula adoraba. Dejó de ser Charlie sólo a ratos, cuando le ponía a Paula películas de Charlot o jugaba a disfrazarse para imitarlo, y ya nunca se quitó el simbólico disfraz de vagabundo genial

con el que tanto alivió el sufrimiento de Paula por la ausencia de su madre. Cómo me reía cuando la oía llamar Charlie a su padre...

Paula siempre ejercía de maestra de ceremonias y, tras el preceptivo redoble de tambor con la boca, presentaba el número cómico que haría las delicias de los invitados. Antonio y yo no parábamos entonces de aplaudir cuando la sábana colocada en la puerta a modo de improvisado telón se agitaba un segundo antes de que la traspasara Carlos disfrazado de Charlot.

Carlos creía que esas películas que siempre admiró podrían tener un efecto altamente beneficioso en la educación de los niños, por eso no dudaba en organizar jornadas de cine cómico en el colegio donde Marta y él daban clases y donde Paula aprendía, entre otras cosas, que con sólo un poco de imaginación dos panes atravesados por sendos tenedores pueden convertirse en el bailarín más divertido del mundo. No recuerdo una sola comida en la que Paula no destrozara los panes buscando sorprendernos remedando a su padre cuando él imitaba a Charles Chaplin haciendo el baile de los panes en *La quimera del oro*. Antonio y yo no hemos tenido hijos y quisimos a Paula como si fuera nuestra. Llevamos veinticinco años llorando cada vez que en un restaurante nos ponen esos panecillos ovales que parecen pies.

—En la librería necesitamos ayuda, así que te vienes con nosotros y no se hable más —le dijo Antonio a Carlos un día.

—No quiero daros más problemas, que bastante me habéis ayudado ya —contestó Carlos.

—¿Ayuda...? —dijo, riéndose, Antonio—. Lo que queremos es aprovecharnos de ti, tonto... ¡Quién mejor que un profesor para asesorarnos con los libros!

Y así fue que Carlos se vino en calidad de socio a trabajar con nosotros. Bien sabe Dios que hemos intentado en estos años hacerle revivir, pero ha sido inútil. Su hermano y yo hemos hecho lo indecible para que saliera de su marasmo vital, pero todos los intentos han resultado inútiles. Llevarlo a comer fuera de su casa ha sido un trabajo ímprobo que sólo hemos logrado a veces, en muy contadas ocasiones. Y nunca se ha querido venir con nosotros de vacaciones. Lleva veinticinco años sin salir de Barcelona, como si no quisiera abandonar por fidelidad a Paula el lugar donde murió. Encerrado en la ciudad tumba. Y desde que se ha jubilado está peor. Ya no tenemos la excusa del trabajo para que salga. Y los actos del mes pasado por el aniversario le han afectado bastante. Han sido muchos días volviendo a ver por televisión las grabaciones terribles de los bomberos

afanándose por apagar el fuego, los escombros, las camillas urgentes sacando cuerpos exánimes piadosamente envueltos en sábanas blancas, los gases tóxicos violentando pulmones, el miedo, la angustia... Y el odio, ese odio tenaz que no le deja vivir en paz. Ese odio que es el triunfo de ETA. Llega Antonio. Ha estado con Carlos y parece contento.

—¿Cómo está? —le digo.

—Bien —me responde—, espero que Faulkner lo mantenga alejado aunque sólo sea unas horas de esa dichosa habitación.

En la librería algunos clientes apáticos pasean ojeando las novedades.

—¿Alguna venta? —me pregunta Antonio señalándolos sin disimulo.

—¡Un potosí! —bromeo—. Una jubilada ha comprado dos ejemplares de Cincuenta sombras de Grey...

Los dos nos reímos y Antonio, como para celebrar la broma, se acerca y me da un beso en la frente. Entonces me acuerdo de cómo solía dibujarnos Paula, siempre agarrados de la mano y envueltos en una graciosa atmósfera de corazoncitos rojos.

Carlos

—Yoknapatawpha, Yoknapatawpha, Yoknapatawpha...

Los pensamientos son como fichas de dominó puestas en hilera que se van empujando con disparatada urgencia. Apenas en un segundo podemos ir de Napoleón Bonaparte subido en una pirámide de Egipto a Rosario, la frutera del barrio que nos enseña una mano repleta de dedos, una mano negra con más de seis o siete dedos negros también. Y esa negra mano de dedos negros que nos ofrece amable un limón fresco, fresquísimo, el limón más fresco del mundo, de pronto puede convertirse en un avión que planea sobre nuestras cabezas antes de trocarse en hormiga que lucha por escapar de la pegajosa red que una araña bromista ha fabricado con los invisibles hilillos que le salen de su abdomen. La araña, finalmente, eres tú mismo que estás llorando sin saber muy bien por qué...

A veces, los frenéticos pensamientos, esas indomables fichitas de dominó electrizadas por nuestras cansadas neuronas, no son más que briznas de hierba que asoman tímidas su cabeza, una pequeña cabeza, muy pequeñita, que apenas brota y respira el aire oxigenado del mundo se muere.

Yo intento dominar mi pensamiento primero del día, Paula. Para evitar que me asalten a traición recuerdos dolorosos o ideas funestas, me esfuerzo por recordar algo que haya decidido antes. No te creas que es fácil, hija mía, no. Primero debo pensarlo mucho antes de dormirme para retenerlo esperando que las pesadillas, esos sueños angustiosos que siempre tengo, no lo borren de mi memoria. Hoy me voy a acostar diciendo Yoknapatawpha muchas veces, Paula, a ver si así mañana cuando me despierte me acuerdo y lo repito. Yoknapatawpha es un territorio mítico, un lugar inventado por un gran escritor, William Faulkner. ¿A que parece un sortilegio...? Pues lo voy a repetir como si fuera un conjuro, un mantra sagrado con el que alejar los fantasmas que me asaltan cada mañana. El etarra que madruga para ser el primero en el turno de imágenes que mi cerebro fabrique al despertar deberá vérselas con Faulkner. Sí, a ver quién gana. Lo que voy a hacer es mentalizarme, Paula, estar muy atento para ser yo el primero en desenfundar en este duelo matutino. En cuanto sienta que la consciencia me llega, empuñaré mi arma literaria y le dispararé un Yoknapatawpha al primer terrorista que asome su encapuchada cabezota de pedernal. A lo mejor,

si me concentro bien antes de dormirme, logro decir Yoknapatawpha al despertar y, entonces, entonces Paula pudiera ser que este asaltador de despertares apareciera por arte de birlibirloque en Yoknapatawpha, ja. Me imagino al terrorista por las secas tierras de Yoknapatawpha, sin agua ni comida, achicharrado por el sol y amenazado por un buitre que, sosegadamente, vuela en círculos sobre él regodeándose por adelantado con el festín que este hijo perdido de Aitor le asegura.

Pues sí: ¡Yoknapatawpha! Decididamente mañana debo recordar este nombre para espantar a esos carroñeros con pistolas y bombas que siempre revolotean sobre mi almohada dispuestos a posarse en mi cabeza para picotearme el pensamiento al despertar.

Algunos recuerdos tuyos, Paula, tampoco me gustan y siempre procuro evitarlos. Con lo que yo te quiero es toda una paradoja, ¿verdad? ¿Recuerdas cuando te expliqué lo que son las paradojas...? Pues esto de no querer acordarme de cosas tuyas con lo que yo te quiero, hija mía, es la mayor paradoja del universo. Pero es que me duele mucho verte imitando a Charlot con un bigote pintado en papel, recortado y después pegado con un poco de celo sobre tu boca. Bueno, tú lo que hacías, ¿te acuerdas?, tú lo que hacías era parodiarme a mí cuando yo imitaba por ejemplo los andares de pato de Charlot. Y qué bien lo hacías, hija. Eras un Charlot soberbio. Pero yo no quiero verte, Paula, yo no quiero despertarme y recordar cómo girabas una ramita de bambú a modo de bastón mientras levantabas graciosamente el labio superior para mover el pequeño bigotito de papel que siempre terminaba despegado por uno de los lados... Tú me comprendes, ¿verdad, hija? Hace poco tuve que apagar el televisor porque, de pronto, cuando zapeaba aburrido antes de acostarme, me asaltó la imagen de Charlot en el circo haciendo equilibrios imposibles sobre una cuerda floja mientras unos monos traviesos corrían por su cuerpo. Entonces me acordé de cómo te reías tú viendo a esos monos impertinentes. Recuerdo que aproveché como siempre para ampliar tu vocabulario y te expliqué el significado de la palabra funámbulo. A veces yo soy un poco funámbulo, Paula, y tengo que hacer equilibrios sobre la cuerda floja que es esta inercia a la que llamamos vida para no caerme. A diferencia de Chaplin yo no tengo monos juguetones que me hurguen las narices o me bajen los pantalones mientras hago mis piruetas circenses. Yo soy a la vez acróbata y mono travieso que me empuja a mí mismo para hacerme caer al vacío. Ese negro vacío que se abre bajo mis pies de pato, Paula, se me antoja muchas veces como el único lugar donde podré encontrar la paz. Te parecerá una tontería, pero es así, por eso no quiero pensar ni

ver al pobre de Charlot, ni que nadie me llame Charlie como tú un día me bautizaste, porque no puedo aguantar el dolor que todo eso me produce... Y entonces los monos pequeñitos que juegan con Charlot se hacen grandes, unos gorilas enormes que saltan sobre mi cabeza con el único propósito de hacerme caer al negro vacío de la nada en busca de paz. Paz, hija mía, la paz que me robaron esos asesinos y que ahora, como vulgares carteristas, quieren vender en el mercado negro del cambalache político.

Camilo

¡Si ese coche llega a explotar, la que hubiera armado ese pedazo de hijodelagranputa francés en Sevilla! Yo trabajaba entonces de vigilante jurado en el recinto de la futura Exposición Universal. Mi empresa consiguió contratos en Sevilla y como pagaban muy bien allá que me fui. Llegué en mayo de 1990 y a los pocos días... ¡La que hubiera liado ese cabrón de Henri Parot en el centro de Sevilla! Llevaba explosivos para volar media ciudad. Menos mal que lo pilló la guardia civil. A los vigilantes nos pusieron a todos en alerta y hubo que hacer horas extraordinarias por un tubo. La Asun no paraba de llamarme preocupadísima para decirme que me viniera, que no le importaba que estuviera ganando mucho dinero, que de qué le iba a servir a ella estar podrida de dinero pero viuda. Yo le decía que era una pesimista y que no se preocupara, que el Cristo del Gran Poder me había dicho personalmente que me iba a proteger... Si no hubiera sido por los dos hijos, la Asun se hubiera venido conmigo a Sevilla.

Así que esto es lo que tiene este hombre en la famosa habitación... Pues tenía razón la Asun, lo que tiene aquí este hombre son sólo periódicos. Aunque se equivoca cuando me dice que sospecha ella que la habitación está comidita de mierda, porque, la verdad, yo la veo bastante limpia. Cuando Carlos le preguntó a la Asun si yo podría ir a ponerle una lámpara nueva en la habitación, ella vio el cielo abierto para poder comprobar lo que por otro lado ya sabía. No es la primera vez que le hago una chapuza a Carlos, pero nunca había entrado en esta habitación. Y las paredes están empapeladas con recortes sobre la ETA. La verdad es que impresiona un poco, para qué me voy a engañar. Lo primero que he visto al llegar ha sido la cara de Parot y me ha dado un vuelco el corazón. Está pegada en uno de los tablones de corcho, el más grande que está en la pared del fondo, tan cargado de recortes clavados con chinchetas que ni el corcho se ve. Dios santo, hay que tener huevos para tener todo esto aquí pegado. ¡Qué cabrones hijodelagranputa! Eso que hicieron no tiene perdón de Dios. Y yo qué cerca estuve, la verdad, porque mi empresa trabajaba con El Corte Inglés y alguna vez tuve que hacer algún servicio en el Hipercor de Meridiana. Pobre hombre. Aunque, ahora que lo pienso, también estuve muy cerca después, en Sevilla, porque si ese hijoputa francés llega a hacer explotar el coche... El caso es que por una cosa o por otra siempre he estado cerca. ¡Qué cabrones! Bueno, tampoco debo de crearme un héroe porque la

verdad es que España entera ha estado cerca en algún momento, que han sido muchos años matando. Sin quererlo, todos los españoles hemos jugado un billete de la lotería que estos asesinos han repartido. Tendría que haberles explotado el coche de Hipercor en toda la puta cara a los tres cabrones que lo pusieron... Yo, gracias a Dios, nunca he tenido que usar mi arma, pero lo juro por Asun y mis dos hijos, que si me los hubiera echado a la cara a esos cabrones de Hipercor les hubiera vaciado el cargador en las barrigas, como Clint Eastwood haciendo del policía ese. Desde luego es lo que se merecen, un par de tiros en la barriga, por asesinos. Y hay que ver el jefe del comando pidiendo reunirse con las víctimas el mes pasado... Yo hubiera ido también a reunirme con él, sí, pero para patearle la cabeza cuando me lo echara a la cara, joder... Desde luego, las víctimas le han dado a esos cabrones una lección de humanidad, cosa que ellos ni han hecho ni harán nunca... ¡Si hace unos días los cabrones de Bildu no han tenido ni la decencia de condenar el asesinato de Miguel Ángel Blanco...! Quince años ya, joder, y parece que fue ayer mismo... ¡Si me los dejaran a mí en un cuarto como éste, pequeñito, con las persianas bajadas...! En fin, la verdad es que yo no creo que tener todos estos periódicos aquí sea bueno para este hombre, con lo que ha sufrido el pobre... Pero yo no he venido a juzgarle ni mucho menos a decirle qué tiene que hacer, Dios me libre.

—La lámpara dio un chispazo y se fundió —me dice Carlos mientras aparta a patadas algunas cajas con periódicos.

No se separa de mí ni un momento. Yo sé, porque la Asun me lo ha dicho, que es que no quiere que nadie entre aquí y me está vigilando para que no le toque los periódicos, pero bueno, al menos me está sosteniendo la escalera, que uno ya no está para demasiadas alegrías y si me caigo del suelo no me levanto. La verdad es que desde que me jubilé trabajo más haciendo chapuzas que antes, cuando era vigilante. La época de Sevilla fue en la que más trabajé, hasta veinticuatro horas seguidas llegué a estar de guardia. Después, cuando volví a Barcelona seguí con la aburrida pero tranquila rutina de vigilar fábricas y edificios de oficinas.

Mientras brego con los cables de la luz Carlos mira las paredes. Está como ido, apenas me ha dirigido un par de palabras. A mí me gustaría decirle algo, entablar una conversación con él, coño, que somos prácticamente de la misma quinta y aunque él fuera profesor y sepa de libros y eso yo tampoco es que sea un tonto... Y si es del Barça, ahí tenemos para estar hablando un mes

entero, porque vaya el otro día el partidazo que hicimos en Hamburgo... Pero yo creo que el fútbol no le debe de gustar y la verdad es que no me atrevo a decirle nada. Como dice la Asun, desde el atentado este pobre hombre no ha levantado cabeza. Joder, veinticinco años con esa pena no hay cuerpo que lo soporte. A mí me gustaría decirle que le acompañe en el sentimiento y que a estos cabrones habría que matarlos a todos, pero no tengo valor para sacar el tema, la verdad. Prefiero estar me callado. No es la primera vez que le hago un arreglo en su casa y no quiero que vaya a enfadarse conmigo y deje de llamarme si meto la pata diciendo algo que le moleste. No, mejor me callo y sigo con los cables.

—Por favor, don Carlos, me acerca el destornillador que está en la caja de herramientas —le digo—, ese rojo que sobresale del segundo compartimento.

—No me trate de don, Camilo —me dice—, por favor.

Asun

—Camilo —le digo—. ¿Sabes tú cómo se llama ese perro que cuando muerde no puede soltar a su presa?

—¿Dóberman? —me contesta—. No, no, el pitbull..., creo. ¿Y para qué quieres tú saber eso?

—Nada, cosas mías —le digo.

Estamos viendo la televisión antes de irnos a la cama. Camilo ha estado hoy arreglando una lámpara en casa de Carlos, en la habitación esa en la que no me deja entrar. Lo he usado como espía y ya me ha dado el parte. Me ha contado con pelos y señales que tiene allí una exposición muy triste de periódicos que hablan de la ETA. Y con recortes escogidos ha empapelado prácticamente las paredes. Yo sabía que había periódicos pero no sabía que este hombre estaba tan obsesionado. No es para menos, claro, si a mí me hubieran matado a mi Camilo o a uno de mis hijos, madre mía, yo no lo hubiera soportado. O quizá sí. Al final siempre se sale adelante, aunque sea arrasando la pena toda la vida. A ver qué remedio queda. Mira tú si no la cantidad de personas que hay como Carlos y no tienen los pobres más remedio que aguantar. Ellos sí que son héroes y no los asesinos esos que ponen bombas o pegan tiros en la nuca, por la espalda, como los cobardes que son. Estos pobres y sus muertos yo creo que sin comerlo ni beberlo al final son los únicos que han defendido la libertad de España. ¡Y a qué precio, madre mía! De todas formas, yo creo que eso de tener una habitación como la que tiene Carlos no es bueno; para él, quiero decir, porque eso debe de hacerle daño. Y es lo que me ha dicho Camilo cuando ha venido, que es que eso es como una rendición. No sé, yo de estas cosas no entiendo mucho pero creo que lo que los terroristas quieren es eso, precisamente eso, tenernos a todos amargados, con las paredes llenas de sus fotos para que estemos siempre pensando en ellos. Porque eso de que ya han dejado de matar..., eso habrá que verlo. Además, que una cosa es que paren ya de matar, muy bien, pero otra es que vayan ahora a salir por ahí a pasear como si nada hubiera ocurrido. Yo a Carlos lo veo, qué pena me da este hombre, como un zombi, porque es que en todos los años que lo he visto trabajando en la librería no le ha sonreído a un cliente ni una vez. Y charlitas, pocas, lo mínimo para recomendar libros y venderlos, ya está. Yo creo que por eso Antonio lo tenía casi siempre metido en la oficina haciendo papeleos, llevándole las cuentas y eso... Qué hermano tan estupendo es Antonio. Y,

bueno, Inma es muy tierna. Qué bien han cuidado de él. Y querían tanto a la pobre chiquilla... Inma, cada vez que me habla de ella se echa a llorar, la pobre. Al menos ella se desahoga conmigo y eso está bien, pero Carlos, yo creo que como no sea con su hermano, y con cuentagotas, no suelta prenda y eso no puede ser bueno. Porque una cosa es que no quiera olvidar, y me parece muy bien porque no se pueden olvidar los crímenes horribles de esos hijosdeputa, Señor, claro que no, pero yo creo que no es bueno, no, no es bueno que lo haga solo, que es que ni siquiera fue el mes pasado a los actos que hubo tan emotivos para recordar a las víctimas. Carlos debería meterse en alguna asociación de víctimas, pero, claro, ya, si no lo ha hecho en veinticinco años ahora no creo que lo haga, pobre hombre... ¡Y lo cerca que estuvo mi Camilo en Sevilla, Dios mío! Hay que ver el cabronazo del francés ese lo que pensaba hacer en Sevilla...

—No me hagas mucho caso —me dice Camilo—, pero me parece que ese perro no es el pitbull sino el bulldog...

—¿Y estaba limpia, limpia, pero limpia de verdad como si la hubiera limpiado yo...?

—Que sí, pesada, no me lo preguntes más. En esa habitación la única mierda que hay es la cara de los etarras pegados en los tablones, nada más.

—Bueno, pues ya me quedo más tranquila.

Carlos

«¡Se le ve la pilila! ¡Se le ve la pilila!».

Estoy leyendo en el suplemento cultural del periódico un estupendo reportaje sobre el Renacimiento, ilustrado en su portada con una gran foto del David de Miguel Ángel, y he recordado cuando te lo enseñé por primera vez, ¿te acuerdas, Paula? Yo te mostraba fotos de cuadros y esculturas y te iba diciendo el nombre de los artistas que los habían creado. Cuando pasé una página y apareció el David tú te empezaste a reír, qué bonita y contagiosa era tu risa, Paula, te empezaste a reír poquito a poco, tímidamente al principio para desembocar al final en una estruendosa risa de loca maravillosa mientras señalabas la escultura diciendo: «¡Se le ve la pilila! ¡Se le ve la pilila!». Cómo nos reímos tu madre y yo, Paula, de tu sorpresa infantil ante el desnudo humano. Mamá hacía bromas lamentando la diferencia física entre tu canijo padre y el coloso de mármol; bromas, Paula, que tú aún no podías comprender aunque también las rieras contagiada por las risas de tu madre. Y qué bien dibujaste después al David, Paula, porque tú eras una dibujante extraordinaria. Ya sabes que yo no conservo ninguno de tus dibujos, pero también sabes el porqué y lo comprendes, ¿verdad, Paula, verdad que tú comprendes y perdonas a tu pobre padre...? Antes teníamos la casa empapelada con tus dibujos, hija mía, y hacíamos exposiciones a las que asistían tus tíos y algunos vecinos admirados por esas maravillosas obras de arte realizadas con lápices de colores y pegadas con un poquito de plastilina por todas las paredes de la casa...

Ahora ya sabes qué cosas tengo yo colgadas en vez de tus dibujos en esa habitación...

—¿Pero cómo no te vas a quedar ningún recuerdo de ella, Carlos...? —me dijo tu tío Antonio cuando le pedí que se llevara todas tus cosas, esas cosas hermosas que estaban impregnadas de ti: tus dibujos, tu ropita, los juguetes, tus cuentos...

Yo sé que mi hermano tenía razón y que era un disparate deshacerme de tus recuerdos, pero qué podía hacer si mi cordura se quemó contigo. Hay veces que yo, Paula, desearía estrechar una de tus divertidas camisetas de algodón entre mis brazos, y hay veces también en las que me gustaría cambiar la ponzoña de papel que tengo en esa habitación por tus deliciosos dibujos. Pero no puedo Paula, no puedo y no sé tampoco decirte por qué. Yo no sé por qué quise alejar tus recuerdos de mí. No lo supe hace veinticinco años y no lo sé hoy, te lo juro. Tampoco sé por qué

decidí quedarme sólo con la foto en la que mamá te sostiene en brazos con apenas unos días de vida, Paula. Yo creo que quise conservar esa foto para detener el tiempo. Sí, eso es, que el tiempo se quedara quieto, inmóvil como cuando paramos la imagen del televisor con el mando a distancia, para que siempre estuvierais vivas mamá y tú en ese feliz momento. Muchas veces, cuando la limpio, juego a pensar que esa foto es el mundo real y que mamá y tú vivís siempre así: tú, recién nacida, estrenando el mundo, un mundo que no puede hacerte daño porque la maldad y el dolor también están congelados, mientras mamá te mece en sus brazos acunándote delicada, tierna, amorosamente. Congeladas en ese tiempo mistificado por mi locura estáis a salvo de la muerte las dos, mamá y tú. Ya no podrá llevarse a mamá ese estúpido fallo de riego sanguíneo en su pobre corazón debilitado por hábitos sedentarios, ni a ti podrá llevársete esa hidra canalla que lanza fuego y soflamas dementes por sus múltiples cabezas enmascaradas. He conseguido daros la vida eterna, ¿no es estupendo, Paula? El marco de plata es un recinto amurallado en el que las dos podéis vivir tranquilas. Con esa foto, hija mía, intento convertir la derrota de mi vida en victoria. Sé que es una victoria amañada, una farsa que yo mismo he creado, pero, ¿quién podrá reprocharme que lo haga? Muchas veces, después de desahogarme en esa habitación hundiéndome en las sucias aguas del tormentoso mar del odio, corro hasta el salón para sumergirme en las dulcísimas y apacibles aguas de vuestro recuerdo congelado en la foto. Es como un baño purificador que me calma y restaña mis heridas. En ese momento me siento como un personaje de ficción novelado por un experto contador de historias, un narrador capaz de construir un mundo sólo para mí. En ese momento, Paula, me gusta pensar que esa foto es mi mundo y que el tiempo, el espacio y la acción han sido concebidos por ese ignoto narrador sólo para ese mundo. Ese mundo mío yo lo lanzo al aire y bailo mientras flota blandamente. Sí, hija, sí, igual que hacía Charlot disfrazado de dictador en aquella divertida película que tú no entendías demasiado bien y que yo tampoco quise explicarte en toda su crudeza. Preferí retrasar tu conocimiento de esa sombra que se esconde tras los luminosos chistes del mimo genial, esa sombra negra del fascismo que, quién me lo iba a decir a mí, Paula, hija mía, quién podía avisarme que pronto, muy pronto, esa misma sombra con otro nombre iba a renacer en el centro comercial al que fuimos para recoger las fotografías de tu comunión...

Ay, Paula, hija mía, mi querida Paulette como alguna vez te llamábamos en broma, antes te he di-

cho que todavía hoy, cuando han pasado veinticinco años, no sé la razón por la que quise apartar de mí tus cosas y creo que te he mentido. Tu padre es un mentiroso, hija, te he dicho eso y ahora te digo que es mentira porque yo sí que sé el porqué de esa lacerante decisión. Yo no quería tener tus recuerdos cerca de mí, no quería verte disfrazada conmigo para hacer de Charlot en las fotografías y en los vídeos caseros que nos grababa tu tío Antonio porque me daba y me da ahora, Paula, me da mucha vergüenza volver a verte y mirarte a los ojos. Yo te maté, Paula, sí, yo te maté, ésa es la verdad. Todos estos años he huido de esta gran verdad escondiéndome en esa maldita habitación donde desahogo mi culpa contra esos otros que no fueron más culpables que yo, hija mía. Yo me siento culpable de tu muerte, siento vergüenza de decirte esto pero más vergüenza me da tener esta convicción que ya sentí desde el primer día, cuando saqué en mis brazos tus restos quemados, apenas un pequeño trozo de carbón sin vida mientras yo, que tenía la obligación de cuidarte, de velar por tu seguridad, de dar mi vida por ti, Paula, yo, sin embargo salí ileso. Sí, sí, tuve quemaduras y necesité y sigo necesitando aún la ayuda de psicólogos, sí, pero ¿qué es eso comparado con tu muerte? Es muy injusto que tú murieras y yo no, Paula, hija, hija mía, ¿lo entiendes ahora...? Yo aparté todo lo que me recordaba a ti para evitar la culpa, esta culpa que me corroe el alma como un gusano voraz; esta culpa, hija, que tantas veces me ha empujado a quitarme la vida para enmendar al destino, a ese azar torpe que trastocó el orden normal de las cosas dejando que tú murieras antes que yo. Sí, aunque siempre me han fallado las fuerzas para hacerlo, muchas, muchas veces he querido acabar con mi vida, pero no para dejar de sufrir sino para ajusticiarme por haberte fallado, por haber sido el responsable último de tu muerte. Cuando les grito a ellos, Paula, en esas horas negras que paso frente a sus fotografías insultándoles y golpeando las paredes con mis puños desnudos, a quien grito, hija, a quien insulto y golpeo es a mí mismo, al verdadero culpable de tu muerte. Los terroristas sólo me han servido para descargar sobre ellos mi culpa...

Los psicólogos no han sabido entender esta verdad última, Paula, y han querido despachar con ingenua tolerancia la gravedad de mi crimen hablando del sentimiento de culpa que experimentan los supervivientes, dicen, de cualquier catástrofe. A mí me gustaría creerles, Paula, pensar que soy víctima como tú, pero no puedo, o al menos no puedo en estos momentos de angustiosa lucidez en los que la realidad de mi culpa toma forma ante mí convirtiéndose en un gigantesco

dedo acusador que me señala para interrogarme con furia abrasiva, lanzando preguntas como chasquidos de un látigo feroz.

—¿Por qué elegiste ese día y no el anterior o el siguiente...?

—¿Por qué no fuiste tú solo a Hipercor para recoger las fotos dejando a Paula en la librería con sus fños...?

—¿Por qué tuviste que ir en coche y aparcar en el centro comercial...?

—¿Por qué no reaccionaste antes y protegiste con tu cuerpo el débil cuerpecito de Paula para que aquella lengua de fuego te envolviera a ti y no a ella...?

—¿Por qué llevaste las fotos a Hipercor y no a otro lugar...?

—¿Por qué no has sido más hombre y has luchado contra el terrorismo de forma más decisiva...?

—¿Por qué no te fuiste al País Vasco para matar a los asesinos..?

—¿Por qué...?

—¿Por qué...?

—¿Por qué...?

Te dije antes que no sabía por qué decidí separarme de tus cosas, Paula, y más tarde te he dicho con una seguridad absoluta que sí, que sí lo sabía... Sin embargo, ahora, ahora hija mía no tengo más remedio que volver a dudar porque de verdad no estoy seguro de nada. No estoy seguro de nada, Paula, de nada. Me desahogo y vuelven las dudas a instalarse en mí, como si nunca se hubieran ido. Hay veces que pienso unas cosas y otras veces pienso las contrarias. De lo único que estoy seguro, hija, es de mis lágrimas. Sí, Paula, estas lágrimas que derramo cada día igual que las estoy derramando ahora cuando miro al David de Miguel Ángel en el periódico. Estas lágrimas, Paula, son lo único real de mi vida; lágrimas que caen sobre la imagen idealizada por un genio escultor de aquel pastor pequeñito que tuvo la valentía de enfrentarse con una simple piedra a un gigantesco tirano. Esa valentía, hija mía, es la que le ha faltado a tu padre. Por eso lloro cuando lo miro. Llora mirando al David y vuelvo a acordarme de ti que vienes en mi ayuda a paliar mi amargor con tu inocencia infantil: «¡Se le ve la pililla! ¡Se le ve la pililla!».

Antonio

—¿Qué te ha pasado con ese cliente...? —le dije a Inma.

—No es un cliente —me contestó ella.

—Ah, ¿no? ¿Entonces qué es?

—¡Es un imbécil!

Después, se echó a reír, me dio un beso en la cara y siguió colocando ejemplares del último premio Planeta al lado de los clásicos grecolatinos.

—A ver si hay suerte y alguno pica —me dijo mientras seguía riéndose.

Inma no me ha querido contar lo que le ha pasado con ese cliente, o, mejor, con ese imbécil mientras trabajábamos. Decide hacerlo ahora, cuando ya estamos en casa almorzando.

—Pues no que va el tío y me pide un libro sobre el conflicto vasco.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que de conflicto nada: que ni hay ni ha habido nunca conflicto sino una panda de criminales cobardes que ponían bombas y mataban a la gente por la espalda y que todavía siguen pisoteando con sus bravuconerías y amenazas a toda la sociedad y que pretenden someternos a un chantaje continuo y que además esos canallas rastreros y miserables quieren escribir una falsa historia de España sometiéndonos a todos a un inaceptable proceso de amnesia colectiva...

—Respira, mujer, respira —le digo acercándole un vaso de agua para que beba y se calme—.

Ahora entiendo por qué salió tan rápido que casi se choca con la enorme pila de ejemplares de Ken Follet...

Inma se echa a reír y el agua le chorrea por las comisuras de los labios.

—Perdona el mitin —me dice—, pero es que me ha sacado de mis casillas, el tío imbécil.

—Tenías que haberme llamado, yo habría...

—Sí, claro, tú habrías... ¿qué? ¿Acaso tú le habrías acompañado educadamente, con tu mejor sonrisa en la boca, hasta llevarlo a nuestra sección especial donde están las obras completas de san Sabino Arana?

—Pues sí... claro.... Yo, yo le habría dicho: por aquí, señor imbécil, haga usted el favor de acompañarme al almacén que le voy a enseñar el último libro que ha escrito Sabino Arana desde el más

allá, vasco, por supuesto, dictándose a un médium abertzale de Hernani que se pone en trance tomando medio litro de chacolí y moviendo la cabeza de un lado a otro para que el rabito de su chapela coja la frecuencia divina...

Inma no para de reír, eso me gusta.

—Y después, claro, le hubiera dado hostias hasta en el cielo de la boca... —le digo, riéndome yo también.

—Ay —dice—, si todo fuera tan fácil como hacer chistes...

Hemos comido patatas cocidas con atún fresco y un poquito de vino blanco del Penedés. De postre Inma se toma una pera y yo otra copa de vino.

—¿Sabes lo que me apetece hacer ahora? —le digo.

—¿Dormir la siesta como siempre hasta que yo te llame para volver a remar en nuestra querida librería-galera? —me contesta Inma, humorística.

—Ver una película de Chaplin —le digo.

Inma se levanta, me da un beso en la boca y va para el cuarto donde tenemos el tesoro cinematográfico que con tanto celo le guardamos a Carlos. Regresa con una cinta de vídeo en las manos. Se trata de Tiempos modernos que es una de nuestras películas preferidas. A mí me gusta mucho Paulette Godard y siempre que vemos esta película Inma termina un poquito celosa porque yo no paro de echarle piropos.

Nosotros tenemos todas las películas de Charlot en DVD pero preferimos ver el vídeo de Carlos, aunque la imagen tenga menos calidad. Estas cintas de vídeo son las que le compró Carlos a Paula. Siempre que veía esta película y le decíamos que la protagonista se llamaba Paulette, como ella pero en otro idioma, Paula se ponía contentísima y, riendo mucho, le decía a su padre: «Charlie, Charlie, cástate conmigo que soy Polet-te...».

Paula siempre decía Polet-te.

Inma va y viene para colocar el vídeo en su sitio. Como ahora con el TDT usamos menos el vídeo, para que no estorbe lo tenemos guardado en un armario. Inma aparta el cable del TDT y lo coloca en el vídeo que deja al lado del televisor. Me gusta mucho verla maniobrar así con el vídeo. La veo contenta, se nota que está disfrutando el momento previo. Como una chiquilla: como Paula.

Seguro que en cuanto salga Paulette Godard robando plátanos en el puerto para sus hermanitos

pobres, vestida con harapos y sucia... , pero guapísima, ojo, Inma se pone a llorar como una Magdalena. Qué le vamos a hacer, desde que mataron a Paula siempre le pasa.

—Voy a coger pañuelitos de papel —digo—, que seguro que nos van a hacer falta.

—¿Sabes qué? —me dice Inma mientras introduce la cinta en el reproductor—. Ojalá Carlos volviera a ver estas películas algún día...

—Sí —le digo—. Ojalá.

En la pantalla del televisor, Charlot comienza una disparatada jornada laboral apretando tuercas.

Paula

Aquel día también jugué a contar letras. Todo el camino me llevé contando letras de los carteles luminosos que iba viendo.

—Mobylette... ¡nueve! —decía en alto para que Charlie se enterara.

—Muy bien, hija —me decía él sin volver la cabeza porque tenía que ir muy concentrado en el volante.

Charlie conducía muy bien, conducía tan bien que cuando mamá vivía aunque ella también tenía el carnet de conducir era él el que siempre conducía. A él mamá siempre le decía que condujera... no, no, que condu... con... condujera, eso es (siempre que me equivocaba con este verbo Charlie me decía que me acordara de la risa, je, je, je, y que ya no se me olvidaría decir conduje-jejeje. Es una regla para la memoria). Pues mamá siempre le decía a Charlie que condujera él porque era el mejor y esto a Charlie le hacía sentirse muy orgulloso. Después, cuando se sentaba conmigo en el asiento de atrás, mamá me guiñaba un ojo y me decía en voz baja que ella conducía mejor que Charlie y que si le decía eso era para poder quedarse ella conmigo detrás y así podíamos jugar a buscar matrículas. ¡Qué pilla era mamá! Y cuánto me reía yo cuando me decía eso pero poniéndose el dedo en los labios para pedirme que mantuviera la boca cerrada y no le dijera nada a Charlie.

—Tienes que guardar el secreto, tontita —me decía mamá siempre riéndose mucho—, porque si conduzco yo y Charlie se viene contigo detrás ya sabes que no va a jugar porque éste se duerme en cuanto arranquemos... Deja, deja que Charlie sea nuestro chófer.

Je, je, je, qué graciosa era mamá... En el coche, antes de que ella se muriera siempre jugábamos a buscar matrículas de Madrid. Bueno, de Madrid o de cualquier otro sitio que dijéramos que no fuera Barcelona, claro, porque de Barcelona había millones y era demasiado fácil. Pero Madrid, como era la capital, pues era la que más valía. Casi siempre ganaba yo, je. Es que yo era muy buena encontrando matrículas de Madrid... Bueno, y también porque siempre hacía un poquito de trampa, je, je. Muchas veces le decía a mamá que había visto una matrícula de Madrid y me apuntaba los dos puntos que valía eso, pero era mentira, je, no la había visto, pero como mamá miraba para el lado contrario, je, je...

Cuando mamá murió, tuve que cambiar de juego dentro del coche. Como Charlie no podía jugar conmigo a buscar matrículas porque tenía que estar pendiente del volante, pues un día me puse a contar letras de los carteles que veía por las calles. Charlie me decía que leyera alguno de mis cuentos que siempre llevaba en el coche para mí, pero yo es que me mareaba mucho leyendo en el coche y no podía. Además, a mí lo que me gustaba era jugar y si ya no podía jugar a encontrar matrículas porque no tenía ningún contri... contricante... contri... bueno, que no tenía a nadie con quien jugar porque Charlie no podía quitar la mirada de la carretera, pues empecé a contar las letras de las palabras de los carteles de las calles.

A Charlie le gustaba que yo jugara a eso porque le parecía que era más bueno para mí que lo de buscar matrículas. Se refería a que era más bueno para eso de la educación y aprender cosas y eso.

—Al menos así te familiarizas con las palabras —me decía Charlie que nunca desaprovechaba una oportunidad para comportarse como un profesor.

Eso de contar las letras de las palabras era muy divertido aunque había veces que de lo rápido que Charlie iba no me daba tiempo a contarlas. Me acostumbré a contar letras tanto que hasta las contaba cuando no estaba en el coche. Si iba por la calle y veía por ejemplo un cartel que ponía Peluquería Pepita no sé qué, pues yo iba y mientras andaba iba diciendo: pe, e, ele, u, cu, u, e, erre, i, a... ¡Diez letras! Y así con todas.

Una vez le dije a Charlie que había encontrado un método para contar letras muy bueno que había inventado yo sola, sin ayuda de nadie, y cuando se lo conté él puso cara de asombro y empezó a aplaudirme imitando a Charlot haciendo gestos muy graciosos y abriendo mucho los ojos y moviendo mucho el labio de arriba como si llevara el bigote postizo que se ponía siempre. Yo estaba muy orgullosa de mi invento para contar letras que era además muy fácil de hacer. Sólo tenía que fijarme en la cara de alguien y coger la palabra a la que le quisiera contar las letras e ir poniéndolas una a una, en mi imaginación, claro, sobre la cara y el cuerpo de esa persona. Empezaba por las cejas: una y dos; seguía con los ojos: tres y cuatro; después la nariz: cinco; la boca: seis; las orejas: siete y ocho; los brazos... etcétera. Y así podía contar las letras de tooodas las palabras que quisiera. Lo malo que tenía este invento es que muchas veces me distraía contando letras de una palabra en la cara de mi profesora mientras ella explicaba la lección y no me enteraba de nada...

Aquel día, antes de que Charlie metiera el coche en el garaje, me dio tiempo a contar las letras de la palabra grande muy grande de un cartel que había arriba del todo: hache, i, pe, e, erre, ce, o, erre otra vez: ¡Ocho!

Yo iba muy contenta porque íbamos a recoger las fotos reveladas de mi Primera Comuni3n y estaba nerviosita perdida. Yo creo que había salido muy guapa, bueno, lo creo porque todo el mundo me lo dijo el día que la hice. El tito Antonio y la tita Inma hasta lloraron de alegría. Qué tontos, con lo mayores que son y llorando porque estoy guapa. ¡Es que tenían unas cosas...!

Yo a mis titos los quería mucho, sobre todo a mi tita Inma que desde que mi madre murió se portó conmigo muy bien, tan bien como si fuera una madre. Muchas veces, cuando yo me equivocaba y en vez de tita la llamaba mamá, ella, acariciándome la cara con mucha suavidad me decía que ella sólo era una madre suplente, que la titular estaba en el cielo muy feliz de verme crecer tan guapa y tan buena y tan lista y que seguro que le estaba contando a todos los ángeles del cielo que yo era la niña más lista del mundo.

Mi tita Inma me decía siempre cosas superbonitas, y cuando iba a la librería con Charlie los sábados que él descansaba del cole y yo más todavía, porque si él era profe y era alumna que eso sí que cansa, hombre; bueno, pues cuando íbamos a la librería la tita Inma y también el tito Antonio siempre me decían que cogiera los cuentos que quisiera. Charlie siempre ponía cara de fastidio, aunque se notaba que era una cara de mentira, como cuando hacía de Charlot porque se ponía igual pero sin bigote. El caso es que ponía esa cara de fastidio porque decía que además de cuentos debía llevarme ya libros de mayores y entonces él iba y cogía por su cuenta libros para mí que el tito Antonio y la tita Inma nunca le cobraban. Aunque él quería pagarlos y se quedaba con los billetes en la mano como un tonto, la tita Inma le decía que ese dinero lo guardara para mí, para cuando fuera a la universidad, y después me miraba y me guiñaba un ojo con una cara de pilla que era igualita a mamá cuando me lo guiñaba en el coche para engañar a Charlie y que condu... bueno, que él llevara el volante. Pues la tita Inma se parecía en muchas cosas a mamá. Parecía hermana suya y todo, aunque no lo era. Pero lo parecía.

Uno de los regalos que el tito Antonio y la tita Inma me hicieron por mi Primera Comuni3n, el que a mí más me gustó (bueno, también me regalaron un reloj superchulo que también me gustó mucho), fue un sello para los libros. Un sello con mi nombre y una cosa escrita rara que quería decir

que el libro en el que yo hubiera puesto el sello era mío y de nadie más. El sello lo habían hecho con un dibujo de los muchos que yo les regalaba continuamente.

Cuando Charlie tenía que dar clases o hacer cualquier cosa por la tarde, siempre me dejaba en la librería con el tito Antonio y la tita Inma, y yo después de hacer los deberes con ellos les hacía dibujos que colgaban por toda la librería diciéndoles a los clientes que entraban a comprar libros que eran obras de arte de un pintor chino, o americano, o de no sé dónde. A mí me daba un poco de vergüenza pero en el fondo me encantaba porque me hacían sentir superbién, como si fuera una pintora de verdad.

El dibujo de mi sello para los libros era uno que yo les hice a ellos en el que estaban los dos dándose un besito en la boca, como en las películas, y con muchos corazones rojos alrededor. Bueno, los corazones no se veían rojos porque el sello era todo de tinta azul. Yo tenía que apretar fuerte el sello en una cajita con una esponja llena de tinta azul y después estamparlo como si fuera un juez de esos que en las películas dan con un martillo en la mesa. Pero aunque no se vieran rojos, los corazones salían chuliiiiisimos.

Otro regalo que me hicieron mis titos fue una preciosa hucha rosa en forma de cerdito que yo empecé a llenar inmediatamente.

—¡Coño, qué hucha más bonita! —dijo Charlie.

Y entonces yo aproveché para hacerle jurar que iba a dejar de decir palabrotas, y que cada vez que dijera una tenía que echar una moneda en mi cerdito nuevo. Y no cualquier moneda, no, tendría que echar una moneda de cincuenta pesetas que era la moneda que a mí más me gustaba.

—Hoy, 7 de junio de 1987, yo, Carlos Marín Castro, juro solemnemente que meteré una moneda de cincuenta pesetas en esta hucha cada vez que diga una palabrota —me dijo Charlie jurando como juran en las películas.

Yo me reía muy contenta, pero no porque pensara que Charlie iba a dejar de decir palabrotas, porque es imposible que los mayores dejen de decir palabrotas, sino porque sabía que gracias a ese truco mi cerdito se iba a llenar de monedas de cincuenta pesetas muuuuuy rápido. Je, je. Después de que Charlie metiera en la hucha la primera moneda, el tito Antonio se sacó del bolsillo de su chaqueta una bolsa de plástico muy grande que estaba llena, pero llena llenita llena de monedas de cincuenta pesetas. Y fue y las metió todas en mi hucha nueva, je, je.

—Esto forma parte del regalo —dijo guiñándole un ojo a la tita Inma.

—Sí —dijo ella.

La tita Inma no dejó de llorar en toda la fiesta, je. Qué tonta. Bueno, que tonta pero qué buena, porque las monedas de cincuenta también eran de ella.

Una de las fotos que yo más ganas tenía de ver revelada era la de Charlie haciendo el juramento de dejar de decir palabrotas y si decía alguna echar cincuenta pesetas en mi cerdito. Qué pena que al final me quedé sin ver las fotos. De todas formas, seguro que Charlie salió supergracioso. A mí me recordó a Charlot cuando se pone muy serio delante de un guardia en la película que hace con un niño. La película se titula El chico y Charlie se puso jurando ante mi cerdito tan serio como Charlot cuando un guardia lo mira de arriba abajo porque no se fía de él. El chico, que está compinchado con Charlot que es cristalero, tira piedras contra los cristales de las casas y, después, Charlot sale por una esquina silbando y haciéndose el tonto, y, claro, las mujeres lo ven y saltan de alegría y le piden que les arregle los cristales rotos. Pero el policía no se fiaba y al final, qué gracioso, je, je, los pilló y ellos tiene que salir corriendo corriendo, que es que es de lo más gracioso que he visto en mi vida. Pues Charlie cuando juró que no iba a decir más palabrotas, era igualito que Charlot en El chico.

Ojalá hubiera podido ver yo la foto de Charlie jurando porque tiene que ser muy graciosa. Aunque la foto más graciosa, la más de lo más de lo más es la que nos hizo un día el tito Antonio a Charlie y a mí disfrazados de Charlot y el chico. Yo era el chico, claro, con la gorra y todo, y Charlie era Charlot que es que lo hacía tan bien que era igualito igualito. A mí me parecía muchas veces que hacía mejor de Charlot que el mismo Charlot. Y yo hice tan bien del chico, que casi me cargo el cristal de una puerta del salón de la casa del tito Antonio y la tita Inma. Pero yo no tuve la culpa, que conste. Ellos me dijeron que moviera el brazo en círculos, como hacía el chico para lanzar las piedras y romper los cristales. Y Charlie me dio un mechero para que tuviera algo en la mano y que así pareciera más real. Y, yo qué sé lo que pasó, el caso es que me emocioné y empecé a girar y girar y girar el brazo como había visto que lo giraba el chico, fuerte, muy fuerte, tan fuerte que al final el mechero se me escapó...

Esa foto sí la vi y es mi foto preferida del mundo mundial del universo. Me gustaba tanto que quería llevarla siempre conmigo, pero Charlie me dijo que lo mejor era que se quedara en casa porque si

la llevaba conmigo siempre seguro que la foto iba a durar menos que el dinero que me daba para que me comprara chuches. Al final me alegré de que Charlie no me dejara llevarla nunca, porque si la hubiera llevado en el coche el día que íbamos a recoger las fotos de la Comunión seguro que se habría quemado, porque me acuerdo de que una moneda de cincuenta pesetas que llevaba en la mano cuando todavía no me había bajado del coche, se puso muy muy caliente, tan caliente, que tuve que soltarla... Me la había dado el tito Antonio un rato antes porque Charlie y yo habíamos comido en su casa. Yo la llevaba en la mano dispuesta a gastarla en el primer sitio que viera con chucherías, pero tuve que soltarla porque quemaba, quemaba mucho.

Charlie decía que era una pena que los niños no viéramos películas antiguas, que son tan divertidas, por culpa de la televisión (a mí, ¡brrrrr!, a mí Charlie me tenía la tele controladísima), y por eso le dio por dedicarse algunos viernes a poner películas en el salón de actos del colegio. Casi siempre ponía sus preferidas de Charlot, claro, y una vez puso una de Charlot bombero que era para partirse de risa. Yo ya la había visto en casa, como casi todas, y por eso siempre me hacía la chula con mis amigos diciéndoles lo que iba a pasar antes de que pasara, je, je. Muchos se enfadaban, claro. Pues Charlot como bombero es divertidísimo. Le pasan unas cosas que... Pero al final, después de hacer un montón de cosas graciosas como pelearse con un hombre gordo con un bigote muy grande, de caerse muchas veces del camión de bomberos y muchas cosas graciosísimas más, va y rescata él solo a una mujer que se había quedado encerrada en una casa con fuego. Charlot fue muy valiente. Se subió por la pared de la casa, entró por la ventana y al final salvó a la mujer.

Si Charlot hubiera estado con nosotros en el garaje, a lo mejor yo no me habría quemado.

Asun

He llegado muy temprano a casa de Carlos y me ha sorprendido mucho que Antonio esté con él. O mucho me equivoco o este hombre ha pasado la noche aquí, con su hermano. Espero que no se haya peleado con Inma, hombre, que son los dos un pareja estupenda. Y, además, los cambios no son buenos para mantener los trabajos. Porque, digo yo que si un matrimonio se rompe, el negocio..., ¿qué pasa con el negocio...? Por la cuenta que me trae de verdad espero que no se hayan peleado. Aunque, bien mirado, si se pelean y se separan hay entonces una casa nueva que limpiar y, a lo mejor... Uy, pero qué tonterías digo a veces. Voy a dejar de pensar estas cosas y voy a limpiar, que ya está bien por hoy de cotilleo barato. Además que no me da la gana a mí de pensar en que esta pareja tan estupenda vaya a tener problemas y tenga que romperse. Que no y que no. Ea.

Antonio y Carlos están en la cocina y los oigo discutir. Lo hacen de tal manera que me despeja las dudas. No creo que se haya peleado Antonio con Inma, no. Más bien parece que se ha quedado aquí con Carlos a pasar la noche por estar con él. Sea lo que sea por lo que está Antonio aquí, de todas formas eso me gusta porque con él me encuentro más cómoda. Que no es que Carlos sea malo o me vaya a hacer algo el hombre, no, qué va, pobrecillo, lo que pasa es que me da mucha pena. Y después de saber por mi espía Camilo que todos los periódicos que tiene guardados en el cuarto son de lo mismo, me da más pena todavía, qué le vamos a hacer. Esa obsesión seguro que le está quitando la poca vida que la tragedia le dejó. El otro día, viendo la tele con mi Camilo mientras comíamos, cogimos a punto de terminar un reportaje sobre lo de Hipercor y medio me enteré de que todavía están los pobrecitos míos sin coger las indemnizaciones que el Estado les tiene que dar. ¡Dios mío de mi vida con lo que han pasado...! Desde luego, es lo que yo digo, que las cosas de palacio van despacio, sí, pero para unos más que para otros. ¡Qué cabrones!

Al parecer, como la policía no funcionó como debía de funcionar, pues el Estado tiene que apoquinar... Pero cuando le salga de los... En fin...

¡Qué mierda de Estado!

—¿Tú sabes si a Carlos le han pagado ya? —me dijo Camilo mientras pelaba una naranja de postre.

—Ah, pues no sé —le contesté—. A mí no me suena haber oído nada. Pero tú ya sabes, Camilo, hijo, que tu Asun no se mete en lo que no la llaman; que yo no voy a la casa de la gente a pegar la oreja, vaya. Que tú sabes bien que yo voy a lo mío, a ganarme mi jornal y sanseacabó. ¡Que una es pobre pero honrada...!

—¿Pobre y honrada? —dijo Camilo con una sonrisa en la boca—. No, ya, si las desgracias nunca vienen solas...

Y, sin parar de reírse, el gracioso de mi Camilo se metió de una vez la naranja entera en la boca. A mí me gustaría preguntarle a Antonio por eso de la indemnización pero no quiero quedar mal, que vayan a pensar que soy una cotilla. A lo mejor se lo pregunto a Inma.

Pues me parece a mí que Antonio le está echando a Carlos una bronca de no te menees. Ahí está, de pie y hablando muy alto y moviendo las manos mucho. Uy, uy, clarísimamente es una bronca. Pues es una pena porque estos dos hombres hay que ver lo bien que se llevan. Que no es normal ver a dos hermanos que se quieran tanto. Pero, claro, es que lo que han sufrido une mucho. Tú, Asun, hija mía, por lo que pueda pasar, no te asomes a la cocina para nada hasta que no pase la tormenta, que ya se sabe que cuando dos se están peleando... el primero que pasa por medio cobra.

Ahora limpio la puerta de los periódicos, pero por fuera, como siempre, y veo que no está cerrada del todo. Con sólo apoyarme un poco, sin esfuerzo alguno, la puerta se abre y puedo ver todos los periódicos y los recortes de los que me habló Camilo. Madre mía, qué cantidad de papel. Si me lo diera, a esto le sacaba yo un buen dinero, sí señor. Lo mejor que podría hacer este hombre es darme a mí los periódicos y después dejar que le limpie bien limpiada la habitación, porque limpia como me dijo mi Camilo, ni tanto así. Pero, claro, lo que pasa es que Camilo es muy bueno, sí, pero también es un poco cochino y para él una cuadra es un sitio limpio. Que digo yo, Señor, que qué trabajo le costará a Carlos dejarme pasar una vez al mes aunque sea para que le barra bien barrido ese suelo. Si quiere seguir con la locura de los periódicos, pues que lo haga, que siga, pero teniéndolo limpiito, hombre, que a mí no me costaría ningún trabajo. Y que conste que no lo digo para cobrar más, que bien sabe Dios que yo no lo digo por eso.

En fin, el que manda manda y donde manda patrón no manda marinero. Así que yo a lo mío. Desde el cuarto de baño los oigo perfectamente. Me da un poco de vergüenza estar oyendo estas

cosas íntimas, pero qué le voy a hacer, yo no puedo evitarlo. Si no quisieran que me enterara de lo que están hablando deberían hablar un poquito más bajo. Bueno, pero qué digo, si el único que está gritando es Antonio. Carlos, el pobre, está callado como..., callado como..., ay, no se me ocurre nada que no sea una tumba. Y aquí, en esta casa, a mí no me gusta mentar la palabra tumba. Antonio cada vez grita más, vaya cómo ha venido éste hoy. Y el pobre Carlos ahí sentado, como un bobo sin decir ni mu. Qué pena de hombre. Yo no debería oír estas conversaciones, pero a ver, Señor, si es que no puedo evitarlo... ¡No me voy a echar lejía en las orejas!

Antonio

—¡No te puedo consentir que digas eso más veces, Carlos! —le grito.

—Quieras o no, es la verdad, Antonio —me dice Carlos mirando al suelo.

—Mira —le digo—, tú sabes que no es la primera vez que hablamos de esto, que son ya muchos años, Carlos, ¡coño!, ¡joder!, ¡me cago...! No puedes volver a recaer, no, no y no, me niego a que sigas culpándote de la muerte de tu hija...

Cómo me gustaría poder llamar a mi hermano Charlie otra vez y verlo disfrazado de Charlot haciendo como que se come una bota vieja. Cuando Paula cumplió nueve años le hizo una fiesta cojonuda. Ella invitó a un montón de compañeros de clase, y aunque algunos estaban recelosos porque Carlos era su profesor, tomaron confianza en cuanto lo vieron aparecer como Charlot. Fue espectacular, muy divertido. Paula se lo pasó en grande aquel día viendo cómo sus compañeros ponían cara de asombro al ver a su profesor comiéndose un zapato viejo. Como ella sabía que era de chocolate, se lo pasaba bomba. Y hasta se puso su propio disfraz de Charlot para dejar epatados a todos sus compañeros comiendo ella misma también del zapato. Al final, cuando se descubrió el pastel, todos se pusieron de chocolate hasta las cejas...

—¿Pero es que quieres que su triunfo sea definitivo? —le digo—. O sea, no sólo están en la cárcel a cuerpo de rey, con más derechos que nosotros aquí afuera, sino que ahora vas tú y encima quieres darles el enorme gustazo de aliviarlos de su criminal responsabilidad en la muerte de tu hija para cargarte encima toda la culpa... ¡Carlos, por Dios!

Carlos no levanta la cabeza, parece como si quisiera contar el moteado de las baldosas del suelo. Realmente está el pobre abatido. Me siento fatal hablándole así. No quiero ser tan duro con él, pero creo que es el único medio de conseguir que salga de esta espiral asfixiante en la que se hunde cuando se responsabiliza de lo que pasó. Esto no puede seguir así. Creo que ha sido un error dejar que se jubile porque pasar tanto tiempo solo en casa le afecta. Pero el muy cabezota no ha querido seguir en la librería. Aunque yo no voy a dejar que ETA se salga con la suya, no. Sea como sea, Carlos debe levantarse y ver las cosas como son, ponerse él en su sitio que es el de las víctimas y no el de los culpables. Ojalá todos los niños del mundo tuvieran un padre tan bueno como mi hermano...

—¿Tú qué crees que diría Marta si te viera?

No sé cuántas veces le habré preguntado esto mismo a lo largo de estos años. Siempre que el fantasma de la culpa se le aparece yo recurro a Marta. La utilizo para hacerle entrar en razón porque lo conozco y sé que el recuerdo de su mujer le ayuda a centrarse. Por suerte la muerte de Marta no le causó ningún trauma. Es normal, claro, porque lo de ella fue un maldito infarto que, qué le vamos a hacer, a nadie se puede culpar. Y, además, como cuando ella murió él se tomó muy en serio la responsabilidad de cuidar de Paula, no tuvo tiempo de deprimirse por la muerte de su mujer.

—A ella también le fallé —me dice, erre que erre—, no cuidé bien de su pequeña...

Asun anda trajinando por el cuarto de baño y está haciendo demasiado ruido. Lo último que necesitamos ahora Carlos y yo es tener a una limpiadora chismosa merodeando por aquí.

—¡Asun! —la llamo.

—¿Síiiiiii? —contesta ella asomando por la puerta su rizada cabeza. En la mano lleva la escobilla del váter.

—Por hoy ya está bien, déjalo y vete a tu casa. Carlos necesita un poco de tranquilidad.

Asun se va y cuando la puerta se cierra vuelvo a la carga. Me resulta algo frívolo, pero lo cierto es que no he podido evitar que se me venga a la cabeza la imagen del exorcista y me veo a mí mismo como Max von Sydow en el papel del padre Merrin cuando intenta expulsar al demonio del cuerpo de una niña. Maldita sea, me ha hecho hasta gracia y no la tiene. Aunque, si lo miramos bien en el fondo lo que le pasa a Carlos es que está también poseído. Pero el demonio que tiene capturado a Carlos no es ese demonio dignificado por la literatura y el cine sino algo más abyecto. Carlos está poseído por el asqueroso demonio terrorista de ADN vasco, vasco, vasco... ¡Raza aria pura, vaya! No puedo soportar más esta tensión y el mal cuerpo que nos está quedando a los dos con esta situación. Llevo ya varias horas fustigando al pobre de Carlos y creo que los dos necesitamos un descanso. Así es que, cruzo mis dedos índice y se los pongo delante de la cara a Carlos como si le estuviera poniendo una cruz.

—¡Sal del cuerpo de mi hermano...! —grito, intentando aguantar la risa—. ¡Yo te ordeno que salgas inmediatamente del cuerpo de mi hermano, demonio, asqueroso!

Carlos me mira con cara de asombro. Después de la bronca que le he echado, lo último que podía

imaginarse supongo que era que me pusiera a hacer el tonto de esta manera. El caso es que me parece vislumbrar un pliegue en su cara que antes no tenía. Juraría que una leve sonrisilla está pugnando por salirle en la cara. Debo rematar la faena.

—¡Sal, sal te ordeno! —repito el conjuro acercándole más los dedos cruzados a su cara. Le estoy rozando un poco la frente—. ¡Sal de una vez, ñaki, cabrón...!

No me lo puedo creer, ha funcionado. Carlos se está riendo.

Y bastante...

¡Alabado sea Dios!

Paula

Che, a, erre, ele, o, te: ¡Seis letras! Charlot tiene seis letras.

Tita Inma tiene cuatro.

Tito Antonio tiene siete.

Mamá tiene cinco: eme, a, erre, te y otra a.

Y papá tiene seis: che, a, erre, ele, i, e... ¡Seis, papá tiene seis letras, je, je, je...!

Y yo, yo tengo...: en una ceja, la pe; en la otra, la a; en un ojo, la u; en el otro una ele; en la nariz, la e; en la boca una te; en una oreja la otra te y en la otra oreja la e que queda: ¡¡Ocho, tengo ocho letras...!!

Qué bien me lo pasaba yo contando letras.

Charlie

—Hoy, 7 de junio de 1987, yo, Carlos Marín Castro, juro solemnemente que meteré una moneda de cincuenta pesetas en esta hucha cada vez que diga una palabrota —dije yo, con la mano izquierda en el corazón y la derecha abierta en alto, como juran en las películas, mientras Paula se reía feliz, vestida de blanco como una novia pequeñita.

Yo sabía que ella sabía que yo no iba a dejar de decir palabrotas tan fácilmente; pero, la muy caradura, lo que quería era sacarme todo el dinero que pudiera para las chuches. Pero yo no me dejaba engañar, y como sabía que ella sabía, etcétera, yo lo que hacía era forzar algunas veces palabrotas para tener así la oportunidad de llenarle la hucha. Me gustaba a mí ese espíritu gamberro de Paula, de mi querida niña Paulette.

Muchas veces, cuando comíamos fuera de casa, Paula esperaba ansiosa a que los camareros trajeran la panera para lanzarse, nerviosita perdida, con dos tenedores a la caza de panecillos para clavárselos bien profundo y comenzar a bailar con ellos como hacía Charlot en *La quimera del oro*. En los restaurantes a los que solíamos ir, los camareros nos tenían verdadero pavor porque siempre acabábamos dejando la mesa llena de panes destrozados. Ja, ja, cómo nos reíamos. Éramos el terror de los restaurantes, como Charlot cuando entraba a comer sin dinero, ja, ja.

—¿A que no eres capaz de bailar como el pollo de esa película, Charlie? —me decía, retándome a que imitara a Charlot disfrazado de pollo gigante también en *La quimera del oro*.

—¿Que no soy yo capaz...?

Y estuviéramos donde estuviéramos, yo me ponía a hacer el pollo. Moviendo el cuello hacia delante con movimientos secos y rápidos, como picoteando, y agitando mis brazos encogidos en el cuerpo como si fueran alitas, iba dando graciosos pasitos por todo el lugar ante la mirada atónica y el ceño fruncido de la mayoría de las personas que me estuvieran viendo.

Y Paula, entonces, reía, se reía con una risa inocente y limpia; tan limpia, que el mundo entero renacía en ella. Y ese mundo nuevo, purificado, sin mácula primigenia, también reía cuando Paula se ponía detrás de mí con los talones pegados y las puntas de las botas separadas para andar como un pato. Y ese mundo nuevo, tan inocente como Paula, también reía cuando ella se colocaba un inverosímil bigotito de papel que yo le ayudaba a pegarse sobre la boca. Y entonces dejaba

de ser Paula para convertirse en Charlot, otro Charlot más pequeñito pero incluso más divertido que el que yo representaba. En cualquier caso, lo importante es que los dos no podíamos vivir sin hacer charlotadas...

—Charlie, Charlie —me decía.

—¿Qué? —contestaba yo.

—¿A que no me coges?

Y me pegaba entonces una patada tremenda en el culo, tan tremenda era la patada como las que daba Charlot en las películas. Después, salía a correr como un pato para huir de mí que me tenía que conformar con el antipático papel de perseguidor. Otras veces era yo sin embargo el que le pegaba la patada a ella, con cuidado, muy medida para no hacerle daño, claro, y salía corriendo despavorido intentando hacer los mismos movimientos que hacía Charlot en sus carreras. Y Paula me perseguía y reía. ¡Qué risa tan hermosa tenía Paula!

Pero, entonces, a mí un día me mataron. Primero los asesinos mataron a Paula, pero después a mí me mató Carlos. Y ahora ya no existo, sólo soy un recuerdo angustioso en la mente torturada de Carlos. Cuando Carlos recuerda, por ejemplo, cómo Paula y yo en una fiesta suya de cumpleaños empezamos a comernos una bota de chocolate por los cordones de caramelo, ella el derecho y yo el izquierdo, los dos a la vez, llora de angustia y no quiere por nada del mundo que le recuerden mi nombre.

Pues el día de cumpleaños de Paula en el que emulamos a Charlot comiéndose una bota vieja, el tito Antonio nos hizo una foto estupenda en la que se nos veía como si fuéramos la dama y el vagabundo comiendo espaguetis en la película de Walt Disney.

Carlos está ahí, sentado en su sillón, cabizbajo, triste, muy triste.

—¡Eh, Carlos! —le digo—. Carlos, hombre, que estoy aquí, mírame, ¿no me ves...? Dime algo, Carlos...

Todas estas cosas y más le digo a Carlos, pero él no me oye. Bueno, oírme, me oye, eso sí, pero el problema es que no quiere escucharme.

—¡Carlos, eeeeh! ¡Carlos, aquíiii...! ¡Carlos...!

Cuando mataron a Paula; cuando esos canallas me la arrebataron, yo me sentí igual que Charlot cuando en El chico a él también le arrebatan al niño que ha criado. A pesar del mal rato y de tener

que luchar contra varios policías, al final en la película Charlot recuperó al chico. En la realidad las cosas siempre son distintas a la ficción. A Paula no la he recuperado. Se fue para siempre y yo me fui con ella.

Yo he intentado luchar contra los terroristas. De la única forma que sé he peleado para que no lograsen su objetivo, intentando mantener vivo el recuerdo feliz de Paula, el recuerdo de su risa; esa risa de la que salen el sol y la luna y las estrellas; esa risa que es el único antídoto eficaz contra la pena impuesta por los asesinos. Esa risa es un arma poderosa para luchar contra ellos. Pero sin la risa de Paula estamos perdidos, Carlos. Sí, me has apartado a mí y la has apartado a ella de tu recuerdo y te has quedado inerme frente a los violentos. Sí, Carlos, sí, claro, tú dirás que contra veinte kilos de amonal no valen las risas, claro, hombre, claro. Pero no es ésa la batalla, la batalla es otra, esa que con tu sentimiento de culpa y con tu morboso confinamiento autoimpuesto estamos perdiendo, Carlos. Sí, la única forma válida para luchar contra ellos es no dejar que tu nombre sea una muesca más en la culata de sus revólveres. Tienes que resucitar para vencer, tienes que resucitarme, Carlos, tienes que ser valiente y luchar como Charlot haciendo de bombero que trepó sin dudar una fachada en llamas yendo de ventana en ventana para culminar finalmente su escalada en un rescate feliz. Salvó a la chica por su arrojo. Tú debes salvar a Paula del incendio en el que arde su recuerdo, Carlos, debes trepar como Charlot la fachada del odio pernicioso y rescatar de las llamas los recuerdos de Paula y Charlie. Si quieres mirar las fotos de los asesinos, hazlo, Carlos, hazlo, pero hazlo protegido con tus más poderosas armas. Enfréntate a ellos con el bombín sobre tu cabeza y el bigote falso pegado en tu boca. Sólo así, recuperando la alegría que yo signifi-co, podrás vencer a esa jauría de locos que todos juntos, créeme, Carlos, créeme, todos juntos no valen lo que tu bigote postizo...

Recuerdo el día en que Paula me creó. Estábamos viendo Tiempos modernos y Carlos le explicaba más o menos lo que significaba esa película. Le habló de la importancia del humor para denunciar los atropellos sociales, y, cuando estaba más emocionado explicando cosas que Paula tan pequeña no podía entender, ella, ya cansada de tanta cháchara educativa, lo miró de frente, fijamente, y, después de soltar una carcajada estentórea, dijo: «Charlie, Charlie, cástate conmigo que soy Polet-te...». Y así nació yo.

Paula siempre decía Polet-te.

Antonio

Le he contado a Inma cómo reaccionó Carlos ante mi extravagante y exorcista golpe de humor y cuánto se estuvo riendo.

—Eso es una buena señal, ¿no crees...? —dice Inma.

—No estoy seguro —le he dicho.

—Se ríe, luego cabalgamos, amigo Sancho —me dice, burlona como siempre.

Desde luego no estuvo mal que mi hermano echara unas risas, para variar. A lo mejor cada vez que se ríe se volatiliza un recorte de periódico de la habitación. Vaya, esta gracia debería haberla dicho Inma, le pega más, desde luego.

Lo importante es que después de una crisis de culpa como la que ha tenido Carlos tengo ahora un momento de expansión, aunque sólo sea por compensar.

—¿Sabes? —le digo a Inma, igualmente bromista—. Creo que lo que voy a hacer es jubilarme yo también el año que viene, cuando cumpla los sesenta y cinco, y así me voy todo el día con Carlos... Inma está detrás del mostrador envolviendo libros que nos han encargado por internet. Apenas pestañea al escuchar mi broma.

—¿Estás seguro de querer dejarme sola en el negocio...? —me contesta sin mirarme, pero riéndose mucho—. Tú sabrás lo que haces, ya sabes cómo trato yo a los clientes que no me gustan...

—Desde luego. El imbécil del conflicto vasco no vuelve por aquí en su vida...

—Y un poco más y él sí que hubiera tenido un conflicto con Ken Follet, ja, ja, ja, ja...

Los dos rompemos a reír con cierta gana, como si debajo de esa risa latiera algo más importante, algo serio y quizá tenebroso cuya única forma de conjurar acaso sea esta de la risa. Realmente los dos tenemos muchas ganas de reírnos, de reírnos mucho y a gusto; es decir, de reírnos con Carlos. De momento, Carlos no sé, pero los que sí que se ríen con nosotros son algunos clientes que al vernos reír se suman a nuestra secreta celebración de forma un tanto refleja. Hay personas a las que les pasa esto, que no pueden ver a alguien reír sin que se les pegue la risa. Bueno, pues eso está bien, riámonos todos a gusto que reírse es muy saludable.

Paula, desde luego, era una experta en contagiar la risa; su risa, esa risa que te envolvía y te atrapaba en un bendito torbellino de limpia hilaridad.

Por la puerta acaba de entrar Asun. Hoy tiene que limpiar nuestra casa pero la librería no le toca hasta mañana. Se planta delante de mí y me ofrece un folio doblado de forma que asemeja un sobre torpemente pegado pero igualmente válido para envolver lo que ya saca y me enseña. Intrigada al ver mi cara de sorpresa Inma también se acerca.

—¿De dónde la has sacado? —le digo a Asun.

—¿Dónde has encontrado esta foto, Asun? —pregunta Inma, como si no me hubiera oído o como si le pareciera oportuno preguntar a dño.

Asun nos ha enseñado una foto que nos produce una felicidad inequívoca. La foto es la que yo les hice a Carlos y a Paula vestidos de Charlot y el chico. Ayer, limpiando la caótica biblioteca de Carlos, cuando Asun fue a ordenar unos libros que había amontonados en un rincón la foto cayó de uno de ellos. Cuando él nos dio todas las fotos de Paula la echamos de menos y pensamos que la habría roto.

—La vi y, sin pensarlo mucho, me la guardé para traérsela a ustedes —dice Asun.

—Has hecho bien —le digo.

—Ya nos encargaremos nosotros de enseñársela a Carlos, según lo veamos de receptivo, ¿no? —dice Inma mirándome.

—¿Ya no te acuerdas de que él no quiere tener fotos...? —le digo.

—Claro que me acuerdo —dice—, pero... ¿no te parece que esta casualidad está pidiendo a gritos que traicionemos a Carlos para...?

—Para salvar a Charlie, ¿no...? —digo.

Inma sonrío con malicia, le gusta saber que la conozco tan bien que soy capaz de adivinar lo que va a decir antes de que lo haga.

—No creo que perdamos nada diciéndole la verdad. La foto se quedó ahí por algo... ¡No podemos ir contra el destino! —dice Inma riendo a carcajadas.

—Sí, bueno, sí, lo intentaremos... —digo.

La ternura que destila Paula con esos pantalones anchísimos y esa gorra dos tallas o tres más grande que su linda cabecita, tiene un efecto turbador, gratamente turbador. Inma, por lo pronto, la ha cogido y ha cambiado las risas por lágrimas.

—Te imaginas —le digo ofreciéndole un pañuelito de papel—, te imaginas que ocurre como en

las malas películas o en los best sellers facilones y esta entrada sorprendente de Asun con la foto encontrada sirve para resucitar a Charlie...

Inma se ríe mientras se suena los mocos.

—Sí, sí, como esas soluciones de urgencia de las malas novelas a lo Agatha Christie, tan vulgares y que venden tanto, ja, ja, ja...

Está muy graciosa Inma riéndose mientras llora, o llorando mientras ríe. Asun nos mira perpleja, no sabe muy bien qué hacer, se le nota nerviosa, como si creyese que ha hecho algo malo cogiendo la fotografía.

—Tú no te preocupes, Asun, que has hecho muy bien trayéndonos la foto a nosotros, porque si la encuentra mi hermano antes, cualquiera sabe lo que podría haber hecho...

—Sí, Asun —me interrumpe Inma. En sus ojos puedo ver la broma ya amartillada—, tú has venido a salvarle la vida a mi cuñado con tu heroico gesto... ¡Eres nuestro deus ex máchina!

Inma le ha dado un beso y todo a Asun que yo creo que debe de pensar que hoy estamos bebidos los dos. Nos dice adiós con cara de serio mosqueo y sale como alma que llevara el diablo. Mientras, Inma se sigue partiendo de risa. Aunque se está riendo mucho, las lágrimas de sus ojos no son de risa, sino las provocadas por la foto, estoy seguro. Por eso me acerco y le doy un beso.

—¿Qué vas a hacer al final...? —me pregunta.

—Lo que hemos dicho —contesto intentando hacerme el gracioso un poco más—, esta foto es el the end de la historia, de este cuento contado por un idiota lleno de ruido y furia y que al final...

No puedo terminar mi shakespeariana broma porque Inma va y me estampa ella otro besazo a mí, en la boca además, así, sin vergüenza ninguna, delante de todos los clientes...

—Así da gusto trabajar —le digo.

—¿Y...?

—Pues qué quieres que haga, luego la enmarco, se la llevo y que sea lo que Dios quiera... Pero si pretende romperla me la traigo, ¿vale?

—Claro, hombre, pero antes habrá que intentarlo, a ver qué pasa, a lo mejor se obra el milagro...

—Ojalá —le digo.

—¿Te has dado cuenta de una cosa? —me dice.

—¿De qué? —le digo.

—Últimamente, cada vez que hablamos de Carlos, terminamos diciendo ojalá.

—Pues ojalá que dejemos ya de decir ojalá.

—Ojalá...

—Ojalá...

Los dos nos quedamos riendo como tontos.

Carlos

Otro documental de animales salvajes. Estoy viendo la tele mientras espero a Antonio que me ha anunciado su visita como si me fuera a comunicar un notición. No sé qué querrá pero me tiene intrigado, desde luego. Espero que no venga con la genial idea de hacerme ir de vacaciones o algo por el estilo porque él ya sabe que no me apetece. En fin, esperaré a ver qué es lo que me cuenta. El caso es que hoy me siento bien: llevo todo el día sin echar dinero en la hucha de Paula. De todas formas, con este documental que están poniendo me temo que no voy a poder evitarlo porque están saliendo un montón de ñus y, en fin... Por si acaso voy a ir preparando una moneda de cincuenta céntimos...

Llaman a la puerta, es Antonio. Pasa y me hace sentar, me enseña un paquete y me pide por favor que preste atención y que antes de decir nada piense bien las cosas. No sé a qué viene este secretismo pero le hago caso. Antonio le quita el volumen al televisor y después hace graciosos movimientos de prestidigitador con un paquete que ha sacado de una bolsa de una tienda de marcos. Estoy intrigado aunque supongo que será un pequeño cuadro que me quiere regalar. Lo que no entiendo es el porqué de tanta tontería. Mi hermano es un caso... Finalmente desenvuelve el cuadro que no es un cuadro sino una foto enmarcada, la foto de Paula y Charlie... Sé que Antonio me está hablando pero no puedo oír nada. Estoy noqueado, no sé qué hacer, miro la foto y me entran ganas de llorar. Por fin las palabras de mi hermano logran penetrar en mis oídos y ahora oigo cómo me habla de la foto y de azares dichosos y de que ya es hora de que cambiemos las cosas... Yo creía que les había dado todas mis fotos con Paula a Antonio y a Inma pero me dice que ésta se quedó perdida entre las páginas de algún libro mío hasta que Asun la encontró por casualidad... Miro la foto y quiero reprocharle a mi hermano que haya incumplido mi deseo de tener lejos las fotos de Paula pero no puedo, me siento embotado. Mi cabeza está ahora en otro sitio. No sé dónde estoy pero siento una laxitud que me hace sentir bien. De pronto, Antonio grita señalando al televisor.

—¡Mira, Charlie! ¡Mira!

Vuelvo la cabeza y, antes de que pueda articular alguna palabra, una imagen me atrapa la mirada: sorprendentemente, un ñu acaba de embestir a un león que ha salido huyendo con el rabo

entre las piernas. Llorando me siento en el sillón y subo el volumen mientras acaricio la foto. Miro a mi hermano y veo que él también está llorando. Ahora se sienta a mi lado y me pasa un brazo por los hombros mientras vemos juntos cómo el ñu se aleja triunfante por el llano. Sé que Antonio me ha llamado Charlie, pero, sorprendentemente, no me importa...



David Nieto Rodríguez

“Lluvia de diciembre”

He andado en medio de siete bosques sombríos,
he estado delante de una docena de océanos muertos,
me he adentrado diez mil millas en la boca de un cementerio
y es dura, muy dura, la lluvia que va a caer.

Eso lo cantó Robert Allen Zimmerman, o lo que es lo mismo, Bob Dylan, un cantante de primera. El viejo cabezón gafas negras. Se lo digo a Lucas, que se hurga la nariz mientras observamos cómo el sol inicia el tránsito anaranjado entre ejércitos de ominosas nubes, a espaldas de la ciudad.

—Yipiyaiyei, Miqui.

Claro. No podía ser de otro modo.

Detrás, en el descampado, se ve la carretera y a ras de suelo zozobra una ligera brisa que subleva pequeñas tolveneras de suciedad. Frente a nosotros, el barrio, cientos de chalets adosados, miles de pisos que se pierden ciudad adentro como la piel de una iguana. Y a lo lejos, desafiando el fulgor de la tarde contemplamos la esfinge de las cuatro torres de Chamartín, aperitivo de sus edificios inalcanzables y orgullosos.

—Ha venido otro —me susurra Lucas a modo de confidencia.

No hay por qué esconder la voz. Grita lo que quieras, colega, aquí nadie puede oírnos. La brisa desnuda el campo abierto y las palabras se deshacen como argayas de cebada tardía. Lucas está en lo cierto. Se hurga la nariz con el dedo pulgar y me regala una sonrisa irresponsable y tímida. Hace ya tiempo que no llegan vecinos nuevos. A última hora de la tarde aparece una camioneta repleta de cajas de cartón. Luego las ventanas se iluminan, curioseando el espectáculo. Los todoterrenos suelen aparcar a esta hora cargados con cajas de cartón repletas de bultos. Unas

veces vemos parejas. En otras ocasiones, niños, bicicletas y carritos de bebés. Nunca vemos viejos. Los viejos nunca aparcan junto a los chalets de las afueras del barrio. Eso es un hecho. Tanto como que Bob Dylan golpea cada tarde en la frente de la ciudad. Las cuatro torres del skyline madrileño. Al sur la Torre Picasso. Torres Kio. Castellana. Se mueven la bolsa y la vida. Una vez al mes llevo a Lucas a ver fútbol en el Bernabéu. Cada tres, la visita turística de rigor por el campo y la sala de trofeos. Es la dinámica. Lucas es un gran aficionado a las luces. Sí. No he equivocado las palabras. Estoy seguro de que el fútbol le entra por un ojo y le sale por el otro. Hace tiempo traté de explicarle la intrincada maraña de simplezas del mundo del balompié pero le da igual. No presta mucha atención al juego. Más bien se queda obnubilado en alguna tontería o da vueltas de aquí para allá. Para quien no conozca a Lucas puede resultar extraño.

Alguien dijo una vez que estar entre tanta gente es estar muy solo. Algún filósofo con pretensiones diría que la verdadera compañía sólo se alcanza en soledad. Lucas aseguraría que estar rodeado de miles de personas es estar en la gloria aunque ignore a todas y cada una de ellas. Cada uno como es. Mi hermano es de esa pasta.

—Alguien ha comprado la casa —musita, abriendo mucho los ojos.

—No lo sabemos —contesto, tratando de restarle importancia.

—Alguien ha comprado la casa —repite.

—¿Y a ti qué más te da?

Lucas se queda muy callado. Saca el pulgar de su fosa nasal izquierda y silba.

—Yipiyaiyei, hermano.

Hace seis meses que utiliza esta muletilla. Nadie sabe qué significa y la administra sin mucho criterio, creemos.

El cielo se transforma en un lánguido tango de tintes amarrotados. Llega otro coche. La noche se cierne sobre las afueras de la ciudad. Otro día de otoño. Consume a dentelladas los últimos tramos de luz y el frío se cuela bajo nuestros pantalones. De vez en cuando solemos dar un paseo

y nos sentamos aquí. Contemplamos la ciudad como si fuese la rúbrica burlona de las puestas de sol. Siempre distinta, según el pulso de los días. Los tiempos cambian. Lo dice Dylan. Lo dice el sentido común. Lucas se rasca la entrepierna y tararea una melodía.

—Deja de hacer eso, ¿quieres? —le censuro.

—¿Cantar? —dice.

—No, colega, ya sabes a lo que me refiero.

—Se me han colado hormigas ahí dentro, señor predicador.

—No pueden ser hormigas, tarao.

—¿Por qué no pueden ser hormigas?

—Porque las hormigas han muerto —sentencio.

Y Lucas me mira con ojos desconcertados bajo su enorme frente limpia y blanca. Las hormigas han muerto. Una tragedia. Es otoño. Qué le vamos a hacer. El año que viene volverán a cocinar la primavera y todo retornará a su justo lugar. Un mocoso sale corriendo de uno de los chalets dando puntapiés a una pelota de playa. Parpadea la luz en el vestíbulo. Un tipo en camiseta grita algo que no podemos entender. El mocoso da media vuelta y regresa, ralentizando el paso, disgustado. Las farolas se encienden. Es hora de volver a casa.

Te apedrearán cuando trates de ser bueno,
te apedrearán cuando estés allí solo,
pero no debería sentirme tan solo,
todo el mundo tendría que ser apedreado...
mujeres de los días lluviosos 12 y 35.

Siempre imagino cómo nos iría de seguir viviendo en Mallorca. Cada día lo recuerdo cuando miro el calendario de 1999 que aún sigue clavado a la pared de la cocina. En él se puede leer un estúpido eslogan sobre la imagen aérea de una playa celestial, con palmeras y puntos negros que pueden ser bañistas o vaya usted a saber qué. El mar azul cristalino. Y una enorme mancha de grasa en vez de hermosos corales. Mamá se lo trajo de allí cuando nos mudamos. Llevamos casi cuatro años viviendo en Madrid y nadie jamás ha sugerido que lo quitemos de la vista.

El diecisiete de diciembre de dos mil ocho una bomba lapa colocada por la banda terrorista ETA bajo un vehículo Nissan Patrol de la Guardia Civil se llevó por delante a dos agentes destinados en el Puesto de Calvia, Mallorca. El Sargento Suárez Mediero era uno de ellos. Tenía mujer y tres hijos. Lo conocíamos bien. Era mi padre.

Algunos meses después del atentado mi madre hizo las maletas y nos mudamos a la capital. Mi padre solía asegurar que el mejor sitio para perderse de todos era Madrid, que había tanta gente que nadie reparaba en ti y que los delincuentes ya no buscaban barcos que les llevaran a remotas latitudes, que pagaban un billete de autobús y se perdían en la frondosa y delirante selva madrileña. No éramos unos delincuentes pero debo reconocer que después del atentado se nos hizo muy difícil vivir allí sin él. Mi madre decidió seguir los consejos de mi viejo y aquí llegamos.

—Llegáis tarde —anuncia mi madre desde la cocina.

—Yípiyaiyei, ma.

—¿Sigue con la tontería? —protesta Sara.

Sara tiene trece años y acostumbra a mostrarse irritable. Tiene el pelo castaño y largo y un mechón rubio se esparce sobre su frente. Masca chicle constantemente y jamás se separa medio palmo de su teléfono móvil.

—Deja a tu hermano pequeño —media mamá.

Pero de nada vale, porque la guerra está abierta desde hace tiempo. Y me parece que Lucas va ganando la partida.

Cenar juntos cada noche es una de las pocas costumbres que no hemos perdido. La comida es otro cantar. Nuestra madre trabaja hasta las cinco de la tarde y más o menos yo me encargo de los dos cabezas de chorlito. Me hubiera gustado estudiar la universidad en el extranjero, pero nunca saqué el tema cuando llegó el momento, en el fondo sabía que mi madre no deseaba ver otra silla vacía a la hora de la cena.

Llueve tímidamente provocando un eco sordo en la terraza. Es un sonido que me es familiar. Relajante. La lluvia no puede hacerle mal a nadie. Todos los trastos inservibles que amontonamos se empaparán. El agua golpeará sobre el terrazo. Sin piedad. Exterminará insectos y roña fosilizada. Me gusta el otoño. Se apagan las luces de la tarde. Se renueva el aire. El metro ya no huele a sudor y la gente se queda en casa. Apretando bien el culo junto a los radiadores. Lucas ha dibujado un atolón con migas de pan sobre el mantel y suelta un bostezo sonoro, irreverente. Se le cierran las persianas. Eructa sin contemplaciones. En un amén mamá y él se habrán desmayado en los sillones del sofá para bendecir una nueva calenda. Cuando esto ocurra dejaré que suene la lluvia. Fumaré un cigarrillo a escondidas y puede que encienda la radio. La noche se desplegará entre irradias amoratadas y sacudidas de viento sobre las azoteas del barrio. El agresivo vals de la cellisca contra los cristales. En el fragor de la calle. Cuando las luces se encienden. Y los días se vuelven invisibles.

A la mañana siguiente me encuentro el coche forrado de seroja. Una sublime alfombra de grandes hojas verdes y amarillas. Es una estampa curiosa en la ciudad. Vivimos en Madrid, ca-
rajo. Si lo hiciésemos en Soria puede que no resultase tan chocante. No consigo acostumbrarme.

En Mallorca era distinto. En las islas mediterráneas no hay seroja. Es el mar el que humidifica el paraíso.

He dado un paseo hasta la calle de los chalets adosados para estirar las piernas y de vuelta he traído porras para todos. Mamá escucha en la radio los nuevos episodios de crisis y recesión y Lucas aplaude cuando me ve llegar.

—Yipiyaiyei, forastero.

—¿Qué dicen las noticias, mamá? —pregunto.

Mi madre cabecea y no responde. Dicen que el mundo que conocemos se va al garete. No importa, me gustaría decirle, da lo mismo, nosotros seguiremos en pie aún cuando todo toque fondo. Sabemos cómo hacerlo. Cuando vivíamos en Mallorca le gustaba anticiparnos los sucesos a la hora del desayuno, como si fuese una reportera que contara una primicia ante una reducida audiencia. Mi padre la observaba con cierta admiración burlona. A lo mejor es por eso que ahora las odia aunque no pueda dejar de escuchar el dichoso aparato. Yo tampoco puedo evitar preguntarle por cuanto se cuece en el mundo, aunque me importe un pimiento, aunque sepa que recibiré un gruñido. Quizá quiero que algunas cosas no cambien. Es una manera de seguir las tradiciones. Cada familia tiene las suyas.

Luego me llevo a Lucas y conducimos hasta el centro comercial. Mamá confecciona la lista de la compra y envía a sus dos aguerridos gladiadores a pelearse entre carros y marujas. Adjunta la advertencia de que no pierda de vista a nuestro excéntrico genio de ocho años. Le pierden los impulsos. Más de una vez el encargado ha tenido que llamarnos la atención. La última vez lo encontré tratando de ligar con una chica que promocionaba licor de café. Alegó que tiene ocho años pero un coeficiente intelectual de ciento sesenta. Que ha crecido demasiado rápido y ahora mismo su edad mental es de veintiún años pero sigue encerrado en un cuerpecillo barrigón que no le hace justicia.

La chica se reía pero el encargado nos cazó al vuelo. Otra advertencia. Nos la tiene jurada.

Esta mañana recorreremos los pasillos de un supermercado semivacío. Suena un merengue que se pierde en las alturas como el cuchicheo de las vecinas a primera hora de la mañana. Lucas se encarga del carrito. Así es más fácil controlarle. Después de llenarlo y hacer reír a la cajera salimos por patas. Paramos en la churrería ambulante de la puerta y compramos más porras. Alguien se las comerá por la noche. O después de la siesta. No deben faltar porras.

En casa desplegamos las bolsas y damos buena cuenta de una exquisita lasaña que ha preparado nuestra madre. Está de mejores humos. La radio permanece apagada. Después de la siesta jugamos un rato al FIFA WORLD PLAYER y luego salimos a dar un paseo. Un largo rodeo para acabar en los mismos asientos de tribuna, a unas centenas de metros en las afueras, sobre el ligero promontorio que observa la ciudad. Una vista genial interrumpida por una geométrica y anodina urbanización de chalets adosados. Nos tumbamos panza arriba, dominando el frío y dejamos consumir el día. Esperamos la noche. Fin de semana. El tráfico de la carretera se vuelve extenuante. Se vislumbran los fogonazos de luz y el asfalto reluce rodeando la ciudad como un manto de fuego. Llegan algunos coches que conocemos. Otros deciden salir. Yo mismo podría llamar a algún compañero y salir a tomar alguna cerveza. Pero no me apetece, la verdad, no tengo ganas de subir al cielo de Madrid y volver cuando nada se oye, nada se ve.

Las luces de las ventanas se encienden conforme van llegando los vecinos. Una chimenea humea y los niños chillan antes de entrar en casa. Un taxi se detiene a la puerta del chalet donde ayer vimos descargar cajas. Desciende un hombre alto y encorvado. Luce una gorra oscura y denota ciertas dificultades para caminar.

—Es el vecino nuevo —susurra Lucas—. ¿Lo ves? Compró la casa.

—No puedes saberlo —respondo.

—Tengo un CI de ciento sesenta, colega. Puedo saberlo todo.

—Ciento sesenta chorradas por minuto, pequeño, no lo olvides.

—Es negro.

—¿Y qué?

—Nada, sólo que es negro. Negro como el carbón, chaval.

El hombre se aproxima muy lentamente hacia la puerta. Sube los escalones con algunos aprietos y se enciende la luz del porche. Poco después la luz ilumina la planta de arriba y finalmente se hace la completa oscuridad.

—Nos vamos, figura del ciento sesenta —ordeno.

—No, espera.

—¿A qué?

—Espera un poco más.

Me incorporo y echo a andar. Las tonterías de Lucas y sus supuestos ciento sesenta puntos me dejan indiferente. Tengo ganas de darme una ducha y ver un poco la tele.

Nadie siente ninguna pena, esta noche mientras estoy bajo la lluvia,
todo el mundo sabe, que sufre exactamente como una mujer,
pero se deshace como una chiquilla...
just like a woman.

Al poco de que asesinaran a mi padre, mi madre se tiñó el pelo. Se lo tiñó de rubio. Después de rosa. Luego recuperó su color habitual aunque el peinado siempre pareciese diferente. Dos meses después subimos a un avión rumbo a Madrid. Cuando nos alejábamos de la isla todos nos asomamos a la ventanilla. Sara rompió a llorar. Ella permaneció impasible. Su pelo seguía siendo el de siempre, el mismo color, pero había algo que era distinto. Era extraño. Suena una canción de hip hop en la cafetería. Creo que María está contándome una historia de la universidad.

A su espalda hay dos ancianos que buscan el tiempo perdido en lo alto de los rincones encalados. El hombre se apoya sobre un bastón cuya empuñadura es la cabeza de un águila. La anciana sopla el inexistente vaho de una pequeña tacita desde donde sobresale el hilo de una bolsita de té. Sobre el espejo de la barra se proyectan luces verdes y azules. Hace minutos que estoy desenganchado.

—¿Te lo puedes creer? —interpela, alarmada.

—No es posible —respondo.

María es una gran chica. Aunque suele hablar por los codos. Es un torrente de palabras que jamás cesa. Vive en el barrio, en casa de su madre, y hace poco ha encontrado un trabajo de camarera los fines de semana. Sus padres se divorciaron y necesita el dinero. Los pormenores de su nuevo trabajo se llevan en casi un noventa y nueve por ciento el caudal de cháchara. No la culpo. Estudia mucho, trabaja mucho. No espera ayuda de nadie y se mueve, se mueve todo el tiempo como si el mundo no fuera un lugar lo suficientemente grande para ella. Ha confeccionado sus planes. Fundar un bufete. Ayudar a todo el continente africano. Escribir un libro. Tener cuatro

hijos. Ser más feliz que aquel que se considere el más dichoso. Me gustan este tipo de personas, eléctricas y enfermizamente optimistas, me digo, mientras contemplo su media melena recogida en dos coletas, el pelo teñido, se ha cambiado de color. Como hizo mi madre entonces. Me ha traído recuerdos. Así es imposible que yo coja el hilo de no sé qué chorrada.

—¿Me estás escuchando?

—Claro que sí.

La mayor parte de las palabras que salen de nuestra boca son prescindibles. Si se mira bien, soltamos demasiada paja que no sirve para nada, para matar el tiempo, para deshacer ese mundo deconstruido de María y volver a edificarlo, también de paja, sobre escombros, acaso los nuestros, los del prójimo, qué más da. En el otoño la vida de las personas parece descomponerse en hebras. Débiles láminas vitales que caen para renovarse al día siguiente, al año siguiente. Con la llegada de la primavera barreremos los mantos de seroja amarillenta y helada, como quien despacha una conversación cualquiera, en una cafetería determinada. Me acuerdo de mi madre, de lo tensa que se pone por estas fechas. Diciembre está próximo y todos los años viajamos a Calvia, Mallorca, para depositar flores en la tumba de nuestro padre. La familia decidió enterrarlo allí. Nadie de nosotros se opuso. Mi padre adoraba Mallorca. Ella suele llorar allí, sí, es el único momento del año en que la veo deshacerse en lágrimas como una chiquilla para luego secarse el rostro y echar un candado a sus bellos labios descosidos por el llanto. Cada uno de los hijos debemos escribir una carta o una nota y la leemos en voz alta. El año pasado Sara habló de nuestra vida en Madrid, de lo que odia el instituto, de que la gente no es nada guay y que tiene ganas de ser adulta para coger un tren y mandar a todo quisqui a hacer puñetas. También mencionó algunos grupos musicales que le gustan pero los he olvidado. Yo leí la letra de "Rainy day women", de Bob Dylan, me cuesta expresar con mis palabras lo que siento y, finalmente, Lucas, leyó su nota:

—Yípiyaiyei, papá —pronunció.

Este año aún no tengo elegida la canción. Tampoco sé lo que leerán mis hermanos. Es una

sorpresa hasta que llegamos allí. Después solemos viajar hasta Caló des Monjo donde hay una diminuta playa flanqueada por acantilados de mediana altura y donde desemboca un torrente. Nuestro padre solía llevarnos allí a pasar las horas muertas. A veces alquilábamos una barca y practicábamos snorkel. Ahora, en estas visitas, nosotros no hacemos gran cosa excepto mirar el mar en silencio. Es una manera de recordarle. Al día siguiente ya tenemos los billetes de avión para volver a Madrid.

—Estás muy guapa —la interrumpo.

—¿Eh?, ah, gracias, Miqui.

—Me gusta tu pelo.

—Te has fijado. Apúntate un tanto. Eres un sol.

Sol de otoño. Sol de invierno. Adivina las diferencias. Justo en el limbo que separa la arboleda desnuda del manto engalanado de grandes hojas secas. En el jeroglífico de cada mañana. Donde empieza el océano y terminan los mares. Marcar tantos es un acto de egoísmo. Suele suponer la culminación de un trabajo de equipo. Hace un año María y yo éramos novios, nos habíamos montado en todo ese rollo que lleva a todo ese otro rollo. La historia culmina con la deserción del grumete. Y entonces la capitana de los grandes planes decide seguir sola. El barco se pierde tras los riscos del acantilado, rumbo a nuevas aventuras, como en una postal, o una peli de aventuras, surcando mares y océanos en busca del tesoro de Barba Azul. Sin lágrimas en la arena se puede ver partir navíos y naves espaciales. Es una cuestión de elegancia. De hermetismo poético. El arte de saber estar y los actores del método. Siempre me gustó más Lee Marvin que Jack Lemmon. El hermoso capitán del mercante y el grumete pata palo mantienen una relación cordial, aunque distante. Aún no han encontrado barco y tripulación adecuada a sus expectativas.

—No me estás escuchando ni una palabra, ¿verdad?

—Te equivocas. Estoy prendado de cada detalle.

—Siempre tan ausente. No te falta gracia.

—Ya me conoces. Marca de la casa.

Me mira con esos ojos oscuros de largas pestañas como diciendo, el bueno de Miqui, bien pudiera dejar de obnubilarse con nubes que se funden con el fulgor del atardecer tras las altas torres. Luego chasquea la lengua y sus ojos levitan sobre mi cabeza. Bebe un trago de sprite y lanza un suspiro.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Adelante. Dispara.

—Me gustaría saber por qué elegiste estudiar Derecho.

Me quedo quieto como una estatua. Esa bala me ha pillado de sorpresa y no sé muy bien qué responder. Pudiera decirle, mira, tenía el sueño de ir a estudiar fuera, a Berlín, a Londres, a París y aprender un idioma, convertirme en una persona distinta de la que soy pero en lugar de eso me quedé en Madrid y estudio Derecho. Seré un abogado más en un gran cementerio social repleto de abogados sin trabajo.

—Creo que me gustaría salvar a alguien.

—¿A quién?

—No lo sé, pero no me refiero a salvar gente al estilo Spiderman ni rollos de esos. Me refiero a poder ayudar a alguien haciendo lo correcto, lo que se debería hacer.

—Pues creo que te has equivocado de carrera, Ally McBeal —se ríe María.

—Quizá sí. Aún estoy a tiempo de comprarme el traje rojo y lanzar telarañas a los tejados.

—Eres un fío la mar de salao, Miqui.

—Llámame —me despido.

—Claro, no te vas a librar tan fácilmente.

Cuando salgo a la calle recibo una bofetada de viento. Ha oscurecido y los coches hacen largas colas frente a los semáforos. Vuelta a casa. Finalizó el turno. Culmina el fin de semana. Desde mi posición puedo ver a María. Aún no se ha levantado. Su cabeza está hundida, ensimismada, su

vaso de sprite lleno. Sé que ella sí conseguirá hacer grandes cosas, que podrá sentirse orgullosa de haber pisado cada palmo de acera allá donde quiera le lleven sus pasos.

Cuando llego a casa todo está oscuro. Mamá está en la cocina, entre penumbras, escuchando música en la radio. No ha salido a dar el paseo como de costumbre. Es domingo. Ni siquiera me mira. Queda poco para diciembre y somos dos fantasmas.

—¿Dónde está Lucas? —pregunto.

—Ha salido.

—¿Solo?

Asiente. A través de la ventana entra una luz amarilla y helada.

Se puede cruzar un país de un plumazo, un barrio, un planeta incluso. Sólo hay que tener los pies ligeros y no perder nunca el rumbo. En la calle caen algunas gotas de lluvia.

Cuando llego al descampado reconozco su figura. Está en nuestro sitio de siempre. La noche se estremece de frío y por mi boca se derraman puñados de caliente vaho. Camino hasta él y me siento en mi lugar. Es algo matemático. Le revuelvo el pelo. Está frío. No quita ojo de los chalets.

—¿Qué miras, Lucas? —le pregunto.

—Al tipo negro. El que vimos el otro día. Hace una hora que volvió en taxi y no se ve ninguna luz. Igual está muerto.

—¿Por qué va a estar muerto?

—Se le ve un poco hecho polvo. Igual es viejo.

—¿Y a ti qué más te da?

—No me da igual. Me cae bien.

—No le conoces.

—Pero me cae bien. Camina como un pato mareado.

—Ya.

Sus ojos como platos. Líquidos. Al otro lado de la terca oscuridad, frente a nosotros, el aura de la gran ciudad es un reflejo mayestático y muerto. Un perro ladra. No puedo verlo. Se acerca un todoterreno y aparca frente a nosotros. De él salen una mujer y una niña pequeña. Viste un uniforme y la madre un largo abrigo color azul. No pueden vernos. Ningún vecino ausculto las sombras en dirección al barrio. Se confunden entre opacidades cuando salen del marco luminoso de las farolas. Un coche sale veloz de la rotonda y cruza saltando sobre los badenes. Va demasiado rápido.

—¿Miqui?

—Dime

—Yipiyaiyei, pringao.

Sus ojos siguen fijos en algún sitio imposible de determinar. Alumbro el reloj de mi muñeca. Unos minutos más y nos iremos. Por hoy el día ha dejado su poso. Los faros de los coches ya no nos dicen nada.

Permitidme una pregunta: es tan bueno tu dinero,
comprará vuestro perdón, creéis que lo hará,
pero no rescatará vuestras almas...

De una estación a otra. Trozos de oscuridad. Indeleble. Luces. Gente. Tripas. Cables. Zapatos. Abrigos. Paraguas. Agujeros en el techo. Escaleras mecánicas. Sudor. Jazz de Buenos Aires. Reflejos en el alicatado. Voces bárbaras. Chile con nachos. Shusi variado. Taki tacos. Vietnam existe. Como Teruel. O Albacete. Queso manchego y alientos alcohólicos. La estación de Sol huele a churros grasientos. Toda la marabunta se precipita fuera de los vagones. Lucas se despista con facilidad y tengo que tirarle de la manga para que me siga y no se pierda. Salimos con el alud de genfío, el despliegue de relumbras navideñas, y el Reloj nos indica que partimos del quilómetro cero. Es nuestro día semanal en la ciudad. Siempre que pisamos el centro Lucas se detiene unos segundos, girando como un completo botarate.

—Vamos, Tío Pepe, deja de hacer el tonto —le digo.

—Es una pasada de luces. Yipiyaiyei, chusma.

Compramos unos zapatos para mamá en la calle Carretas aún a sabiendas de que tendremos que descambiarlos la próxima semana. La empleada se muestra simpática. Después tomamos un pincho en la Plaza Mayor. Asistimos a un espectáculo de mimo y Lucas se empeña en tocarle la nariz. Hace frío y una ligera neblina se enreda entre las luces. Pronta está la navidad de los belenes y las pelucas. Acontecerá más gente. Un millón de abrigos tomarán la ciudad y todo parecerá más pequeño. Seremos hormigas dentro de un zapato corto de número.

—Parece que está muerto, Miqui.

—Déjale en paz, hombre.

Azul. Rojo. Jamones colgados de un gancho. Trajes de luces y espadas a portagayola. La humedad de las escaleras flanqueadas por Cuchilleros. Facas en los rincones bajo el subsue-

lo. Martini blanco. Jerez agrio. Manta y carretera, trucos de ilusionista, agua, lumpen japonés y palillos colgados de las bocas canallas. Boca de metro. Latina. Humilladero. Mercado de otoño. Última actuación del cantante. La provincia en los tugurios. La billetera compra el diseño. Cierra las puertas. Los barrios siempre quedan lejos. Al otro lado de la casa del sol naciente. Entramos en una tienda de discos. Después una librería. Ojeo sin mucho interés. Quiero guarecerme del frío. Lucas se aburre. Lo noto en sus ojos. Odia la música. Cesan las payasadas. Cuando las payasadas terminen, enciende las luces, vocean desde la platea. Quiere salir a la calle. Lucas siempre quiere estar en la calle. Lluvia, nieve, o granice. Es una manera de caminar por la vida. No le culpo por ello. Estar encerrado es un tormento. Su propio invernadero.

De camino comemos una ración de oreja entre serrines. Después la noche se afila al bajar por Gran Vía. Banco de España. Cibeles. Puerta de Alcalá. Cruzan los taxis. Se amontonan los autobuses. Es hora de marcharse. Tengo que arrastrar a Lucas escaleras abajo. Cinco minutos para la llegada de otro tren. Vuelta a casa. Lucas quiere probarse los zapatos de mamá. Ni de coña, chaval. El subsuelo transita a buen ritmo ente gordos cables que oscilan como tenias interminables. Tres cambios de tercio y una milla de escaleras mecánicas. Cantan los trovadores del subterráneo. Ladran los perros entre raíles. Se hace camino al andar, saltando entre bambalinas como bailarines en una sala de claqué. Cuarenta minutos para llegar al barrio. La huella de una maraña de luces tatuada en nuestra espalda. Mañana siempre es otro día. Y hoy ha sido una agradable excusa en la ciudad del otoño.

No hay razón para ponerse nervioso,
dijo amablemente el ladrón,
hay mucha gente entre nosotros que piensa
que la vida es una broma,
pero tú y yo ya hemos pasado por eso...

Mi madre dejó muchas cosas en la casa de Mallorca. Vivíamos en un viejo bungalow en lo alto de un risco. La entrada era un pedazo de tierra seca, salpicada de anárquicos espantos de mala hierba que hacen juego con el descuido general. En la parte posterior había un cobertizo lleno de herramientas herrumbrosas y viejos muebles cubiertos de polvo. Allí mi padre guardaba su colección de música, una minicadena de los años noventa, un viejo reproductor de vinilos y su famosa caja de herramientas.

Mi madre quiso abandonarlos allí pero yo me empeñé en incluirlo en la mudanza. Recuerdo la devoción que sentía por Bob Dylan y la música de los setenta. Ahora soy yo el que escucha su música y aprendo a expresar a través de sus letras lo que a mí me cuesta tanto decir. También aquella caja de herramientas, donde se mezclaban martillos con pequeños inventos que nunca sirvieron para nada. Mi madre no lo puso fácil.

—Preguntaremos a tus hermanos. Esto es una sociedad democrática —se cerró en banda.

Y me di cuenta de que esperaba la respuesta de Lucas. Que se limitó a canturrear una conocida canción del verano mientras cabeceaba y jugaba con dos palillos. Sara se encogió de hombros. Le importaba un rábano que nos lleváramos los discos. Comimos en silencio y cuando mi madre se puso a fregar los platos masculló:

—Dichosa música.

Hoy es martes. Los martes son días importantes. Ya no es lunes. No hay que remolcar la semana. Esta ha empezado a caminar sola. Tarde de deporte. Es día de hacer un poco de ejercicio. Mamá ha dejado la comida hecha. Sabe que después me llevaré a Lucas para estirar las piernas, intentar corretear algo por las afueras o darle patadas a un balón. Chapata para untar el tocino y el chorizo. La sopa está de muerte. No seas ansioso, chaval. Sara contempla a sus dos hermanos trogloditas devorar sin piedad el cocido castellano. El día se ha levantado soleado y frío. Antes de ir a la mesa Lucas me ha visto hinchar el balón. Entre picoteo y picoteo a la cocina me miraba de reojo como diciendo, este mamón hoy me saca a sudar un rato.

—El balón es una mierda —protesta.

Pero Lucas está cogiendo una barriguita que no es de recibo. Debe moverse. Ser el gordo de la clase no le parecerá yipiyaiyei cuando sea más mayor. Al ritmo de la siesta y la exquisita dieta casera en un par de años puede batir récords.

—Compraremos otro si quieres, pero ese está en perfecto estado —es la respuesta.

Sara hincha los mofletes a modo de burla y se ríe. Buen tanto, hermana, necesario para motivarlo un poco.

Después de la cabezadita vamos hasta el descampado. Nos pasamos el balón y damos unos toques. Lucas tiene que mejorar la coordinación pero el simple hecho de correr a por la pelota cada vez que se le cuela entre las piernas o le pasa de largo ya es un logro. Correr es de cobardes, masculla de vez en cuando. Tengo un coeficiente de ciento sesenta. No me hará falta estar delgado para conseguir esposa. Mírate tú, que estás delgado y das pena. Miqui, es la última vez, Miqui. Ya. Hasta la próxima semana.

La tarde empequeñece y la luz se extingue. Hasta la llegada de la primavera se vive menos. Dicen. Puede que tengan razón. Cuando ya casi no se ve el cuero detenemos el juego. Lucas está empapado en sudor. Maquinalmente nos sentamos sobre dos pedruscos. Contemplamos la

ciudad. Percibo un olor nauseabundo. Lucas suelta sus gases. En silencio. Eso no quita para que pueda tumbar a una manada de caballos. Cloroformo tóxico marca de la casa.

—No te pases —le digo.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes.

—Estoy encerrado en un cuerpo orgánico y apestoso. ¿Qué quieres? A mí tampoco me gusta un pelo. Salen solos. No puedo evitarlo.

Los coches giran en la rotonda. Al fondo, el trazo de la ciudad es un dibujo opaco y borroso. Se encienden algunas luces. Gritan los niños. Ladra un perro. Lucas observa con ojos enrojecidos. Tiene la vista puesta en un determinado lugar. Es la casa del nuevo inquilino. El anciano de color. Vemos cómo se acerca un taxi hasta la puerta. El hombre desciende con su gorra calada, paga y camina renqueante hacia el porche. La silueta del hombre se hace visible. Al llegar a la pequeña escalinata, tras la valla metálica, el hombre tropieza y cae como un fardo. Se golpea la cabeza y rueda hacia la valla metálica. Cruzan los coches. Nadie parece haberse dado cuenta. Lucas se levanta como un poseso y corre hacia la carretera. Sus piernas hacen una torpe oscilación entre zancada y zancada. No está en forma. Nunca conseguiré que tenga un fondo físico aceptable. Yo voy tras él tratando de que se detenga. Es una situación extraña. Como a cámara lenta. Pero llena de gritos incomprensibles. En el otro extremo de la carretera nadie se mueve. El hombre permanece inmóvil. Lucas cruza la mediana como un camicace. Un coche no se lo lleva por delante de puro milagro. Salta la valla y ya está junto al anciano. Yo empujo la puerta del jardín, está abierta, llego a tiempo. Somos dos gilipollas que han invadido una propiedad privada y rodean a un vecino que puede estar muerto. No se mueve.

—No lo toques —ordeno.

—Tenemos que ayudarle.

—Apártate y déjame a mí.

Me agacho junto al hombre y le doy la vuelta con mucho cuidado. Murmura algo en inglés. En la oscuridad su rostro se muestra apergaminado y mucho más viejo de lo que habíamos supuesto. —¿Puede usted levantarse? —pregunto.

Pero el hombre está bastante aturdido. Se lleva una mano a la pierna y de su sien resbala un hilillo de sangre negruzca y densa en la oscuridad, apenas perceptible en matices sobre un rostro de piel africana.

—Lo llevamos a casa —sugiere Lucas—. Le curamos allí.

—Ni hablar —replico.

Esperamos junto a él media hora hasta que aparece la ambulancia del Samur. Le explico al facultativo qué ha pasado y rápido abandonamos la escena. Algunos vecinos han salido a la calle. En lo alto de la pequeña escalinata de la casa contigua un niño nos observa con ojos confusos. Lucas no deja de mirar el melancólico girar de las luces azules y rojas. Los coches cruzan a nuestras espaldas. Pasa uno. Después otro. Y la escena se difumina en algo luminoso e impreciso. Mientras las luces se encienden. Y mis manos recuperan el frío de la tarde.

El tiempo pasa lentamente aquí arriba a la luz del día,
miramos siempre adelante, tratando de mantenernos
por todos los medios en el buen camino,
como la rosa del verano florece de día,...
time passes slowly and fades away...

Hace dos días que Lucas está triste. No quiere salir de casa. Las chicas también andan preocupadas.

—¿Qué coño le pasa? —inquire Sara.

—Habla bien. No tengo ni idea —le he respondido.

Aunque no es del todo cierto. Todo se arrastra desde el desagradable incidente del nuevo vecino. Cuando Lucas corrió hacia la casa poseído por mil demonios. Lo tengo grabado en la cabeza. Un error de cálculo y el coche se lo hubiese llevado por delante.

—Ha perdido el apetito —dice sorprendida mamá.

—Ya lo veo. Increíble. Igual deja de ser un gordito chiflado.

—¡Sara!

—Bueno, un par de días sin llenar el buche no lo matarán —sentencia.

No, sin duda. Para vaciar esos michelines hace falta más candela. Dos días no son nada. Tres tampoco. Pero no me gusta verle así. Algo se le quedó en aquel jardín pero no quiero ser condescendiente con él. Le tengo dicho que no hay que depender de nadie. Que somos hombres libres y eso debe ser lo más importante. Podemos ir y venir por donde nos venga en gana. Todo fue muy rápido e hicimos lo correcto.

—¿Quieres jugar al FIFA? —le pregunto.

—No, Miquí. No me apetece —contesta.

—¿Y una partida de cartas?
—No me apetece.
—¿Y una pachanga de fútbol?
—No me apetece.
—¿Y comer una ración de oreja en el centro?
—No.
—¿El cine?
—No.
—Teatro.
—No tienes ni idea de teatro, listillo.
—Olvídalo, Lucas.

Nos quedamos sentados en la penumbra del salón. Las gotas de lluvia golpean la ventana. Mamá ha salido a jugar su partida de cartas y yo tengo un mensaje de María en el buzón telefónico. Estoy dudando entre llamarla y salir a tomar una cerveza o quedarme con el deprimido Lucas. Oigo su respiración entre penumbras. Ni un solo yipiyaiyei en dos días. Los echo de menos. Me gustaría dar la luz pero no quiero verle llorar. Me canso de repetirle que no se llora. Que nadie debe verle llorar porque pueden pensar que lo está pasando mal. Y jamás hay que dar ese gusto a los que no te quieren.

Finalmente me levanto y camino hasta la habitación. Vuelvo al salón y le arrojó el chubasquero.

—Nos vamos. Levanta.
—No me apetece.
—Me la suda, Lucas. Nos vamos a ver María.
—¿María?
—Sí, María. Así que, espabila.
—Bueno.

Eso ya lo sé yo, ladrón. Podía haberseme ocurrido antes. Hago una llamada y en diez minutos pasamos a recogerla. Se ha soltado las coletas pero está muy guapa. Se guarece bajo un paraguas amarillo chillón. Siempre fue la alegría de la huerta. Lucas y María se abrazan efusivamente, como dos niños tras un largo tiempo sin verse. Pronto le soltará el rollo de los ciento sesenta, de que vive encerrado en el cuerpo de un niño y que ahora que ya no sale conmigo debería darle su oportunidad. No la defraudará. Conduzco hasta un centro comercial y damos un paseo viendo escaparates y dejando correr el tiempo. Un sitio ideal para malgastar una docena de vidas sin hacer nada útil. La música alta. Los reflejos parpadeantes en los escaparates. Las colas de mujeres apretando bolsas de colores. El paso cansino de los transeúntes. Los adolescentes sentados en los bancos. Los acentos marchitos de hombres aletargados dando vueltas sobre sí mismos. Centro neurálgico de personas que se aburren en vida. Una ronda de cervezas y una hamburguesa equis le para Lucas consiguen que todo retome su normalidad. Parece que ha recuperado el apetito. Y María nunca pierde sus ganas de darle a la sin hueso. Como en los viejos tiempos.

De vuelta a casa la tormenta cesa. Y en el horizonte el frontón de nubes se abre para dejar a la vista la cara afilada de la luna.

—Me lo he pasado muy bien —dice María antes darme un beso en los labios. Lucas protesta.

—Te ha dado un beso en la boca.

—No seas gilipollas, Lucas.

—Yo también quiero uno.

—Ya.

Después nos desplazamos en silencio. Llevo el coche hasta las afueras y giro por la rotonda. Detengo el vehículo frente al chalet donde se produjo el incidente. Apago el motor. Lucas agrava el gesto y me mira. Está confuso. No entiende por qué le he traído a este lugar. Las luces de la planta superior del adosado están encendidas. Ladra un perro y un coche cruza por el otro sentido.

—¿Qué te pasa con este hombre? —le pregunto.

Lucas esboza una mueca y niega con la cabeza.

—Vamos, venga, dilo de una maldita vez.

Duda. Baja la cabeza. Los cristales se van empañando. Debe hacer bastante frío ahí fuera.

—Debemos ayudarlo. No puede valerse. Nadie le visita nunca. Casi no puede andar.

Lucas me observa con ojos desconfiados. Hemos dado con la cuadratura del círculo. Cuando arranco el coche su cara está pegada al cristal. Contempla el adosado como el que ve partir el tren de su amada. Un fragor que se pierde en la frondosidad de la noche cerrada. Dejando tras de sí un halo de silencio repleto de dudas.

Hombres de negocios se beben mi vino,
labradores cavan mi tierra,
ni uno solo de ellos se da cuenta de lo que eso vale...
All Along the Watchtower...

Estoy solo. Conduzco un coche de color rojo que puede ser marca Ford o cualquier otra de las que salen en las películas americanas. Es un coche, bonito, elegante, con diseño deportivo, y la carretera es plana y nadie viaja conmigo. En ambos flancos se extiende una llanura poblada de cuarterones baldíos y el horizonte se hace tan palpable como infinito, una inconmensurable franja de cielo azul poblado de pequeños cirros sólo alterada por la estoica esfinge de los postes de cableado eléctrico que se extienden hacia el oeste. No puedo afirmar que me sienta a disgusto en ese coche, atrapado en la inmensa y prosaica soledad de los horizontes inextinguibles. Si lo piensas, es como ver el mar. El seco se apodera de los cielos, o al revés, vaya usted a saber, y todo parece formar parte de un lienzo de licuadas profundidades tan admirable como hermoso. Llegado un momento, el coche sufre un pinchazo, zozobra y de un volantazo me veo adentrándome en la llanura, levantando una estela de polvo hasta que el coche, casi por inercia, se detiene. Es un sueño placentero, no lo niego, porque cuando desciendo del coche y camino en dirección hacia la enormidad del firmamento inabarcable no corre ni un ápice de brisa, la temperatura es agradable y me invade una deliciosa sensación de paz interior, de comunión con todo lo que me rodea, que es nada, porque allí estoy solo, estrechando la mano del cielo y escudriñando el mapa de cableado que se prolonga hasta donde mis ojos no pueden ver. Pero a los pocos minutos el coche explota, vuela por los aires, y siento un primer impulso de correr hacia las llamas y el humo, otra tontería, porque allí no queda nadie, conducía yo solo y rápido mi precioso vehículo queda convertido en un amasijo de herrumbre carbonizada y humeante. Entonces me invade una poderosa angustia, porque mis manos comienzan a sangrar, a tiznarse de plasma viscoso y rojizo, sin que pueda encontrar una llaga o herida en ellas. Mientras, en el horizonte, veo una silueta que avanza hacia mí y yo la espero, nunca tengo claro si deseo pedir ayuda o salir corriendo, pero la silueta se aproxima y yo permanezco quieto, con las manos sangrando, atenazado por una despiadada ansiedad. Poco a poco la figura llega hasta donde es reconocible. Se trata de un rostro

familiar, soy yo mismo, con gabán y botas de cuero, como de motero, no tiene sentido, ya lo sé, es un puñetero sueño, y cuando estamos frente a frente mi otro yo saca del gabán una pistola y me apunta. Entonces me despierto. Siempre me despierto antes de que dispare o yo pueda salir corriendo o lanzarme a por su estúpida estampa, mi estúpida otra estampa, quitarle la pistola y metérsela, metérmela, por aquella parte.

Un año después de que asesinaran a mi padre empecé a padecer este tipo de sueños, pesadillas más bien. Pudiera haber influido mi obsesión por documentarme sobre la elaboración y manipulado de explosivos varios, el titadine en particular. Incluso valoré la posibilidad de estudiar Químicas pues me resultó un mundo apasionante. Cómo mezclar moléculas para producir poderosas explosiones. Sólo necesitabas los ingredientes para convertirte en un cocinero mortal. Luego le fui perdiendo interés, pues quizá entendí que no había nacido para ser cocinero de asesininos sino más bien aquel que le corta el bacalao al cocinero de turno. Tampoco creo que mi padre, un defensor del orden, se hubiera sentido demasiado orgulloso de mí. Fue decepcionante pero al menos las pesadillas remitieron y se quedaron en un recuerdo que poco a poco se va evaporando como el humo de aquel coche rojo apagándose en la inmemorial latitud de un secarral.

Nuestra madre se deshizo de todo aquello que dejamos en Mallorca. En el primer aniversario de la muerte de mi padre descubrimos que nadie había alquilado el bungalow. Las bolsas de basura seguían amontonándose en el garaje. Mi madre pidió permiso al casero para tirarlas al contenedor. El casero no puso ninguna objeción, alegando que aquellas pertenencias eran nuestras y él no había tenido valor para tirarlas.

Y así mis hermanos y yo pasamos una tarde revolviendo aquellas cajas con ropa de papá y amén de algunos caprichos que se regalaba y no servían para nada. Me sorprendió encontrar una caja que contenía un álbum de fotos. Tuve la sensación de que mi madre lo había dejado en el pasillo para que nos tropezáramos con él. Igual quería demostrarnos que había pasado página, que había que ser fuerte y seguir adelante, pero yo me enfurecí con ella, no había derecho, nosotros ya éramos fuertes cada día, no teníamos que demostrárselo a nadie, mucho menos a

nosotros mismos. Se lo reproché y ella, que bebía t e sentada en la terraza, con gafas oscuras que se perdían en el horizonte marino, carraspeó y alegó haberse dado cuenta.

Esa misma tarde lo tiramos todo a los contenedores, excepto el  lbum. Son de unas vacaciones que pasamos en Tarifa. Recuerdo con añoranza aquellos quince días. El viento soplaba de manera endiablada. Lucas y yo solíamos correr a escondernos en un antiguo fort n del ejército. Desde él se veía el otro lado del estrecho, detrás de las baterías de navetas y destructores anclados. El ferry repleto de gente repetía su trayecto una y otra vez con puntualidad británica. Mi padre aseguraba que en el pe n n vivían monos y que una pandilla de piratas ingleses con paraguas y bombines nos lo había guindado y no pensaba devolv rnoslo. Porque en Inglaterra no había sol ni playas, y era lo más cerca que podían estar de ellas. Pero mis evocaciones viajan a las largas tardes en la playa, correteando de un lado a otro, zarandeados por el viento, que erizaba el mar y levantaba las olas, haciendo temblar las pocas sombrillas que hend an la arena. El viento se encerraba en nuestros pechos y nunca se oían las voces de la lejanía. Creo que nunca nos sentimos tan libres como entonces. Aunque mi madre jurara que jamás volveríamos a Tarifa. Tuve que adivinar que mi madre prefería el hermetismo horizontal de la meseta. Y que tarde o temprano volvería a ella. De la misma forma que el mar siempre besa la arena.

Hoy he llegado tarde a la cena. A mamá le fastidia la falta de puntualidad. Cuando he hecho acto de presencia estaban dormitando en los sofás y la pasta con boletus estaba fría. He comido escuchando los boletines de la radio. La crisis sigue haciendo prisioneros. La gente muere a cada minuto en el mundo. Con los churros del primer desayuno la palma gente que no conocemos y a otros les toca la lotería, o encuentran un cadáver en el contenedor de la puerta de casa. Todos los días se anuncia el fin del planeta pero eso está por ver. Suben los tipos de interés y se notifican días soleados y fríos. Días perfectos para salir a comprar un libro, a dejar pasar la tarde y su ciudad bajo mis pies. Eso es lo que tenemos en mente. Es lo que me pide el cuerpo. Llevo días haciendo tareas de vigilancia. He hecho mis deberes. El vecino, el viejo lesionado, cada mañana se arrastra hasta la silla de ruedas que le han agenciado porque está cojo y no puede subir o bajar con ella los escalones. Un taxi le est  esperando. El taxista ayuda al hombre a subir al v h culo y salen pitando.

Al viejo se le ve con cara de fastidio. Metódicamente regresa hacia las siete de la tarde, descabalgan la silla y el viejo entra medio arrastrándose en su casa. No vuelve a salir. Es una situación extraña y lastimosa. No puedo saber qué diantres hace el señor durante todo el día en la ciudad. No porta malefín ni distinción alguna que revele su profesión, aunque alguien tan mayor debería estar jubilado, algo por el estilo. Lucas suele estar conmigo cuando el viejo regresa y entonces se queda callado, muy callado, siguiendo su patoso aterrizaje en el chalet.

Por la tarde jugamos un rato al FIFA y luego perdemos el dinero a las cartas. Mamá lee una revista y hoy también ha eludido su partida diaria. Sara estudia en la cocina con los auriculares puestos. En la casa reina una atmósfera agradable. Contra lo que pueda parecer, nos gusta pasar tiempo todos juntos. He convencido a Lucas para no ir al descampado.

—¿Hemos mirado ya los vuelos? —le pregunto a mamá.

—Claro —contesta con impostura.

Quedan doce días para viajar a Calvia, Mallorca. Visitar a papá. Ver la playa. Leer nuestras notas. Sentirnos abatidos, y la vez fuertes y resignados. En la calle caen algunas gotas de lluvia. Los cristales suenan como chisporroteos, afinando la melodía del viento. Mamá cierra los ojos en su butaca y estira las piernas.

—¿Una cervecita, mamá? —pregunto.

Y ella asiente. Mira a Lucas con ojos de te comería a besos y camino hasta la cocina con paso tranquilo. Juraría que estoy en un hogar. Feliz. Un lugar donde algunas veces solemos dejarnos caer. Cuando vuelvo mamá ha ocupado mi lugar y se deja hacer trampas por Lucas. Amontona la calderilla con ojos brillantes de tahúr en racha y sube la apuesta. Hoy no es día de pisar la calle. Vuelvo a la cocina y salgo a la terraza. La noche se deshace en lluvia. Tengo la imagen nítida de los cielos del día anterior. Naranjas pastel. Cremosos. Era una bonita tarde de otoño. Pero hoy también me siento a gusto. Aunque el día se ofusque en lacerante lluvia. Cuando una oleada fugaz de cel-lisca es capaz de sopesar las cosas y establecer la calma. Escucho una risa a destiempo. El hogar tiene calor propio. Y el humo de un cigarrillo no es suficiente para velar la noche.

Mamá, aparta esas armas de mí,
ya no voy a usarlas más, se pone oscuro,
demasiado oscuro para que pueda ver,
me siento como si estuviera llamando a las puertas del cielo...
heaven's door...

Cuando María y yo salimos la primera vez me llevó a visitar el Templo de Debod. Es una construcción pequeña, con un hermoso estanque de agua y una no muy lograda vista hacia el oeste de la ciudad. No tengo ni pajolera idea de qué hace una construcción egipcia en Madrid. Alguien me contó una vez la historia pero ya la he olvidado. El paisaje se lo cargan los altos pinos y el descuido de las calles adyacentes. Grabamos nuestros nombres a bolígrafo en una esquina del promontorio y nos sentamos en un banco del parque. Después hicimos camino hasta la Plaza de Oriente, donde visitamos el Palacio Real y La Almudena. Era una mañana de junio. Hacía un calor sofocante. Recuerdo que una niña se me acercó para preguntarme cuál era mi actor favorito. Era inglesa. Llevaba un clasificador en la mano. Tuve que pensármelo. No por nada. Nunca he tenido ídolos. Para no desilusionarla contesté Marlon Brando. El día anterior había visionado El rostro impenetrable en un pequeño cine del centro. Tuve que repetírselo tres veces. Sólo son dos malditas palabras pero yo no sé inglés. María tuvo que ayudarme. Es una chica lista. Hizo varios cursos para aprender el idioma de Shakespeare. La niña pareció quedar satisfecha. Marlon es leyenda y las leyendas no hay que explicarlas, pertenecen a la memoria colectiva.

—Eres el Hamlet del barrio —dijo entonces—. El príncipe de Dinamarca.

Las mujeres enamoradas tienen estas cosas. Ven donde no hay nada que ver. Huelga decir que jamás he leído Hamlet ni ninguna otra obra del dramaturgo inglés. Pero he de reconocer que me halagó ser el príncipe de algo. Aunque fuese del barrio.

Después de las visitas turísticas de rigor tomamos un helado en los Jardines de Sabatini. El

sol rebotaba sobre el agua verdosa de las fuentes. Había un escenario. Y carteles con el programa de las actuaciones de la temporada estival.

—Madrid es como un delfín blanco —dijo ella.

No sé lo que quiso decir. Yo sólo escuchaba a Bob Dylan. Pero no hubiera pagado veinte pavos por verle. Tengo verdadero espanto a sentirme decepcionado. Si el viejo cabezón gafas negras diese un concierto en la ciudad tengo claro que no compraría la entrada. No podría soportar verle naufragar en una mala noche, en un mal gesto. Me horroriza verme decepcionado y, por otro lado, tampoco arriesgaría tener que deshacerme de toda la colección de discos de papá.

Cuando llegó la hora de comer cogimos el metro en la Plaza de España y nos separamos en la última parada. No sé por qué, quizá pudiera ser por mi condición de recién llegado a la capital, sentí la gratificante sensación de ser un proscrito. Justo cuando reparé en que mi boca estaba marcada por la huella del carmín de sus labios. El calor rebotaba en las branquias de la Gran Vía como una ígnea bocanada. Es fácil sacar conclusiones.

Azul. Blanco. Negro. A quien madruga dios le ayuda. Me he despertado temprano y he cogido el primer metro al centro de Madrid. Hoy tengo claro que no voy a clase. Se despierta el día en la gran ciudad. Los hombres de negocios aprietan el periódico gratuito en el vagón y huele a champú barato del día anterior. Una mujer con un carrito se ha caído por las escaleras mecánicas. Llegaba tarde. Ahora ya le dará igual. Busco la manera de ser invisible en la mañana y dejar correr el tiempo. Visito el Museo del Prado, donde hay millones de cuadros que aprecio pero no entiendo. Paseo por las casetas de la Cuesta Moyano como un pensionista y me siento a tomar una coca cola en un bar cerca de la Plaza de Neptuno. Camino sin más. Soy un vagabundo de la mañana otoñal de este diciembre que siempre parece el mismo diciembre porque pensamos en Mallorca, en bombas que estallan en los bajos de coches de buenas personas, miramos de reojo los álbumes de fotos sin atrevernos a palpar las instantáneas de los gratos recuerdos, no sé, quizá no seamos tan fuertes, quizá siempre tendremos miedo, ese inextinguible temor a perder las cosas importantes.

En las arterias de la gran ciudad se respira frío y prisa. Echo un vistazo al edificio de la Bolsa y apago el teléfono móvil. Entro en el Museo de Cera y me aburro como una ostra. Coges el metro en Cibeles y subes hasta Noviciado. Haces combinaciones. Ascendes desde San Bernardo hasta la Plaza de la Luna, directo a Malasaña, y esquivas un hogar de comidas para los desfavorecidos. Mala suerte. Putas dominicales. Camellos. Jubilados. Top less parpadeando desde la primera hora de la mañana. Ruidosos grupos de chicos que esquivan el instituto. Sol en la espalda de la Gran Vía. Eludes las colas de los sin techo con ganas de llamar a María y preguntarle por una buena idea para salvar el mundo, el suyo, el de todos, y le echas al paladar una ración de matanza entre serrines. A veces, matar el tiempo es difícil. Aunque seas un verdadero chacal de la inanidad temporal. Quizá más fácil matar personas. Cuando no tienes que mirarles a la cara y buscar su respuesta en aquello que no eres capaz de conocer, porque atacas a traición y eso supone ser el más vil de los viles y el más cobarde de los cobardes.

Todo es inútil cuando tienes una preocupación dentro del pecho. Es una oscura tenia que trasiega a su antojo por los pulmones. Estoy intentando reunir fuerzas para volver a casa y arrancar el calendario de la cocina, gritar que no necesitamos un trozo de papel para recordar lo que fuimos, para recordarlo, porque siempre lo llevaremos con nosotros, aunque descansa donde siempre quiso estar, cerca del mar y los silencios de la espuma inmemorial de aquella cala por la que serpentea el enésimo río de la vida. Que me daría pavor decepcionarle algún día por llegar a ser alguien que él no querría conocer y que sigo intentando avanzar con la cabeza muy alta, porque seguimos siendo una animosa tribu que permanece unida y busca su camino. De alguna forma, estos meses de diciembre son un espejo que muestra quién eres, que vuelve a ponernos a prueba, que nos hace más fuertes. Debes creerlo. Es cierto. Tanto como la historia que solías contar de aquellos monos que crían en el Peñón, aquellas vacaciones en Tarifa, con paraguas y bombín. Podemos capear esta, cualquier tormenta. Quizá sean buenas palabras para escribirlas en una carta en vez de plagiar a tu admirado Bob Dylan pero no sé si podré, si querré oírlas de mi boca.

Con la última hora de luz me meto en un cine y miro con ojos de besugo una película francesa. No me molesto ni en leer los títulos de crédito. No me interesa. A las otras ocho personas que están en la sala parece entusiasmarles y no se oye el pedo de una mosca. Mirar al frente y caer dentro de un rectángulo mágico donde ocurren cosas. Es una magnífica manera de perder el tiempo. Pero ni por esas. No me concentro. No me veo. Tengo que hacer que el día transcurra. No estaré tranquilo hasta que oiga tirar de la cadena. Que muera otro día, cero cero siete.

Casi a la hora de la cena cojo el metro que lleva al barrio. Paso a buscar a María y tomamos algo cerca de su casa. Vuelve a llevar coletas y su cháchara no parece tan fluida. Eso no es buena noticia.

—¿Te pasa algo? —pregunta.

Tendremos que hablar de mí y eso no me gusta.

—No. Estoy bien.

—Te noto raro —dice, moviendo la pajita dentro de la cocacola. Mi cerveza ha consumido la espuma.

—No me pasa nada. Sólo estoy un poco cansado.

—¿Y Lucas?

Lucas. Buena pregunta. Estará en nuestra tribuna de la tarde, vigilando la dichosa casa del anciano. Se le ha metido en la cabeza. Está bastante raro.

—Está bien. Todo en su sitio.

—Claro. Contigo todo está siempre en su sitio.

Bueno. Es la verdad. No voy a contarle todos mis problemas. No quiero hablar sobre el viaje a Mallorca, sobre mi padre que más que nunca se hace presente en estas fechas, y que lo recordaremos tal cual nos despidió aquel día, que alguien nos lo recordará tal y como nunca sucedió. No conseguimos acostumbrarnos.

—¿Te acuerdas cuando me dijiste que era el príncipe de Dinamarca? —interrumpo.
Se queda pensativa.

—No. No me acuerdo. ¿Dije yo eso?

—Es una chorrada. Olvídalo.

Y María me observa con ternura. No se acuerda. Puede que nunca hubiese ocurrido. Nunca se puede tener la certeza, Hamlet de pacotilla. Imposible.

Cuando vuelvo a casa todos duermen. Son las doce de la noche. Sara se ha dejado el portátil encendido. Abro la habitación de Lucas y no está. El muy ceporro ha colocado la almohada cruzada y un peluche en la cabecera, el viejo truco, pero no cuela. Empieza a ser preocupante. Salgo pitando y cruzo el barrio en dirección al descampado. Ni rastro del mentecato. Desciendo la ladera hacia el chalet del anciano y mis sospechas se convierten en realidad cuando diviso su silueta encogida sobre las escaleras de entrada. Su mano sostiene una maza. Sonríe, la frente sudorosa, se ha vuelto loco.

—¿Qué haces, mentecato? —le recrimino.

—Echar un cable al viejo —musita.

—¿Cómo? —le digo—. ¿Y esa maza? ¿De dónde la has sacado?

—De la caja de herramientas de papá.

—Maldita sea, ¿qué coño has hecho?

Hace mucho frío y el cielo es limpio sobre nuestras cabezas. La luna amarilla nos observa a nuestras espaldas. Lucas me muestra su gran obra. Ha triturado todos los escalones de la entrada a la vivienda. Sobre los cascotes, ha colocado una tabla de madera.

—Así el viejo podrá subir con la silla —susurra—. ¿No es una idea genial? No tendrá que arrastrarse para entrar y salir.

No hay luces encendidas. Me resulta increíble que nadie haya acudido al concierto de mazazos del bueno de Lucas. Ni siquiera el viejo. Debe de estar como una tapia. O no estar. Da lo mismo. Es un delito. Invasión de propiedad privada, destrucción del patrimonio. El delincuente tiene ocho años. El cómplice es un estudiante de Derecho. Parece un chiste. La gente se mueve alrededor del mundo. Transitan las vidas. Los niños se levantan una mañana con una maza en la mano y deciden triturar cuatro escalones porque desean que un anciano suba y baje de su casa en una silla de ruedas deslizándose grácilmente sobre una tabla medio podrida. Se persigue la huida y el cambio de estación, de casa, de aliento, de zapatos.

—No puedo creerlo, Lucas —siseo.

Lucas me calibra. Se frota la barriga y sorbe los mocos. Asiente. Es una gran obra, quiere que reconozca su magistral maniobra.

—Yipiyaiyei, Miqui.

Pronto estamos corriendo por el descampado. Como dos perros huyendo de su propia sombra. Su trote patizambo es descoordinado y doliente. Cuando llegamos a casa sus ojos han perdido el brillo. Hay una severa tranquilidad en su rostro. Y la negrura de la ciudad se ha quedado atrás como un inexistente recuerdo. Dentro de una caja de cristal cegado por el aliento del otoño.

Que dios te bendiga y proteja siempre,
que se cumplan tus deseos, que trates bien a la gente,
que construyas una escalera a las estrellas y subas un peldaño cada día.
Que siempre permanezcas joven...

Al día siguiente, con la primera luz del alba, estábamos plantados delante de la puerta del viejo. A nuestros pies, la chapuza arquitectónica ideada por el pequeño Lucas. A nuestra espalda, mamá, con los brazos en jarra y una vena en el cuello que no dejaba de palpar. El cielo proyectaba una luz diáfana y pura, ribeteada en naranjas, como un letrero luminoso de una promesa que olía a naranja y monóxido de carbono. Mamá llamó dos veces al timbre. Se la notaba nerviosa. Oímos ruidos en el interior, algo golpeó con estrépito el suelo y finalmente, por fin, después de varios minutos, la puerta se abrió.

Aunque recordaba perfectamente el rostro de aquel hombre cuyo cuello palpé para comprobar que seguía con vida y al verlo aquella mañana sentí una profunda lástima. Una venda se desencajaba irregular alrededor de su frente y la pierna escayolada asomaba entre los pliegues de una bata verde y desgastada. Se apoyaba en el quicio de la puerta encorvándose, con acentuada incomodidad y percibí que una de sus manos temblaba ligeramente. Sus ojos de sorpresa se trasmataron en miedo y luego pareció serenarse, el imperceptible temblor fue cesando conforme mi madre iba explicando atropelladamente los hechos intercalando entre frase y frase una disculpa tras otra.

Al cesar mi madre el suplicatorio el viejo sostuvo en sus labios cuarteados un mutismo que nos pareció eterno, valoró el estropicio a sus pies, luego su mirada se desvió hacia la silla de ruedas junto a la entrada, y finalmente, tras posar sus ojos pacientemente en Lucas, estalló en una fresca y estentórea carcajada.

—Pasen, por favor, están en su casa.

Y mi madre nos miró y dudó pero decidimos entrar porque nadie esperaba que el viejo se carcajease al ver semejante putada, y al tontoelhaba de mi hermano sonriendo como un pigmeo retrasado.

La casa era de una sencillez desoladora. Había dos maletas abiertas en el pasillo, y una mesa y dos sillones de escay frente al televisor como único mobiliario de la estancia principal. Ni rastro de muebles, cuadros, floreros y ese pequeño menaje con que cobran vida las viviendas. Una pequeña cocina estilo americano se unía a través de un pequeño ventanuco desde donde llegaba olor a café del día anterior. Las persianas estaban bajadas y los filamentos anaranjados de la mañana se adelgazaban sobre la manta y almohadas revueltas sobre el sillón más grande. Desde la pared lateral, subía una escalera al piso superior donde a buen seguro se encontrarían las habitaciones y el baño. Imaginé al anciano subiendo y bajando aquellos escalones para hacer sus necesidades y acabar el día agotado en el sillón, durmiendo encogido, envuelto en un sayo, para no tener que volver a subir y bajar cargando el peso sobre su maltrecha pierna y eso me entristeció sobremanera.

—Por favor —suplicó mi madre—. No se mueva. Dígame donde está el café y lo prepararé yo.

El anciano dudó pero finalmente se derrumbó en la butaca conteniendo una mueca de dolor, indicando con precisión cómo debía obrar mi madre.

Lucas y yo seguíamos de pie como dos pasmarotes, abrumados por la depresiva atmósfera de aquella casa, sin atrevernos a mirar fijamente al viejo.

—Sentaos los dos. Quiero hablar con vosotros —ordenó.

Obedecimos.

—¿Cómo os llamáis?

Su voz era tirante y liviana, marcada por un ligero acento extranjero. Musitamos nuestros nombres con cierta tristeza.

—Mi nombre es James —se presentó y tendió la mano. Se la estrechamos—. Debo deducir que sois el Séptimo de Caballería que salvó el pellejo de este anciano. El vecino me dijo que vio a dos chicos saltar la valla y correr calle arriba.

Asenfi.

—Me caí. No fue culpa vuestra. Podéis quitar de mi vista esa cara de culpables.

—Yipiyaiyei, James —celebró Lucas antes de recibir un codazo mío en las costillas.

El viejo rio de nuevo.

—Vaya pareja. ¿Quién fue el artista que estudia para arquitecto?

Lucas levantó el dedo con inexplicable orgullo.

—Lo suponía. ¿Por qué lo hiciste, muchacho? —preguntó mirándole fijamente.

Lucas guardó silencio. Sus ojos volaron a la escalera lateral para realizar un perfecto travelling sobre la umbrosa estancia.

—¿Sabes que puedo mandarte a la cárcel por lo que has hecho?

Oí el agua de la cafetera hervir y un novísimo y reconfortante aroma me hizo pensar en

nuestra casa, en toda familia junta alrededor de la mesa del desayuno, la radio sonando y todos hablando de esas noticias que hieren cada mañana al mundo. Lucas carraspeó, ya no estaba de broma, el viejo había logrado acojonarle.

—Quería que no tuviese que subir los escalones. Que la silla pudiese entrar en casa. Es una rampa. Quizá funcione.

El anciano se ajustó por primera vez la venda sobre la frente, se atusó el ralo y blanquecino cabello que se amontonaba en su coronilla y sonrió burlonamente.

—Sí, muchacho, quizá funcione.

Y entonces apareció mi madre con tazas y unas magdalenas y nos sentamos a charlar como si nada hubiese ocurrido, como si una forzada visita de cortesía nos hubiera conducido hasta aquella casa.

James era norteamericano. Nos explicó que hacía treinta años residió en este mismo barrio. Que era piloto y se casó con una española y que tuvo un hijo. Que volvieron a los Estados Unidos pero que su hijo, al terminar la universidad, quiso regresar a Madrid para buscar trabajo, y que vivió también en este mismo distrito hasta que su coche se estrelló en la Nacional Seis contra un camión que se había cruzado entre el segundo y tercer carril de la autovía a causa de un accidente. Que su hijo fue enterrado en el cementerio de la Almudena hará unos diez años y que ahora, después del fallecimiento de su esposa, ya jubilado, quiso volver a visitar la ciudad donde, dice, sucedieron las mejores y peores cosas de su vida. Que no sabía cuánto tiempo iba a quedarse pero que ahora es posible que tenga que abreviar la visita y retornar a su país.

—Soy viejo —se lamenta mirando a Lucas—. Quizá demasiado. Y cojo —ríe enseñando sus blancos dientes.

Luego seguimos la charla hablando de aviones y remotos lugares en el planeta donde la gente picotea insectos o jamás se corta las uñas de los pies y lentamente fue diluyéndose la mañana para abrir los ojos del mediodía, el sol tras la persiana amarilleó y James extrajo de su bolsillo un papel y un bolígrafo garabateando un nombre y un número de teléfono.

—Es el nombre de la casera y su número de teléfono. Llámela para lo de la entrada. Yo estoy alquilado.

Aléjate de mi ventana, vete tan rápido como quieras,
dices que estás buscando a alguien que nunca sea débil,
que siempre sea fuerte, para protegerte y defenderte,
pero eso no soy yo, nena, no soy yo lo que andas buscando...

Es diez de diciembre. Lluve tímidamente a este lado del universo. Las luces de la calle son ráfagas líquidas que enredan en su propio descreimiento. María y yo hemos quedado para tomar algo. Día de perros. Noche de cellisca y firmamentos amoratados que se condensan sobre las altas torres del skyline. Hemos estado hablando del viejo, de lo que hizo Lucas, le he contado toda la historia y me he extendido quizá en demasía sobre la profunda lástima que me produjo la indefensión de un hombre impedido en un país que ya no es el suyo. Sobre la sinrazón en que puede convertirse una misión de volver sobre los pasos de alguien que no está, que hace tiempo que se fue. Esta vez no hablaba ella, como es costumbre, sino que se limitó a escucharme con mucha atención mientras jugueteaba con un mechero negro estampado con la bandera de Jamaica.

Silencio.

Odio las conversaciones plagadas de silencios.

Odio que alguien te mire fijamente y sepa lo que estás pensando.

Odio estar en silencio cuando el silencio te pertenece y no necesitas compartirlo con nadie.

—¿El lunes vais a Mallorca?

Asentí.

—Es normal que te afecte —susurra y me coge la mano. Yo me suelto.

No me gustaría sentirme así pero detesto más descubrir que otras personas saben o creen saber exactamente cómo me siento.

—No querría hablar de mí, María. De hecho no estoy hablando de mí. Estoy hablando de un estúpido anciano que volvió a Madrid para buscar lo que ya no existe. Su hijo está muerto, su mujer está muerta, la ciudad que conoció ha sido sepultada en ladrillo y ahora sólo es un viejo impedido que apenas puede subir una docena de escalones para mear. De eso estoy hablando. De las dificultades de la vida. De cómo nadie escapa, nadie sale indemne de ciertos avatares o como quieras llamarlo.

—A mí me parece admirable.

—¿El qué?

—El que es capaz de no olvidar. El que guarda el recuerdo de sus seres queridos y sufre para volver a encontrarlos. De alguna u otra manera, seguro que él es feliz de volver y, a su manera, reencontrarse con su hijo.

—Sólo ha encontrado más dolor del que ya tuviera, créeme.

—No estoy de acuerdo, Miqui. Creo que la gente necesitamos refrescar determinados sentimientos.

—No veo por qué. No es útil. No le hace bien a nadie. Sólo es ahondar más en la herida, una herida que quizá nunca se cierre. No hay necesidad de cruzar un océano para no encontrar lo que estabas buscando. Ya no queda nada y no encontrar nada es mucho más doloroso que verlo desde la distancia.

—¿Estamos hablando ahora del anciano o de tí?

—No quiero hablar de mí.

—Yo creo que necesitas hablar de ti. Que ahora estás hablando de ti.

—No es mi propósito. Sólo es charla. Hablamos de alguien, de algo. Funciona de ese modo.

—¿Crees que no es necesario que voléis el lunes a Mallorca?

—Yo no he dicho eso.

—¿Pero lo es?

Y no sé por qué, mi mente viaja al apartamento del anciano, a la soledad de las penumbras, al olor a mohó y alcanfor de las casas vacías, las huellas que dejan las aves de paso en busca de sus jodidos recuerdos, el olor del café pasado de fecha, la hediondez de las mantas arrebujadas sobre el sofá, el goteo luctuoso e inextinguible del tiempo que jamás cesa. Mis ojos desean anegarse en lluvia pero logro hacer que truene y fabriquen su propia tormenta. María carraspea y bebe de su cocacola. Desvía sus ojos hacia la ventana. La cellisca golpea con furia el capó de los coches aparcados provocando un hermoso estruendo sincopado de voces metálicas que interrumpen la conversación, cualquier conversación.

Silencio.

Más silencio.

—¿Sabes ya qué leerás a tu padre?

—Más o menos.

—¿Otra canción de Bob Dylan?

—¿Quizá?

—No deberías.

—¿Por qué?

—Porque quizá es el momento de empezar a decir lo que sientes con tus propias palabras.

—Es hora de irse. Tengo que marcharme.

—Ya. Está jarreando. Deberías esperar.

—Me da igual. Yo me marchó.

—¿Hablamos la próxima semana?

—Claro, guapa. No sabrías qué hacer sin mí.

—Si necesitas hablar con alguien ya sabes dónde estoy. Tienes mi número.

—Lo sé.

Correr bajo la lluvia es, en cierta forma, un acto de fe. Sabes que te calarás hasta los huesos pero no puedes dejar de mover las piernas porque, si te detienes, te mojarás aún más y a uno debería ya darle lo mismo porque está empapado pero ineludiblemente siente el reflejo de seguir moviéndose y evitar la lluvia de manera lastimosamente estéril.

Al llegar a casa todos están en el salón. Huele a salsa agri dulce y comida china. Me esperan para cenar. Es una de aquellas tradiciones que mantenemos después de todo. A mi padre le encantaba ese momento. Todos juntos y vemos una peli, o protestamos todos porque él quiere poner uno de sus aburridos discos, de sus aburridas películas. Mamá y Lucas se estiran juntos en el sofá frente al televisor. Sara ojea una revista en la cocina. Hace calor, es día de familia y eso me reconforta. Nadie me reprocha que venga calado hasta los tuétanos, todo el mundo me acepta tal y como soy, entienden que llueve, que sigue lloviendo ahí fuera y que correr bajo la lluvia es sólo eso, un estúpido acto de fe, como coger un vuelo desde Boston a Madrid con el deseo de encontrar las calles mojadas de un tiempo que no volverá.

Dejar que el pájaro cante. No era un hombre viejo.
Y vivía en la luna. Y un día de verano llegó de paso.
No era un niño pequeño. Y había una niña.
Y vivían en un callejón bajo el cielo rojo...

Lucas y yo controlamos las obras en la casa de James, como hermanos unánimes, desde soles lejanos, acomodados en nuestro asiento privilegiado de la tarde. La lluvia ha cesado y en la herida del oeste, tras las altas torres, se desparrama lánguido un sol amable tiñendo un cielo algodonoso. Estamos solos. Vigilamos cómo dos operarios, uno más pequeño y grueso con gorra echada hacia atrás y otro más espigado que fuma un cigarrillo tras otro sin sacarlo de la boca, golpean y aplican argamasa sobre los escalones. Nos llega un ligero aroma a paja quemada, a neumático tostado por la urgencia del asfalto, mezclados con una gélida arcada que escupe la sierra, allá a lo lejos, crestas nevadas como lucífugas coronas de rosas blancas. Una furgoneta blanca de chapuzas está aparcada con las puertas abiertas. Lucas ha cogido prestado unos prismáticos de la caja de herramientas de papá y de vez en cuando me los pasa para cerciorarnos de que el operativo se despliega según lo previsto.

—El alto escatima el cemento, Miqui —protesta Lucas.

—¿Y tú qué sabes de cemento?

—Tengo eso que tú ya sabes. Dos cifras y a silbar.

—Pesao.

—Podríamos ir a hacer una visita a James —sugiere.

—No le gustaría a mamá.

—No tiene por qué enterarse. Además, ahora somos amigos.

Debo reconocer que incluso a mí se me ha pasado por la cabeza tocar la puerta del anciano para ver si necesita alguna cosa. Comida, que le llevemos a algún sitio, tabaco o café. Pero mamá nos prohibió tajantemente acercarnos a la casa. Creo que aún no ha superado la vergüenza del episodio de los escalones. Quizá piense que podemos empeorar la situación.

—¿Has pensado en qué le vas a escribir a papá? —pregunto casi sin querer.

—Le voy a contar la historia de James. Y le voy a decir que tenemos otro amigo en el barrio y que nos cae francamente bien.

—No lo conoces. No puedes saberlo.

—Claro que sí. Y además os parecéis.

—¿En qué?, si puede saberse.

—Cuando seas viejo serás como James, hazme caso. Soy más listo que tú.

—¿Le dirás eso a papá?

—Claro. Y también que eres un rollo de hermano. Que siempre te quejas por todo y no me dejas hacer nada.

Es disparatado pero Lucas tiene sus razones. Y sus prismáticos. Su espalda se tensa. Hay novedades. Un taxi y un monovolumen de color rojo se detienen junto a la furgoneta. Una mujer desciende del vehículo y se encamina hacia la casa, intercambia unas palabras con los operarios y entra con su propia llave.

—¿Qué ocurre, Miqui?

Pocos minutos después vuelve a aparecer la mujer, portando dos maletas que ya conocemos y el viejo James apoyado en su hombro, descendiendo torpemente las escaleras. Hay un tipo cuyo viaje termina hoy y nadie sabe si volverá algún día.

—Se lo llevan, Miqui.

No, Lucas. James se marcha. Su periplo del recuerdo ha concluido. Avanzan hacia los coches y, al llegar a la puerta, el anciano levanta la mirada hacia donde estamos nosotros. Eleva un brazo, a modo de saludo, el fulgor de la tarde de diciembre se posa diagonalmente sobre nuestros párpados, y se queda unos segundos con la mirada puesta en el secarral, en dos aves de paso que también le despiden, buena suerte, amigo, espero que encuentres lo que estás buscando.

—Nos ha saludado. Nos ha reconocido.

—Eso parece.

—Quizá no se vaya. Quizá sólo le lleven a la tumba de su hijo y regrese para la cena.

—No lo creo, Lucas. Dile adiós.

—Ya no puede verme.

—Da lo mismo. Dile adiós.

Las puertas del taxi se cierran. Los vehículos accionan los intermitentes. Giran de dirección contraria y pronto desaparecen, goodbye Madrid, welcome Boston. Lucas se levanta y arroja los prismáticos al suelo.

—¿Te has vuelto loco?

Pero no me escucha, ha echado a correr colina abajo, bamboleando ese cabezón de ancha frente que tiene, amplificando la zancada como un patán porque no sabe, no quiere correr como Dios manda, porque cree ser un genio de ciento sesenta, coeficiente necesario para no tener que huir jamás. El sol se hunde detrás de las torres, acontece la noche, vigilia de errantes que buscan algún mar.

Si llamas a la puerta de una adolescente a las doce de la noche porque ves luz en su habitación puedes correr el riesgo de ser echado a patadas por haber quebrantado alguna norma básica relativa a la intimidad que seguramente vulnerará la Constitución o la Carta de Derechos Humanos. Esta noche he querido correr el riesgo. Empujo la puerta. Nadie me chilla. Se trata de un cuarto pequeño, encorvado sobre sí mismo por la cantidad de fotos, pósters y cuadros que inclinan las paredes. Supone un canto a la democracia gloriosa de la juventud, la edad del pavo, conformando una atmósfera distópica cuyo epicentro axonométrico confluye en un grabado de Jimi Hendrix en blanco y negro sobre el cabecero de la cama. Que yo sepa, a Sara jamás le interesó el rock'n'roll ni la música de papá. Pero está ahí desde que él se fue, ordena el desorden de su habitación like an electric ladyland. Sara. Veladura de flequillos y aislamiento. Sara nunca se queja más de lo debido. Sara protesta pero jamás se queja. Desde su enérgica flacura adolescente refresca nuestro sol invalidando las pasiones exacerbadas, los hundimientos dilatados. De alguna manera, es la que mejor equilibra el mundo, nuestro mundo. En días como hoy siento la tentación de darle un abrazo y desearle buenas noches.

—¿Qué haces ahí plantado, pasmarote?

—No tengo sueño.

—Ya. Por eso vienes a interrumpir.

Sobre la mesilla, junto al despertador, siempre reposa una foto de tamaño medio en un marco color malva. Se trata de una foto tomada en aquella accidentada visita a Tarifa. No es una composición típicamente familiar de esas en las que todos miran a la cámara y dicen patata. Más bien nos la sacó a traición, de tal forma que mamá aparece medido acucillada intentando atrapar el mantel sobre la arena, parece que se ríe, la sombrilla se arrebata a ras de suelo por el viento, mi padre sale corriendo tras algo quedando fuera de plano, su perfil no sugiere ninguna emoción destacable, parece que va a saltar al vacío, Lucas y yo buscamos algo en el cielo, ajenos a la ráfaga de viento, su mano sostiene la mía y transmitimos una irreprochable sensación de plenitud.

—Me encanta esa foto —señalo.

Sara no responde. Se sopla el flequillo, despojándose de los auriculares. El móvil vibra pero no lo coge.

—¿Por qué?

—No lo sé. Parecemos naturales. Nadie finge.

—Creo que mamá es muy fotogénica.

Incluso cuando no quiere serlo, hay gente que no necesita proponérselo para llamar la atención. La ventana permanece ligeramente abierta. La lluvia cesa en su tronío y un suave repiqueteo sobre el cristal promete cierta paz.

—El viejo se ha marchado hoy. Lucas se ha llevado un disgusto.

—Ya lo he visto. Hay días en que echo de menos que no se comporte como el cenutrio que es.

Yo también. Me cuesta pensar en un día sin escuchar sus chorradas. Del mismo modo que sigo echando en falta el discurso de mares, peces y horizontes de papá. Es complicado. Saber que Lucas se hará mayor y pensará como un adulto, hablará con la cordura que se le supone a un hombrecito, hará su vida, se irá de casa para ser aquel que quizá puede ser.

—Vino a buscar a su hijo, ¿conoces la historia?

Sara asiente y relaja los músculos. Se encoge entre la manta apoyando su espalda contra la almohada.

—Lo superará —musita.

—Claro. No lo conocemos de nada.

Es la verdad. Realmente no existe una razón de peso por la que debamos echar de menos a ese tipo. Vino y se fue. No sabemos quién es, qué come, qué desea o qué desprecia. La gente de ahí fuera son meras conjeturas y deberíamos sentirlo así aunque no siempre podamos asignarles ese papel.

—Próximo lunes, hermano —susurra encogiéndose las rodillas contra su pecho—. Te ocurre por estas fechas. Como a mamá.

—¿Qué me ocurre? —pregunto.

—Que se te va la luz de los ojos. Que siempre te encuentro mirando a las ventanas.

—Quizá. No lo sé.

Las ventanas. La lluvia repicando en el cristal. Es hermoso y triste a la vez.

—¿Sabes? Te pareces mucho a él.

—¿A quién?

—A papá, idiota. Creo que por eso te es tan difícil hacer el viaje.

—No lo recuerdo así.

—Pregúntale a mamá. Muy parecido. Sólo que él siempre estaba alegre. Sabía fingirlo mejor. Pero igual que a ti era fácil sorprenderlo mirando fijamente hacia ningún sitio sin saber muy bien por qué. Por eso le gustaba tanto el mar. Acuérdate. Se quedaba allí como un bobo mirando la nada mientras nosotros hacíamos el café.

—Me cuesta recordarlo.

—Claro que lo recuerdas. Eras su perrito faldero. Siempre junto a él escuchando todo el rollo aquel de los mares y el horizonte y cómo las cosas van y vienen como las olas de mar. La dichosa música. Tienes que acordarte.

Creo que me acuerdo del agua fresca y el atardecer del verano, del bungalow sobre el risco y de los inteligentísimos planes de los peces para jamás ser pescados por los domingueros de fin de semana. El rumor festoneado de la bajamar del acantilado en los atardeceres estivales, de su brazo sobre mi cuello dirigiendo la vista hacia el Mediterráneo como un capitán que señala tierra desde un buque varado en la inmensidad granítica del tiempo detenido. Seremos buenas personas, Miqui, es lo más importante, lo haremos bien, vivimos en el paraíso, tenemos suerte de ser quienes somos, hay que caminar con la cabeza alta, no nos falta de nada, somos buena gente, el mundo necesita gente buena. Los malos se morirán en su amargura en el otro lado. Pronto se darán cuenta...

—Vete a dormir —ordena.

—Claro. ¿Tienes escrita la carta?

—Hace semanas que la terminé.

—¿Y de qué hablarás?

—Es sorpresa.

—Política, hambre en el mundo, chicos, decadencia del rock'n'roll. ¿Acierto?

—No tienes ni pajolera idea, hermanito.

—Cómo saberlo. Sorpresa. Buenas noches.

—Buenas noches.

Sol del invernadero de nuestras almas, que invalida el tiempo, pieza engranaje de aquel recuerdo que jamás se extingue como la llama que emana del fulgor del mar Mediterráneo. Que dios te bendiga y proteja siempre, que se cumplan tus deseos, que trates bien a la gente, que construyas una escalera a las estrellas y subas un peldaño cada día. Que siempre permanezcas joven

Vi lobos salvajes alrededor de un recién nacido,
vi una rama negra goteando sangre todavía fresca,
vi diez mil oradores de lenguas que estaban rotas,
vi pistolas y espadas en manos de niños y es dura,
es muy dura la lluvia de diciembre...

Corre una ligera brisa. Cementerio de Calvia. Me parece ver el rastro desorientado de un avión arañando el cielo descolorido hacia el oeste. El silencio nos acompaña desde el aeropuerto de Barajas. No es una marcha fúnebre. Nos rodean amigos y familiares a quien vemos pocas veces al año. Es un reencuentro con las flores negras que arrostra el mar.

Me parece verlo saludándonos desde los alto de la colina, apoyando la otra mano sobre el viejo Suzuki que alquilábamos todos los veranos, abajo el acantilado, en su lugar favorito de Mallorca, playa de Monjo, donde aseguraba debíamos enterrarlo cuando fuese viejo, poco antes de que dos desalmados decidieran cercenar su vida por alguna acusación que jamás sería achacable a mi padre, hombre de palabra, sueños y principios, allá donde viajaremos después, meditabundos y cariacontecidos. Da lo mismo. No importa. Asumimos el peso del mar. Celebramos, de algún modo, estar aquí junto a él.

Y me parece verlo cada año zambulléndose en el mar interrumpiendo alguna charla intrascendente y volteando a Lucas, que siempre era reticente a saltar al agua por sentirla demasiado fría para su niñez sabionda y pluscuamperfecta. Creo verlo siempre en esta fecha, diecisiete de diciembre, henchido de viento y salitre señalando todas las bondades que adornan a los hombres dignos, a los hombres buenos. Eligiendo nuestros caminos a seguir, aquellos por donde jamás deberíamos doblegarnos a la falta de dignidad, respeto y valor.

Parece que lo veo ahora, entre nosotros, empujando la puerta invisible de este cementerio, sonriendo al ver que mi madre se apoya en mi hombro y vacila en el paso, explota en un llanto seco y veraz, tranquila, no pasa nada, parece que le oigo decir, Lucas abre la pequeña comitiva del

silencio, y Sara sostiene la espalda de todos nosotros mientras siento que él no ha dejado nunca de estar a nuestro lado mientras yo estrujo un papel en blanco que no he llegado a emborronar pero que leeré con voz alta, firme y clara, comenzando mi pequeño discurso de puño y letra, describiendo su estampa en un lugar cualquiera, quizá la hermosa playa flanqueada de erizados acantilados donde pasábamos las horas muertas, están grabados en mi memoria, para no olvidar que seguimos siendo él desde nosotros, espoleados en esta cálida tarde por esa, imperceptible y cegadora lluvia de diciembre que nos empapa cada año.

Es hora de partir y volver a caminar.

De nuevo.

No olvidamos. Esforzándonos por construir aquel mundo mejor.



La Fundación



Fundación contra el Terrorismo y la Violencia

Alberto Jiménez–Becerril

Nuestra motivación

El 30 de enero de 1998 la banda terrorista ETA asesinó, en Sevilla, al Concejal y Teniente de Alcalde Alberto Jiménez–Becerril Barrio y a su esposa Ascensión García Ortiz, licenciada en Derecho y Procuradora de los Tribunales de Sevilla. El Ayuntamiento de Sevilla, reunido en Pleno y por unanimidad, crea ese mismo año la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez–Becerril, comprometiéndose con ello al permanente homenaje de los sevillanos al matrimonio formado por Alberto y Ascensión, a su obra, a su trabajo, a sus vidas.

A esta iniciativa se sumaron, de forma inmediata, constituyendo el Patronato de la Fundación, el Senado de España, el Parlamento de Andalucía, la Universidad de Sevilla, el Colegio de Abogados y el de Procuradores, las dos cajas de ahorro sevillanas, hoy fusionadas en Cajasol, y, finalmente, la Diputación Provincial de Sevilla, así como una representación de la propia familia de los asesinados.

Principios que nos empujan

Entendemos que la violencia, especialmente la que se practica como forma de extorsión política mediante el terror, es moralmente aborrecible y radicalmente incompatible con el ejercicio de la democracia y la libertad, y quienes la practican sólo merecen la condena y el desprecio de todos. Nuestra Fundación es una institución de defensa y recuerdo de las víctimas, y también, de defensa de valores y principios tales como educar y formar en el comportamiento pacífico, promoviendo una sociedad plural basada en el respeto a los derechos ajenos.

Queremos comprometernos en la tarea de propiciar conductas no violentas, en alentar y promover el rechazo a tales actitudes de forma activa, por ello, el fomento de un espíritu participativo de los ciudadanos así como despertar el interés por los fines pacíficos y las acciones solidarias, son criterios fundamentales de nuestra actividad.

Objetivos que perseguimos

Por ello son plenamente vigentes los objetivos marcados en nuestra declaración fundacional, hace ahora diez años:

- La educación y la formación, especialmente de los jóvenes, en los valores del comportamiento pacífico de los ciudadanos y la promoción de una sociedad plural basada en el respeto a los derechos ajenos.
- El estudio y la difusión de las raíces de los comportamientos violentos y terroristas, así como el análisis de las circunstancias en las que nacen y se desarrollan, con el fin de combatir sus raíces culturales, sociales e ideológicas.
- Queremos despertar el interés de los ciudadanos, muy especialmente de los jóvenes, en acciones, comportamientos y movimientos de carácter pacífico que tiendan a la consecución de conductas no violentas.
- Alentaremos y promoveremos, a través del conocimiento, el rechazo a las actitudes violentas y a todas aquellas que supongan agresiones o transgresiones de los derechos fundamentales de las personas.
- Fomentaremos el espíritu de participación y procuraremos despertar el interés de los ciudadanos en las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales de fines pacíficos y de acciones solidarias.
- Promoveremos, buscando para ello la colaboración con otras instituciones de carácter nacional o internacional, estudios y análisis que tengan como objetivo los fines antes señalados, así como seminarios, conferencias, actos públicos, premios, becas y otras acciones de carácter científico, divulgativo y participativo.

Por todo ello...

Por todo ello, la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez–Becerril, en su empeño por contribuir a la construcción de un mundo en el que la violencia, en cualquiera de sus formas, ocupe el menor lugar que sea posible, desarrollará sus programas y actividades, fiel a sus preceptos estatutarios, y se mantiene firme como una institución de defensa de los valores de libertad y respeto al pluralismo, la convivencia y la tolerancia, junto a las personas que se comprometen claramente cada día por un mundo mejor.



Un año más, y son ya siete ediciones, la Fundación contra el terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril convocó en 2012 el VII “Certamen de Creadores por la Libertad y la Paz”, cuyos premios aparecen en esta publicación.

«Los premios “Creadores por la Libertad y la Paz” forman parte del programa de actividades que la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril viene desarrollando a lo largo de los últimos años y que ha ido convirtiéndose cada vez más en un referente del mundo de la cultura y el arte, para hacerlos cómplices en la lucha activa contra el terrorismo, por la paz y la concordia, así como para colaborar en la difusión de esta imagen en el seno de la sociedad.»

En la medida en que el Certamen de Creadores por la Libertad y la Paz contribuya a la derrota total de aquellos que hacen del terror su bandera, nos sentiremos satisfechos de su desarrollo cada vez más extenso.

CONVOCA



Fundación
Alberto
Jiménez-
Becerril

COLABORAN

